

# El pibe que arruinaba las fotos

Hernán Casciari

*Al Chiri.*

## **1. La desgracia llega en sobres papel madera**

En la infancia yo siempre arruinaba las fotos. Todas las fotos. A los tres años empecé a desarrollar esta patología extraña, perversa, fruto de algún complejo o trauma no resuelto. No sé bien por qué lo hacía, pero no era capaz de evitarlo. Podría definirse como un *tic*, pero no lo era. Podía pensarse que se trataba de una gracia infantil, pero tampoco. Me pasó durante años y lo sufrí en silencio hasta hoy, que me atrevo a contarlo. Todavía me causa un poco de vergüenza hablar del tema.

Cada vez que veía a alguien a punto de hacerme una fotografía, individual o de grupo, casual o pautada, una fuerza más poderosa que cien caballos me obligaba a poner un determinado gesto histriónico. Siempre el mismo gesto, durante dolorosísimos años. En mi casa de Mercedes hay cantidad de fotos mías, que van desde que tengo uso de razón y hasta el otoño en que el presidente Videla vino en persona al colegio y nos regaló una jaula gigante; en todas las fotos de esa época aparezco inmortalizado con esa cara de idiota. Burlándome del buen gusto; despreciando la posteridad de los álbumes familiares.

La mueca, técnicamente hablando, era un homenaje involuntario a cuatro celebridades de entonces. Un segundo antes del flash, yo inflaba las mejillas como el actor mexicano Carlos Villagrán, ponía la trompa como el cómico argentino José Marrone, y los ojos bizcos como la *vedette* Susana Giménez. A la vez, ladeaba un poco el cogote para la derecha, como el científico Stephen Hawking. El resultado era de un patetismo brutal.

Las primeras ocho o doce veces que lo hice me festejaron la gracia. Según mis estudios posteriores, comencé a desarrollar esta enfermedad en Mar del Plata, en el verano del setenta y cuatro. La primera foto que arruiné todavía existe, descolorida, en algún cajón de mi casa. En toda la

serie de fotografías de aquellas vacaciones tengo ese gesto infame. Pero mis padres no captaron entonces la gravedad del suceso.

Al principio se reían, creyéndome un gordito extravagante. Con el tiempo le restaron importancia al asunto, con una frase que usaban mucho conmigo para casi cualquier cosa:

—Dejálo, quiera llamar la atención.

Sin embargo los años y las fotos se sucedían y yo no lograba quitarme esa mueca de la cara cada vez que oía el *clíc* de una cámara. En la intimidad de mi habitación, y aún siendo muy niño para traumatizarme por algo, yo sabía que tenía un problema grave. Los demás, en cambio, seguían pensando que aquello era normal y pasajero.

Marcos, mi abuelo materno, fue el primero en darle importancia al asunto. Durante la Navidad del setenta y seis llamó a mi madre aparte y le dijo que yo era un pelotudo, que había que hacer algo con urgencia, que no podía ser que me burlase de toda la familia y le arruinara, sistemáticamente, las fotos de las Fiestas y las Pascuas, y que si alguien no me encarrilaba a tiempo, yo de grande iba a terminar muy mal: o muerto apuñalado en una zanja o, lo que es peor, dijo mi abuelo tocando madera, haciendo bolos en los programas de los hermanos Sofovich.

El regreso a casa en coche resultó ser la primera confrontación pública con mi enfermedad secreta. Mi madre, un poco cortada, me dijo que dejara de hacer morisquetas en las fotos. Me lo dijo con calma, pero dolorida por el sermón de su padre, al que respetaba mucho. Y sobre todo, me lo dijo como si esas muecas fuesen algo manejable para mí, como si yo, realmente, pudiese controlar el problema. Me aconsejó dejar de hacerlo, y se quedó tranquila.

En marzo del setenta y siete comencé la escuela primaria. Yo ya no era un chico de jardín de infantes, ya no se me perdonaba todo: comenzaba a usar guardapolvos blanco, bléizer, e iba al Colegio engominado. Ya sabía leer, y ya sabía escribir. A las dos semanas de clase nos sacaron a todos al patio para hacernos la típica foto de grupo. Las maestras me colocaron en la primera fila, a la izquierda de la pizarra negra que ponía *Escuela N° 1, Primer Grado B*. Juro que hice un esfuerzo sobrehumano para que no ocurriera la catástrofe, pero la mueca apareció, inmensa, justo en el momento del flash.

A la semana, en un sobre color madera, llegó la fotografía escolar a mi casa y las cosas empezaron a complicarse. Mi madre se desinfló en la cama grande, angustiada, y guardó la foto en un cajón en vez de ponerla en el álbum. No hablamos del tema nunca. Por fin todos sabíamos que yo padecía una enfermedad extraña, pero la familia no era capaz de afrontar el tema en la sobremesa.

Pasó todo ese año en puntas de pie. Yo intentaba no ponerme jamás delante de una cámara, y mi madre me quitaba de las reuniones y cumpleaños cuando llegaba el fotógrafo. Pero al siguiente marzo, cuando empecé segundo grado en un colegio distinto, los nuevos profesores (ignorantes de mi patología) me dieron otra vez posición de honor en la foto de grupo. *Segundo Grado, 1978. Escuela Normal Superior*, decía esta vez la pizarra. Y como el tiempo pasaba veloz, la foto ya era a colores, y mi mueca asquerosa apareció, entonces, tres veces más nítida y real.

Mi familia ya no sabía qué hacer conmigo. Con desconcierto le echaban la culpa a los libros, a los muchos libros que yo ya empezaba a leer por las noches. En ese tiempo me gustaba Mark Twain (sus personajes Tom y Huck) más que cualquier otra cosa en la vida.

Una tarde de junio, meses después de la foto, mi madre se encontró con una señora en la mercería, y en medio de una charla trivial de nuevas vecinas, ambas descubrieron que tenían hijos de la misma edad en la Escuela Normal Superior. La señora se acercó entonces al oído de mamá para hacerle una confidencia:

—Igual lo más probable es que al mío, el año que viene, lo cambie de colegio, porque mucho no me gusta la Escuela Normal.

—¿Por qué? —preguntó mi madre.

—Ay, es que ahí dejan matricularse a cualquiera —dijo la señora—. Hay dos chicos medio negritos, de la villa miseria, en la misma clase que nuestros hijos..., y para más inri también hay uno que, pobrecito, es retrasado. ¿Vos no viste la foto del gordito mogólico? Yo me fui a quejar enseguida... No puede ser que un chico te arruine una foto que es para siempre.

A mi madre se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se mordió los labios.

—Por suerte a la semana les hicieron la foto de grupo otra vez —informó la vecina—, pero al retrasadito no le avisaron. ¿Vos tenés la segunda foto, no?

Yo estaba jugando con el *Segelin* cuando vi aparecer a mi madre como una tromba. Los ojos inyectados en sangre, las venas de la frente como fideos recién amasados... Sin embargo, en vez de golpearme se acercó a mí, se sentó en el sillón, me miró a los ojos como si yo fuese un criminal, o un pintor que le empapeló mal el comedor, y se puso a llorar sin consuelo. Me miraba y lloraba. Me volvía a mirar, y comenzaba otra vez el llanto.

Entre sollozos, me contó lo que había ocurrido en la mercería, y me dijo, en medio de unos pucheros asmáticos, que se sentía la madre más desdichada del mundo. Que tenía vergüenza de mí, que no podía creer

que estuviera pasando todo eso, que se estaba secando de puro dolor. Jamás había visto a Chichita de ese modo. Nunca. Es preferible mil veces que tu madre te pegue con una chancleta hasta que se te levante la piel de la espalda, a verla llorar en serio, sin esperanzas, mientras te mira a los ojos.

Para mí aquello fue como una revelación. Un mensaje. Verla llorar fue el fin de mi trauma y de mis muecas. Supe, inmediatamente, que no volvería a arruinar una foto en la reputísima vida de dios. Apreté los puños y me lo juré a mí mismo. “Se acabó Hernán —me dije— tenés que ser un hombre, todavía no tenés ni ocho años y ya has dejado a tu mamá sin esperanzas; si seguís en este tren, antes de los quince sos Robledo Puch”. Todo eso me dije, temblando por dentro como una hoja, y me prometí cumplir con la promesa aunque me costase un calambre facial.

Tres semanas después tuve la primera oportunidad de redimirme; fue en el Club Ateneo. Jugábamos nuestra primera final de básquet contra los chicos del Quilmes, en la categoría pre-mini. Antes de cada final deportiva un fotógrafo viene y hace una foto de ambos equipos, que después es colgada en la pizarra de corcho de todos los clubes, y además la compran los padres y salen en los diarios locales. Era mi oportunidad: el destino me estaba echando un cable, y debía aferrarme a él con las dos manos.

Aquella tarde yo llevaba el número cinco en la pechera, y mi musculosa celeste; fue la primera vez en la vida que recé un padrenuestro. Cuando el fotógrafo se acercó y nos pidió que nos apiñáramos, crispé la mandíbula y le pedí a Dios que, en su infinita sabiduría, me permitiera sonreír normalmente, como una gioconda basquetbolista, como Claudio Levrino en la tapa de la *Radiolandia*, como Él quisiera, pero más o menos parecido a un angelito decente. Respiré hondo, miré la cámara, levanté el mentón, y el flash me encegueció de incertidumbre.

Jugué esa final con el corazón asustado, alegre por dentro de haber posado como una persona normal, pero no muy convencido de que me hubiese salido bien. Jugué un partido confuso, perdí varias pelotas, pero no recuerdo si salimos campeones o no; mi triunfo estaba en otra parte. Mi gloria no era deportiva; era el triunfo de la dignidad y la voluntad del hombre. Estaba casi convencido de haberlo logrado.

A la semana vi la foto en la pizarra del club. Todo había salido perfecto. La mueca no había aparecido. La busqué con lupa, pero no estaba allí. La que vi era mi cara de siempre, mi cara del espejo, mi cara del reflejo de las vidrieras. Una leve sonrisa, la frente alta, la musculosa celeste, mis compañeros de juego escoltando mi normalidad. Fui, por un momento, el jugador de básquet más feliz del mundo.

En casa no dije nada. No quería vanagloriarme. Preferí esperar a que llamase a la puerta el mensajero con las fotos, y que mi madre recibiera la buena nueva sin condicionantes, sin promesas ni expectativas.

El sábado siguiente, temprano, yo todavía estaba en la cama. Sonó el timbre, mamá salió a atender, y escuché que le estaban entregando las fotos del Club, en el sobre papel madera de siempre. Chichita despidió al mensajero y se quedó en el pasillo, en silencio. Oí ruidos de papeles que se abrían. Y después silencio. Uno o dos minutos de silencio.

Pensé: “Está bien que no me diga nada, que no me felicite ni me agradezca... Porque, bien pensado, no hice algo fuera de lo común, sólo lo correcto, lo que debería haber hecho desde el principio... No, no merezco premios, no hay mejor recompensa que la serenidad del espíritu”.

En medio de ese pensamiento, mamá entró a mi cuarto con un cinturón y empezó a sacudírmelo en la espalda como jamás en toda su vida. Chichita se había convertido en una madre ninja. Me pegaba con la mano libre, con el cinto, y me daba patadas con los pies; el ritmo era devastador. A causa de la sorpresa, no tuve tiempo para cubrirme. Me tapé con la manta y me dejé castigar en silencio. En la oscuridad de la cama, en medio de los golpes y los gritos de ella, no entendía qué estaba pasando. Cuando acabó, saqué tres cuartos de cabeza afuera y la vi: ella lloraba sentada en la punta de la cama.

Me miró con odio y rompió la foto del Club, y el sobre, en cuatro pedazos:

—¿Otra vez? —me dijo, desesperada— ¿Otra vez me hacés hacer pasar vergüenza adelante de todo el pueblo?

Y empezó a pegarme otra vez.

Bajo las sábanas, y con las manos cubriéndome la cabeza, pensé en suicidarme para que mi madre escarmentara.

No era la primera vez que pensaba en la muerte. También fantaseaba con encerrarme a oscuras en el *rincón blanco*, con una manzana, y ver cuánto tardaba en morirme de hambre. Los chicos de siete, o de ocho años, nunca quieren suicidarse. Sueñan en realidad con la carta que van a dejar, con el llanto posterior de la madre, con ese remordimiento dulce. Le había pasado a Tom Sawyer. Le había pasado a Huck... Mark Twain me entendía mucho mejor que Chichita, pensaba yo mientras Chichita me seguía pegando bajo la manta. Mark Twain era un monstruo enorme, un viejo loco que sabía mejor que ningún adulto con qué fantasea un chico de diez años. Yo quería fingirme muerto para ver cuál era la reacción de mi familia. Mil veces había soñado con aquello. O perderme una isla desierta junto a mi mejor amigo el Chiri, y fumar los dos en pipa, y comer lo que se



cayera de los árboles. Navegar en una balsa de madera con un negro loco. Encontrar un montón de monedas robadas y ser el héroe del pueblo. Conversar toda la noche de cosas graciosas, o de asuntos de miedo, con unos viejos barbudos llegados del mar. Odiar la escuela tanto como querer aprender todo de golpe, pero de otra forma. Y hasta quemar los libros de la escuela. A los once años yo no veía la hora de encontrarme con alguien que me hablara despacio, sin palizas, y con las palabras de los libros de Mark Twain. No sabía que aquella no era una jerga gloriosa de libertad, sino la resaca de las malas traducciones españolas. Pero en las charlas corrientes yo decía *la mar*, y también decía *pasta*, y de noche soñaba con el ruido del Mississippi, y envidiaba la suerte de los chicos que tenían a la vuelta de casa un río con tanta consonante doble —mi río Luján sólo tenía cinco letras— y con tanto esclavo escapando de los campos de algodón.

Pero en mi infancia no había esclavos, ni niños que, como Huck, vivieran en la calle. En Mercedes había locos y mendigos, pero casi todos, cuando llegaba la noche, tenían un techo. Solamente la loca Raquel dormía a la intemperie, eso al menos había escuchado yo. Raquel, de todas formas, no era aventurera como el negro Jim, ni peligrosa como el Indio Joe; era más bien una excentricidad del barrio. De todos modos Chichita se ponía en alerta máxima —*¡Hernán, metéte para adentro!*— cuando la loca se acercaba demasiado.

Sus rarezas eran dos: iba vestida de maestra cuando no lo era, y se desvestía en la calle para ponerse el guardapolvo del colegio. Por lo demás, la Loca Raquel era inofensiva y mi madre sólo me resguardaba por temor a que yo pudiera verla sin ropa. Me resguardó bastante mal, porque fue la primera mujer desnuda que vi en la vida.

La primera vez que la vi yo tenía cinco años y esperaba en la vereda a que Roberto sacara el coche del garaje para llevarme al Jardín. Hacía un frío con escarcha, pero Raquel se puso atrás de un árbol y se quitó el vestido por la cabeza, de un solo movimiento, como si fuera una tarde de verano. El momento fue intenso y memorable. Me quedé hipnotizado viéndole las tetas caídas, el matorral esponjoso, las estrías, los brazos blancos como la leche. Pero no fue la palidez del secreto lo que me impresionó.

—*¡Hernán, metéte para adentro!*

Yo miraba otra cosa en el cuerpo de la mujer cuando Chichita se acercó a la Loca y la espantó como si fuese un perro, es decir, diciendo tres o cuatro veces la palabra *juira* y haciendo ondular un repasador. Era otra cosa lo que me dejó boquiabierto. Más tarde, en el coche, Chichita me preguntó qué había visto y yo le dije que nada.

—Nada cómo.

—No vi nada, mamá.

Pero no era cierto. Yo había visto *algo* en la Loca Raquel. Lo único que me llamó la atención de su cuerpo, lo que sigue en mi memoria después de tantos años, fue la tremenda cicatriz de una cesárea que le partía la barriga en dos mitades.

Al rato escuché, sin querer, una conversación entre mis padres sobre la Loca Raquel. Chichita le decía a Roberto:

—La pobre mujer está así porque el marido la traicionó —y yo entendí que hablaban sobre aquella herida horrible. Y por eso, desde aquella mañana, la palabra *traición* significó, para mí, un tajo de cuchillo en el abdomen.

No era la primera vez que entendía mal las palabras. De chico yo tenía dos enormes desperfectos: uno era el problema de las muecas en las fotografías, y el otro era que me gustaba oír a los adultos cuando susurraban y sacar mis propias conclusiones. A raíz de esta mala mezcla siempre confundí todas las cosas. Me gustaba saltar al vacío de las definiciones sin saber si abajo había agua. Por inseguridad supongo, pero también por orgullo, sospechaba significados rocamboleros y los daba por buenos. También creí, durante años, que *el orgasmo* era un pianito eléctrico que mi tía Luisa no había tenido nunca.

Estos errores, casi siempre, se desvanecían gracias a un sopapo no esperado. El problema de las palabras malentendidas no estaba en acuñar un falso significado, sino en utilizarlas en una frase cualquiera, días o meses más tarde. Por ejemplo, en la vidriera de una casa de música:

—¿Querés o no querés que te compre el acordeón a piano?

—No, mamá. Prefiero tener un orgasmo.

¡Zácate!

Y cuando no era una cachetada era todavía peor, porque entonces mi familia me confundía con un poeta temprano, con una especie de prodigio de las palabras:

—Decile a la abuela Chola que venga al comedor.

—Ahora no puede, está traicionando a un chancho.

Con el tiempo, la escuela primaria y los diccionarios Sopena me descubrieron el verdadero significado de algunas palabras complicadas. Pero en otros asuntos yo seguía siendo muy ingenuo. Los chicos curiosos somos desordenados en la prioridad de los descubrimientos. Es posible que conozcamos los nombres y la ubicación de todos los dientes, pero al mismo tiempo creamos en el ratón invisible que nos pone un billete bajo la almohada.

A los nueve años yo ya conocía algunas definiciones estrafalarias pero, qué paradoja, aún no sabía que los Reyes Magos eran Roberto y Chichita. Sospechaba que había gato encerrado, un trasfondo secreto, pero no lograba entender qué era. Era imposible que tres personas subidas a tres camellos pudieran entregar miles de regalos al mismo tiempo en Mercedes, San Isidro y Mar del Plata (mis únicas ciudades conocidas), pero también eran imposibles muchas otras cuestiones.

Una cosa es comprender, por ejemplo, qué dice el diccionario sobre el vocablo *traición*, y otra cosa mucho más pedagógica es sentir cada letra en la nuca. Cuando Agustín Felli, en el recreo, me contó la verdad sobre los Reyes, sentí el peso multiplicado de la palabra. No me sentí traicionado una, sino siete veces. Mis padres me habían engañado año tras año, desde el setenta y tres a la fecha, como si yo fuese una paloma muerta que los caminantes pisan y pisan y pisan durante una marcha por los derechos del animal.

Si los Reyes no existían, ¿qué habían sido entonces aquellas noches en vela? Recuperé en mi cabeza imágenes felices que, de repente, se convertían en humillaciones del pasado: mi papá llevándome a la quinta a buscar pasto y agua, mi mamá fingiendo sorpresa al verme abrir un paquete que ella misma había envuelto, ambos diciendo haber oído las pisadas de los camellos; todos, absolutamente todos los veranos de enero habían sido una mentira.

La traición es un terremoto en los cimientos del pasado, una segunda versión de tu propia historia que desconocías y que alguien (el traidor) ha modificado para que sientas vergüenza y te conviertas en un imbécil en diferido. La traición nunca ocurre ahora, en el momento, sino antes. Las manchas del recuerdo en la alfombra son quienes te señalan la ofensa. Si no tuviéramos memoria nadie podría sernos infiel, ni desleal, ni traicionarnos.

Un chico que descubre la profundidad de la traición se queda, de golpe, solo en medio de una casa llena de juguetes sin pilas. Si los Reyes, que eran algo trascendental, no existen, entonces *puede* que no existan muchas otras cosas. La traición nunca viene sola: la escoltan, bravuconas y serviles, la sospecha y la incredulidad. ¿Seré adoptado? ¿Mi abuela también serán los padres? ¿Existe Mario Alberto Kempes, Dios, el carnicero Antonio, las milanesas con papas? ¿Cuánto más me han engañado y han reído a mis espaldas?

Yo cantaba tangos a los gritos. Yo decía “arácnido en tu pelo” en *El día que me quieras*; y decía “el pintor escobroche” en la segunda estrofa de *Siga el Corso*. Cuando supe que esas letras no eran tales, que eran otras, tuve vergüenza de mi pasado cantor, de todas las veces que los grandes

me habían oído desafinar y habían reído a mi costa sin marcar nunca el error, para poder seguir riendo en el futuro. ¿Cuántas veces me quedé esperando insomne en la noche, para oír las pisadas de los camellos en el patio, y ellos también reían?

La traición siempre es un descubrimiento tardío, pero es la infancia donde ocurre por primera vez. Las demás traiciones de la vida solamente son ecos de una primera. El cornudo que descubre a la mujer en la cama con otro se duele, antes que nada, de su infancia dolorida, de los pequeños detalles del pasado, y no tanto por el delito que ve con sus ojos. No, yo no estaba equivocado a los cinco años: la traición sí es el tajo de un cuchillo en el abdomen, una puñalada que puede volverte loco como a la Loca Raquel, y dejarte desnudo para siempre atrás de un árbol.

El escritor puede fingir que escribe sobre lo que le ha ocurrido ayer, pero siempre está hablando de la primera traición de su infancia. Lo monstruoso del engaño es que el ayer se derrumba —sí, también el futuro, pero no está allí el epicentro del dolor—; se derrumba lo que creíamos blanco, se ensucia en la memoria, y nos sentimos estúpidos en el ayer, pobres diablos en la percepción del otro, que reía y nos veía reír, que juraba haber oído los pasos de unos camellos o juraba llegar tarde del trabajo cuando en realidad regresaba de un hotel. Por eso me fascinaban las historias en donde las personas debían ingeniárselas con poco para lograr felicidades breves. Por eso me gustaba Twain.

Salgari y Verne, en cambio, me parecían ostentosos: demasiadas armas de fuego, demasiados aparatos raros para intentar divertirme. Lo que al *Tigre de la Malasia* le costaba una semana de andar por el desierto a caballo matando gente con su cuchillo de filo triple, el detective de Baker Street lo resolvía mirando el barro en los zapatos del que uno menos se esperaba fuese el asesino de la millonaria. Lo que a Phileas Fogg le resultaba tan agotador y nómada, tan engorroso y descriptivo, Tom y Huck lo solucionaban en un *tris* (misteriosa sílaba que quería decir periquete), simplemente maullando en código desde el bosque para que nadie supiera que se trataba de una conversación secreta entre ellos.

Nada de artilugios ni de globos aerostáticos para dar la vuelta al mundo en tiempo récord; éstos eran medios mecánicos para dar con fines pretenciosos. En las historias de mis libros debía haber personas normales que descubrieran la verdad casualmente —los reyes son los padres, Hernán; la traición es la herida que una loca tiene en la panza— y que esa verdad los llevara a la consumación de la dicha. Porque en realidad, pensaba yo, *no vale nada, Tom, lo que no cueste un poco conseguir*.

Por eso me decepcionó la historia en que Sherlock y Watson debieron usar armas de fuego para resolver uno de sus casos. Me parecieron, ambos, tan falsos como la segunda época de Tom y Jerry (cuando usaban moñito y eran amigos; cuando ya no los dibujaba el dibujante de siempre sino un tipo que trazaba líneas más modernas). Holmes, el viejo astuto que podía entrever la vida entera de la víctima sólo husmeando con su lupa un pedazo de uña en la oscuridad de la morgue, no tenía por qué empuñar una *browning*, por más perfecta que fuese la ingeniería de su mecanismo, ni por más peligroso que pareciera su adversario. Arthur Conan, que me perdona, en esa historia se había vendido al capitalismo.

¿No había sido ese mismo Doyle quien le había hecho decir a Sherlock —en una hermosa historia corta de unos años antes— que “el mejor arma que tiene un hombre es pensar cinco minutos más, allí donde los demás suponen que ya no hay nada que pensar”? Que usaran pistolas, estiletes y dagas persas los mamarrachos que inventaba Salgari. Yo sabía que había chicos que se devoraban esos libros. Pero esos chicos no iban a ser mis amigos, ni habrían sido nunca amigos de Huck, o del Chiri. Era como si Tom Sawyer hubiera resuelto el asunto de la cerca de la tía Polly tomando por rehenes a sus compañeros y amenazándolos de muerte si no acababan de pintar antes de que cayera el juez. Era como si Laura Ingalls, en lugar de esperar a que Almanso apareciera mágicamente en su vida, se hubiera casado con el menor de los Olsen para heredar alguna vez el minimercado.

¡Sherlock Holmes, el hombre más avisado de todo Londres, el que dejaba pagando a los gorilas del Scotland Yard, el que no temía entrar de noche a los suburbios de Witchappell, usando una pistola..., habrás visto! Yo creo que ahí dejé de leer la saga. Y empecé a engañar a Doyle con el padre Brown de Chesterton, y con el Hércules Poirot de Aghata Christie (la vieja Marple tanto no me gustaba). Y también me parece que por ese tiempo fue que una noche, en la habitación de arriba de mi casa en Mercedes, leí también *El gato negro* y *Los crímenes de la calle Morgue*, pensando que seguía leyendo libros de misterio corrientes, sin darme mucha cuenta que esa vez sí, silenciosamente, estaba leyendo literatura.

Los principios de los cuentos de Poe no tenían nada que ver con todo lo leído hasta entonces. Si hasta allí las historias empezaban directamente, incluso hasta con una raya de diálogo y un planteo lineal, Edgar acababa de descubrirme otra manera de envolverme: diciendo la verdad desde el principio, escribiendo cosas como *bueno, está bien, para empezar debo decir que estoy loco y que voy a matar a ese viejo sin ningún motivo*. Y en el segundo párrafo yo empezaba a darme cuenta que la locura no consistía en la levedad de escapar de casa por la noche con el Chiri, ni asustarme con los sonidos secretos de los animales del bosque sino, por

ejemplo, emparedar a tu esposa en una columna del sótano y esperar a que llegue la policía a preguntar cosas inquietantes. O saber, de golpe, que muchas veces hay misterios que traspasan la lógica cartesiana de Holmes (e incluso la futurología de Verne) y que sólo se pueden explicar desde los parámetros de la locura, el delirio y la traición.

—*La pobre mujer está así porque el marido la traicionó* —había explicado unos años antes Chichita, sobre la Loca Raquel. Por eso se desvestía detrás de los árboles. El tajo era únicamente una cesárea.

Las palabras volvían a tener sentido gracias a Poe. En sus libros, un loco te explica con su fría coherencia por qué comienza a sentir los latidos del corazón de un muerto, y uno no puede más que aceptar que un muerto, enterrado a dos metros bajo la madera de la habitación de su verdugo, puede muy bien empezar a hacer saltar los postigos de las ventanas con su sola presencia. Muy bien podía ser. Era imposible pero era probable, ¿o no me pasaba algo parecido cuando le falsificaba la firma de Chichita en el boletín, de regreso a casa después de la escuela? ¿No almorzaba yo también mirando nada más que el plato, invadido por la extraña sombra de la culpa, aunque la sombra fuese invisible o sólo visible para mí? ¿No se me pasaba por la cabeza que la directora de la escuela ya había llamado a casa por la mañana y que ya toda mi familia estaba enterada del fraude, y que nadie decía nada solamente para gozar un poco más con mi sufrimiento? ¿No se me atoraban las albóndigas en la garganta como si quisiera llorar por una bofetada que nadie me había dado todavía?

El miedo real, el liso y llano, el que nada tenía que ver con las cosas de este mundo, empezaba a invadirme por obra y gracia de los nuevos libros. Y después nada me haría conciliar el sueño por la noche, durante muchas noches; pero tampoco podría dejar de leer otra historia, y después otra, y después otra hasta que una tarde me vería obligado a arrancar la primera hoja en blanco del cuaderno de matemáticas y yo también tendría que echar luz sobre mis miedos y mis sueños para que alguien los leyera. La primera necesidad de escribir un cuento. La imperiosa, la dolorosa necesidad, esa semilla, había sido plantada en aquellos primeros años, debajo de una manta, mientras Chichita me castigaba por un crimen que no había cometido.

—¿Otra vez? —repetía, desesperada— ¿Hasta cuándo? ¡Por el amor de dios, Hernán! ¿Hasta cuándo vas a poner esas caras en las fotos?

Cuando se cansó de sentirse humillada salió de mi cuarto y pegó un portazo seco. A mí me dolía todo el cuerpo y estaba temblando de pánico, pero tuve fuerzas para agacharme a levantar los pedazos de la foto del Club. La recompuse sobre las sábanas, con mucho cuidado, pero no vi

nada nuevo. Era la foto que ya había visto en la pizarra: yo estaba sonriendo, con la frente alta, con mi musculosa celeste. Entonces supe la verdad. Aquella era la primera foto que veía mi madre con mi cara normal. También era la primera vez que yo mismo me veía en una foto sin mis muecas. Era el otoño en que el presidente Videla nos regaló la jaula gigante. Era sábado. Ese día comprendí, por primera vez y para siempre, que la infancia no es una buena época de la vida. Por lo menos no para los chicos feos. Los fotogénicos quizá lo tuvieran un poco mejor.

Chichita siempre daba la impresión de ser la que más sufría por mi culpa. Pero si mirabas bien, si prestabas atención, te dabas cuenta enseguida de que Roberto, en silencio, también estaba asustado. No eran sólo las morisquetas, ni la obesidad incipiente. También le preocupaba que leyera tanto.

Una mañana me lo puso bien claro:

—O tomás la Comunión o vas a Rugby —me dijo—, pero no te quiero los fines de semana leyendo hasta las doce en la cama.

Para la Comunión había que hacer un curso los sábados a las diez de la mañana. Para ir a rugby, también. Las dos cosas eran con pantalón corto y no había que usar el cerebro, por lo que me costó decidir. Hoy hubiera optado por ser católico, pero en la infancia uno siempre se equivoca: elegí ser *rugbier*.

Me acuerdo que llegué al Club Mercedes medio dormido, un día espantoso de sol radiante. Me llevaba mi padre de la mano, no por cariño sino por temor a que me escapara corriendo. El profesor de rugby era amigo de Roberto, porque mi padre era amigo de toda la gente que transpiraba por placer. Se llamaba Carlos López Escriba, llevaba un silbato colgado al cuello, una camiseta con las rayas horizontales y en la cara un gesto de militar destituido.

—Acá te traigo el paquete —dijo Roberto, como si yo fuera cinco gramos de cocaína—. A ver si te sirve.

El profesor de rugby me miró la espalda, me arqueó los hombros, me palpó los tobillos y me clavó los ojos.

—¿Cómo te llamás?

Yo parpadeé cuatro veces. En aquella época se me había dado por insultar a la gente en clave Morse, para que nadie se diera cuenta. La clave Morse era un invento mío: tres parpadeos cortos era '*la puta*' y uno largo '*que te recontra mil parió*'.

—Se llama Hernán y está dormido —dijo Roberto— ¿Cómo lo ves?

El entrenador me sopesó de arriba a abajo:

—Tiene cuerpo de pivote —sentenció.

Por falta de experiencia en deportes y en zoología, imaginé que pivote era un animal patagónico. Debe ser una especie de foca gorda que come algas, deduje. Por lo tanto, la frase "*tiene cuerpo de pivote*" me sonó ofensiva, y parpadeé ocho veces con muchísima rabia. Roberto se fue y López Escriba me presentó al grupo. Eran veinte o treinta chicos, casi todos con cuerpo de pivote. Siempre me resultó espantoso llegar a un lugar donde todos se conocen entre sí. Por suerte había algunos nuevos, y el entrenador nos explicó las reglas del rugby.

En ese tiempo (y yo pensaba esto en lugar de prestar atención al reglamento) en casa había una guerra secreta entre mis padres, y yo era el botín. Todas las actividades extraescolares a las que me mandaba Chichita, para mi papá eran cosa de putos. Entonces él intentaba equilibrarme las hormonas mandándome a prácticas que fuesen cosa de machos.

Por parte de padre yo ya iba a voley, a básquet y a fútbol. Mientras que por parte de madre iba a dibujo, a dactilografía y a piano. Hasta ese sábado mis padres iban tres a tres. Rugby o la Comunión, entonces, debió haber sido una especie de desempate por penales: por eso me hicieron elegir a mí. Esos eran, más o menos, mis pensamientos, cuando de repente alguien me puso en las manos una pelota ovalada y sonó un silbato. Entonces quince chicos de mi edad, pero mucho más enojados que yo, se me abalanzaron corriendo para matarme. Y yo no tuve otra opción más que salir disparando.

Corrí como un loco, no me acuerdo para dónde ni cuánto. Algunos me querían hacer la traba mortal, otros se habían encaprichado en empujarme con el hombro y morderme. Yo los parpadeaba y corría. En un momento me dejaron de perseguir. El entrenador, entonces, se acercó con una sonrisa enorme y me dijo:

—Impresionante, Casciari. Pero cuando llegás acá, poné la pelota en el pasto. Sinó no es válido.

¿No es válido el qué?, pensé ¿El susto? Los demás chicos, los mismos que me habían querido violar un minuto antes, ahora me aplaudían y me palmeaban.

—A ver, vamos de nuevo —dijo López Escriba; yo temblé.

Me pusieron más lejos y me dieron la pelota otra vez. Como es lógico, me asusté mil veces más que antes y salí cortando campo. Esquivé dientes y uñas, botinazos y puños, insultos y envidias, hasta que dejaron de perseguirme. Otra vez me aplaudían y me decían cosas lindas. Cada vez que yo me asustaba, eran seis puntos para mi equipo. (Todavía no logro



entender el sistema.) Al final de aquella primera práctica el entrenador me dijo que yo era un *crack*, que había nacido para ese deporte, y me llevó a casa en su coche.

A la semana siguiente pasó lo mismo. Pelota y susto, carrera y puntos. Me decían *El Gordito Veloz* y me invitaban con cocaola en los entretiempos. Pero yo, la verdad, no disfrutaba las mieles de la gloria porque tenía miedo de morirme de un síncope o de una patada. Esa fue la primera vez que me pasó, pero desde entonces me ocurrió durante toda la adolescencia y la juventud: las cosas que mejor hacía eran las que me asustaban y las que no podía comprender. En las actividades donde realmente disfrutaba era bastante mediocre, nunca un *crack*, nunca nadie me regalaba cocacolas por hacer lo que me gustaba.

Fui seis sábados seguidos a rugby, hasta que una mañana un chico de apellido Moavro me partió el brazo izquierdo. No fue durante los entrenamientos, porque además me arrebató el reloj y la billetera. Fue a la salida del club, en lo que se podría llamar un robo con linchamiento. Pero yo dije en casa que había sido "*en el segundo tiempo de un match muy trabado*". Utilicé la fractura ósea para convencer a mi papá de que no quería ir más a rugby porque era un deporte brusco de reglas ambiguas. Chichita estuvo de acuerdo.

—Me la van a matar a la criatura —dijo con sabiduría.

Los primeros días que estuve con el yeso no pude ir a ningún lado. Ni a piano, ni a dactilografía, ni a dibujo ni a los otros tres deportes. Me la pasé rascándome el higo con la mano derecha, mirando Patolandia y mojando pan lactal en la leche con Nesquick.

Una tarde preciosa que lloviznaba, aburrido de cargar con el yeso, me puse a escribir por primera vez. Descubrí que escribir era muy parecido a parpadear: podías decir lo que se te ocurriera, también cosas que no eran ciertas o insultos, sin que nadie se diera cuenta de nada. No me salía mal escribir. Pero entonces vino mi mamá, me dijo que para ser católico no me hacían falta todos los brazos, y me mandó a hacer la Comunión.

Tenía ocho años cuando pisé por primera vez los pasillos de aquellos claustros. El mosaico oscuro, las monjas, los cristos colgados y el silencio no indicaban que aquello fuese a resultar mejor que el rugby. Sin embargo fue crucial, porque en esa escuela de futuros católicos estaba el Chiri Basilis, un chico de mi edad con los ojos caídos. Un chico de ocho años que también leía libros y se hacía preguntas extrañas. Ahora han pasado treinta años exactos desde aquel primer día del cursillo apostólico y puedo decir, con una seguridad espantosa, que ése fue el último día de mi vida en que estuve solo.

Desde entonces fuimos amigos, y más tarde hicimos la primaria y la secundaria juntos. En todo ese tiempo, nunca jamás en la reputísima vida caímos en la vulgaridad de festejar el Día del Amigo. Es más, en las épocas en que el Chiri y yo nos pasábamos las tardes conversando, nos inventábamos una excusa para desencontrarnos los veinte de julio. Nos daba vergüenza tener que decirnos “feliz día”, caer en esas extravagancias que se dicen los maricones. Con los cumpleaños nos pasaba más o menos lo mismo. Pero con los veinte de julio muchísimo más.

La exaltación de la amistad ocurría cuando estábamos completamente borrachos, por lo general zigzagueando por la calle Treinta y Uno. Ahí sí sucumbíamos a la tentación de verbalizar dos cosas de los que estábamos convencidos: que no conocíamos a dos tipos más amigos que nosotros (ése era la cosa uno), y que cada uno de los dos era quien era gracias al otro. Yo estaba seguro, y lo estoy todavía —incluso más que antes— de que si no me lo hubiera cruzado al Chiri a los ocho años no sería escritor. No sé qué sería, pero no escritor. Seguramente bajista de rock pesado, o alguna otra cosa donde también esté permitido ser gordo. Pero no escritor.

Cuando Mercedes era un pueblo en donde nos conocíamos todos, yo no me llamaba Hernán. Me llamaba Chiri y el Gordo. Y él se llamaba Chiri y el Gordo también. Eso fue así desde el inicio de los ochenta y durante un montón de años. Éramos una especie de siameses locos, muy respetados por la gente más espantosa del pueblo. Le caíamos bien, generalmente, a los desequilibrados.

Como ocurre en estas clases de amistades absolutas, abríamos la heladera de la casa del otro sin pedir permiso, y eso era porque la casa del otro, o más bien la familia del otro, era también nuestra. El día que nos fuimos de Mercedes a vivir a Buenos Aires, por ejemplo, Chichita le dio más plata a Chiri que a mí. Y un tiempo antes, una tarde en que nos mandamos una cagada en la escuela, la madre del Chiri me pegó un sopapo a mí solo. A él no.

Cuando llegábamos muy borrachos a la mañana, los domingos, el Chiri se comía el desayuno de Roberto y después se quedaba dormido en la mesa de la cocina. Si llegábamos borrachos a su casa, yo le robaba los cigarros al padre de Chiri, y me los fumaba en el garaje. Éramos, se mirara por donde se mirara, los peores hijos del mundo; no por esto que cuento, sinó por ochenta cosas que me callo (no quiero hacer de este párrafo una enumeración de anécdotas zafias, solamente quiero que se entienda). Éramos los peores hijos pero, por alguna razón, mis padres al Chiri lo quisieron como si me hubiera llevado por el buen camino, y yo a la vez siempre me sentí querido por los padres del Chiri, incluso en las épocas

en que los padres de todo el mundo les decían a sus hijos que no se juntaran conmigo.

Quiero ser objetivo, no sé por qué. No quiero caer en ningún tipo de sensiblería en este punto, y tampoco quiero hacer alarde de una juventud jocosa. Y no quiero porque me he pasado la vida oyendo a los imbéciles contar sucesos de sus juventudes desopilantes, y me he pasado la vida escuchando qué sensible se pone todo el mundo cuando habla de la amistad. Quiero ser objetivo, más que nada, porque el Chiri seguro leerá esto y no quiero que el pelotudo se piense que escribo con emoción.

A lo que quiero llegar, si hay que llegar a alguna parte, es que nunca se nos hubiera ocurrido, ni en medio del pedo más surrealista del año ochenta y siete, que alguna vez los dos tuviéramos una hija, una cada uno, y que el otro no la conociera. Pero la vida es muy rara, eso sí lo supimos siempre. La vida es rara y la baraja pintó así: cuando cumplí treinta años me fui a vivir a España y, durante algunos años absurdos yo no conocí a Julia Basilis y el Chiri no conoció a Nina Casciari. No tengo idea, ahora mismo, si él también empezó entonces a darle una importancia distinta a los veinte de julio. Por lo menos yo, sin solemnidad, sin levantar bandera, cuando llegaban los días del amigo me ponía muy maricón a doce mil kilómetros, terriblemente maricón. Después se me pasaba, pero mientras tanto recordaba siempre el primer día del cursillo de la Comunión. Era un sábado del año setenta y nueve, alrededor de las once de la mañana. Yo tenía un yeso en el brazo, que para un gordo es buena excusa, porque los demás te miran la escayola y se olvidan del que la ostenta. Éramos un montón de chicos de ocho años, no conocía a nadie. Nos dieron un libro a cada uno; la catequista nos ordenó abrirlo en la primera página. Se trataba de tareas interactivas o algo así. Una de esas tareas decía: “Elige a un compañero que no conozcas dentro de la clase y pídele ser tu amigo. Si acepta, escribe tu nombre en su libro y viceversa”.

No sé si fue que estábamos sentados cerca o si nos levantamos y nos buscamos. No me acuerdo. Lo único que sé es que no nos conocíamos y que nos intercambiamos los libros y pusimos nuestros nombres en la línea de puntos. Me acuerdo de su letra alargada, y de la “s” que parecía un cinco, y de la hache intermedia. *Christian*, puso el Chiri en mi libro. Y yo después firmé el suyo: *Hernán*. Mucho tiempo después, ya de mayores, supimos que Dios es grande por esa clase de boludeces.

Pero antes hicimos aquel cursillo completo y diez meses más tarde recibimos el cuerpo de Cristo, vestidos de punta en blanco, en la Catedral de Mercedes. Bueno, por lo menos Chiri lo recibió; yo tuve problemas para asimilarlo.

Lo que ocurrió la mañana de mi Primera Comunión estuvo guardado en mi recuerdo como un secreto, lleno de candados, hasta una mañana de muchos años después. Yo ya vivía en Barcelona, mi hija era muy pequeña, y había sonado el timbre muy temprano por la mañana. Era un vendedor. Tenía esa sonrisa amable que pide a gritos una trompada. Yo, en pijama, no tuve reflejos ni para cerrarle la puerta en la nariz. Entonces él sacó una planilla, me miró, y dijo algo que no estaba en los planes:

—Disculpe que lo moleste, señor Casciari —su acento era español—, pero nos consta que usted todavía es ateo.

Eso fue lo que dijo. Textual. Ni una palabra más, ni una palabra menos.

Que supiera mi apellido no fue lo que me dio miedo, porque estaba escrito en el buzón de afuera. Tampoco la acusación religiosa, que pudo haber sido casual. Lo que me aterró fue la frase “*nos consta que*”.

Desde que el mundo es mundo, nadie que use la primera persona del plural es buena gente. Pero la frase “*nos consta que*” indica, además, que alguien anduvo revolviendo cosas en tu pasado. Y quien la pronuncia nunca es tu amigo, porque habla en representación de otros, y esos otros siempre son los malos. “*Nos consta que*” es una construcción que sólo usan los matones de la mafia, los abogados de tu ex mujer y las teleoperadoras de Telefónica.

—¿Me equivoco, señor Casciari? —insistió el vendedor al notarme disperso— ¿Es usted todavía ateo?

—Son casi las nueve de la mañana —le dije—. A esta hora soy lo que sea más rápido.

—Lo más rápido es que me diga la verdad.

—Entonces soy cristiano. Tomé la Comunión a los ocho años, en la Catedral de Mercedes. Tengo testigos. ¿Algo más?

—Eso lo sabemos, eso lo sabemos —dijo, sonriente—... Pero también estamos al tanto de que usted, por alguna razón, no se tragó la hostia.

Mi corazón dejó de latir. Esto me ocurre siempre que el pánico me traslada a la infancia. A mis secretos de la infancia. Y entonces la memoria me llevó, rauda, a la mañana imborrable de año setenta y nueve.

Ahora estoy sentado en la séptima fila de la Iglesia Catedral de Mercedes, vestido de blanco immaculado, junto a otras trescientas criaturas de mi edad, a punto de recibir mi Primera Comunión. La misa la oficia el padre D’Ángelo. Mis padres, mis abuelos, y una docena de parientes llegados desde San Isidro están a un costado del atrio, apuntándome con máquinas de sacar fotografías.

Tengo dos niños a mi lado. A la derecha el Chiri Basilis, y a la izquierda Pachu Wine. Los tres somos pichones católicos fervientes: durante un año entero hemos asistido a los cursos previos en el Colegio Misericordia. Sábado tras sábado, por la mañana, nos han preparado para esta jornada milagrosa, en que recibiremos el cuerpo de Cristo.

El padre D'Ángelo está diciendo cosas que me llenan de alegría, de emoción y de responsabilidad. Habla de ser buenas personas, habla del amor, de la lealtad y del compromiso hacia Dios. Yo estoy hipnotizado por sus palabras. En un momento miro a mi derecha, para saber si al Chiri le pasa lo mismo. El Chiri está con la boca entreabierta, lleno de júbilo. Miro a la izquierda, para saber si a Pachu Wine le ocurre otro tanto, y entonces veo su oreja.

La oreja de Pachu Wine está llena de cerumen.

La cera es una sustancia asquerosa, grasienta, que aparece a la vista sólo cuando el que la ostenta no se ha lavado las orejas. Pachu tiene kilo y medio de esa mugre pastosa, como si se la hubieran puesto a traición con una manga pastelera. Es tan grande el asco, tal la repugnancia, que toda la magia del cristianismo se escapa para siempre de mi corazón.

Dos minutos después estoy haciendo fila por el pasillo principal de la Iglesia, dispuesto a recibir la Comunión. Pero tengo arcadas. Cuando me llega el turno, el Padre D'Ángelo me ofrece la hostia y yo la tomo con los labios entreabiertos, pero no la digiero por miedo a vomitar a Cristo. Vomitar a Cristo, a los ocho años, es peor que pajearse. Entonces, con cuidado, la saco de mi boca y la guardo en el bolsillo. A la salida, entre las felicitaciones familiares, arrojo la hostia a un contenedor.

Nunca jamás le he contado esto a nadie. Y ésta es, de hecho, la primera vez que lo escribo. El hombre que había tocado a mi puerta, sin embargo, conocía la historia.

—Usted no puede saber eso —susurré. Ya no lo tuteaba.

—No se asuste, señor Casciari —me dijo—, y permítame pasar, será sólo un momento.

No se le puede negar el paso a alguien que sabe lo peor nuestro, lo nunca dicho, lo escondido. Yo debo tener tres o cuatro secretos inconfesables, no más, y el señor que ahora estaba sentándose a mi mesa sabía, por lo menos, uno. ¿Qué quería de mí este hombre? ¿Quién era?

—No importa quién soy —dijo entonces, leyéndome el pensamiento—. Y no quiero nada suyo tampoco. Sólo deseo que evalúe las ventajas de convertirse. Usted no puede vivir sin un Dios.

Respiré hondo. Creo que hasta sonreí, aliviado.

—¿Sos un mormón? —exclamé— Casi me hacés cagar de un susto. Es que como no te vi con un compañerito pensé que...

—No soy mormón —interrumpió.

—Bueno, Testigo de Jehová, lo que sea... Sos de ésos que tocan el timbre temprano. Un rompebolas de los últimos días.

—Tampoco —dijo, sereno—. Pertenezco a *Associated Gods*, una empresa intermediaria de la Fe.

—¿Perdón?

—Las religiones están perdiendo fieles, como usted sabe. Se han quedado en el tiempo. Nuestra empresa lo que hace es adquirir, a bajo coste, *stock options* de las más castigadas: cristianismo, budismo, islamismo, judaísmo, etcétera, y las revitaliza allí donde son más débiles.

—¿La caridad?

—El marketing —me corrigió—. El gran problema de las religiones es que los fieles las adoptan por tradición, por costumbre, por herencia..., y no por voluntad. Nosotros brindamos la opción de cambiar de compañía sin coste adicional y, en algunos casos, con grandes ventajas.

—Yo estoy bien así —le dije.

—Eso no es verdad, señor Casciari. Sabemos que usted no está conforme con el servicio que le brinda el cristianismo.

El desconocido tenía razón. Semanas antes yo había estado en el aeropuerto de Barajas y se aparecieron unos *Hare Krishnas*. Me dio un poco de rabia verlos tan felices: siempre están en lugares con aire acondicionado y los dejan vestirse de naranja...

—...y nadie les prohíbe ir descalzos —dijo el intermediario, otra vez leyéndome el pensamiento.

Desde ese momento, más rendido que asustado, decidí seguir pensando en voz alta.

—Cuando veo a los mormones me pasa parecido —dije—: a ellos les dan una bici y un traje fresquito. A los judíos les dan un año nuevo de yapa, a mediados de septiembre. A los musulmanes los dejan que las mujeres vayan en el asiento de atrás. Los Testigos de Jehová se salvan de la conscripción... ¿Y nosotros qué? ¿A los cristianos, qué nos dan?

—Buenos consejos, quizás —dijo el hombre.

—No cojas por el culo, no uses forro, no abortes, no compres discos de Madonna —me estaba empezando a calentar—. Prefiero una bicicleta con cambio.

—Eso vengo a ofrecerle, señor Casciari: un cambio... La semana pasada convencí a un cliente cristiano de pasarse al Islam. El pobre hombre tenía una novia oficial y dos amantes. Se moría de culpa; casi no dormía. Ahora se casó con las tres y está contentísimo. Lo único que tiene que hacer es, cada tanto, rezar mirando a La Meca.

El intruso empezaba a caerme bien. Por lo menos, tenía una conversación menos previsible que la de un fanático religioso.

—¿Y cuánto cuesta cambiarse a otra creencia? —pregunté.

—Si lo hace mediante *Associated Gods*, no le cuesta un centavo. Es más, le regalamos un teléfono móvil o un microondas. Nosotros nos encargamos del papeleo, de la iniciación y de los detalles místicos. Y si no está seguro de qué nueva religión elegir, lo asesoramos sin coste adicional.

—Un teléfono no me vendría mal.

—En su caso no, porque usted es ateo. Está ese pequeño incidente del cerumen —me sonrojé al oírlo en boca de otro—... Los regalos son cuando el cliente se pasa de una compañía a otra, y usted no pertenece a ninguna, técnicamente.

Yo sabía que el problema con Pachu Wine, tarde o temprano, me iba a jugar en contra.

—Pero de todas maneras este mes hay una oferta especial —me dijo el vendedor—: si se convierte antes del 30 de octubre a una religión menor, le ofrecemos una segunda creencia alternativa, totalmente gratis.

—No entiendo. ¿Qué vendría a ser *una religión menor*?

—Hay creencias superpobladas, como el budismo, el confucionismo... La cienciaología, sin ir más lejos, últimamente es lo más pedido por las adolescentes, y ya no quedan cupos... Y después hay otras religiones más nuevas, más humildes. Estamos intentando captar clientes en estas opciones, a las que llamamos creencias de temporada baja.

—¿Cuáles serían, por ejemplo?

El vendedor abrió su portafolio y miró una planilla:

—El taoísmo, el vudú, el oromo, el panteísmo, el rastafarismo, por nombrarle sólo algunas. Si usted no es mucho de rezar, y no le importa que no haya templos en su barrio, le recomiendo alguna de éstas. Son muy cómodas.

—¿Se puede comer jamón?

—En algunas incluso se puede comer gente.

—Me interesa. ¿Cuál sería la más distendida?

—Si no le gusta esforzarse, le recomiendo el panteísmo: casi no hay que hacer nada. Solamente, cada mes o mes y medio, tendría que abrazar un árbol, por contrato.

Me entregó un folleto explicativo, a todo color.

—Me gusta —dije, mirando las fotos— pero tendría que conversarlo con mi mujer...

El intermediario no se daba por vencido:

—Si firma ahora le regalamos también el rastafarismo, una creencia centroamericana que lo obliga a fumar porro por lo menos dos veces al día.

—Me las quedo. A las dos — dije entonces, ansioso—. ¿Dónde hay que firmar?

El intermediario me hizo rellenar unos formularios y firmé con gusto tres o cuatro papeles sin mirarlos mucho, porque estaban todos escritos en inglés. Antes de irse, me dejó una especie de biblia panteísta (escrita por Averroes), un sahumero, una pandereta y una bolsita de porro santo. Lo despedí con un abrazo y lo vi salir de casa y perderse en la esquina.

Como todavía era temprano me volví a meter en la cama. Guardé la bolsita y la pandereta en la mesa de luz, me puse boca arriba en la oscuridad de la habitación y sonreí. “Todo por cero euros —pensé, satisfecho— cero sacrificio, cero esfuerzo. Nada de *sudor de tu frente*, nada de *parirás con dolor*, ni esas ridiculeces del cristianismo, mi antigua y equivocada fe”.

Cristina seguía durmiendo, a mi lado. Su reloj despertador, extrañamente, marcaba todavía las 8.59, pero eso no era posible. Habíamos estado hablando más de una hora con el intermediario. Tenían que ser casi las diez de la mañana. Entonces Cristina se dio vuelta y me abrazó.

—¿Otra vez te está doliendo la espalda? —dijo, entre dormida.

Sin saber por qué, tuve un mal presentimiento. Como si algo no estuviera funcionando del todo bien.

—No, ¿por?

—Las manos... Te huelen a azufre —susurró, y se volvió a dormir.

Entonces sí, el reloj marcó las nueve en punto.

En general la gente anda buscando milagros automáticos, ésos que ocurren de un día para el otro, pero si alguna vez ocurren, si de verdad pasa algo increíble en la vida, te das cuenta treinta años después. La cera en la oreja de Pachu Wine había sido un obstáculo entre Dios y yo, y el



que había puesto esa cera en aquella oreja había regresado, treinta años después, a que firmase la venta de mi alma. Ésos eran los milagros reales, los grandes milagros. Los normales, tarde o temprano, se topan con la ciencia y se convierten en otra cosa. La primera vez que me pasó un milagro de estos, de los menores, fue en la misma época que conocí al Chiri. Yo tendría ocho o nueve años y estaba en mi cuarto. Miré un poster que tenía la punta despegada, me subí a la cama para pegarlo y en ese momento, ¡zas!, me vino a la memoria que alguna vez, en otra vida, me había subido a una cama para pegar un poster.

—¡A la pipeta! —dije en voz alta, y me quedé congelado, pestañeando rapidito.

La emoción fue indescriptible, como arañar la verdad secreta de la vida, como si por fin me hubiera pasado algo serio, profundamente humano. Y siguió siendo un lujo cada vez que me envolvía un *déjà vu*. Además no se lo contaba a nadie, un poco por egoísmo, y otro poco por miedo a que mi mamá, que me creía un superdotado por cosas mucho menos increíbles que ésa, quisiera llevarme a la radio.

Por eso me dio por mucha rabia, pero mucha, la tarde que leí, en la sala de espera de la peluquería, una revista del *Readers Digest* que daba la versión oficial: decía que todo era un cortocircuito del cerebro o algo así. Que la corriente paraba y cuando volvía, el último recuerdo salía patinando. Una boludez grande como una casa, pero firmada por la Universidad de Yale. Yo entonces tenía ya once años y había experimentado una docena de milagros que, ahora, de repente, no eran más que cortocircuitos. Aquella tarde entré a la peluquería siendo un niño y salí, dos horas más tarde, completamente pelado y mascullando insultos. El *déjà vu* no le había hecho mal a nadie, le decía yo, por la calle, a los imaginarios señores de la ciencia. No era una enfermedad, no era una pandemia, no era algo contagioso como la lepra o el peronismo. Está bien, tiene el problema ése de los acentos raros. ¿Pero sólo por eso, por la dificultad de una tilde, había que matarlo? ¿Qué hay que hacer entonces con los apellidos checoslovacos, otro holocausto hay que hacer?

A los trece años me vuelve a pasar algo parecido con los milagros. Descubro, en el zaguán de casa, la primera carta de toda mi vida, con mi nombre y mi apellido engalanados por la palabra “Señor”. La abro con el corazón en un puño y leo: “Copia esta Oración del Santo Sacramento nueve veces en letra de imprenta y envíasela a nueve amigos por correo certificado”. Al dorso de la oración (que era larguísima) venía lo más emocionante: te explicaban lo que les había pasado a las personas que no habían hecho caso. ¡Eran unas maldades buenísimas, las mejores desgracias que escuché nunca!

Es el día de hoy que no me puedo olvidar del pobre John Saldívar, de Denver (Colorado) quien, creyendo a esta cadena una broma de mal gusto, no sólo no cumplió con los reenvíos sino que la botó al retrete. Qué miedo más grande me daba esa frase. Yo no tenía la más puta idea de lo que significaba *botó al retrete*, pero me parecía terrible que John Saldívar hubiera hecho semejante barbaridad. Además, lo que le pasó a este hombre fue escalofriante: dos días más tarde del asunto del *botó*, John fue despedido de su empleo, una semana después su esposa lo abandonó por alguien más joven y al mes, más o menos, murió arrollado por un carro. Qué hijos de puta, con cuántos argumentos te convencían. La carta también te informaba sobre la enorme suerte que habían tenido los que sí habían cumplido el mandato, pero eso ya no es tan divertido de contar.

Me acuerdo que me puse enseguida a copiar las nueve cartas y a pensar en los amigos que elegiría para mandárselas, empezando por el Chiri. Iba por la tercera copia a máquina, y entonces Roberto me dijo que aquello de las cadenas postales era un tongo del Correo para que los incautos gastaran en estampillas.

¡Por qué! ¿Con qué necesidad había que bajar de un hondazo las ilusiones de un chico? ¿Qué le importaba a Roberto si el correo ganaba más o perdía menos? ¿Y qué sabía el señor Weigandt, director de la *Revista Selecciones*, si yo quería saber la versión científica del *déjà vu*? ¿Con qué derecho se investigan y se publican estas cosas? Los científicos deberían tener prohibido meterse en asuntos que no sean claramente beneficiosos para la Humanidad. Que se dejen de joder buscándole la quinta pata a los fantasmas, al I-Ching y a la luz mala. ¡Dejen vivir, señores de la ciencia! ¿Por qué carajo no se ponen las pilas y descubren, de una vez por todas, la pastilla para no tener que bañarse? Eso sí que es útil y hace años que la estamos esperando.

Cuando mi padre me dejó solo en el comedor seguí escribiendo, una a una, las nueve copias del Sagrado Sacramento, para enviárselas a nueve amigos y que se cumpliera para ellos el milagro bueno, no el de John Saldívar. Pero a la sexta copia, empecé a sentir un *déjà vu* bastante cansino y muchas ganas de hacer otra cosa. Di vuelta la hoja en la máquina y me puse a inventar un cuento.

Hace tiempo, cuando todavía vivíamos en Barcelona, rescaté de la basura una *Léxicon 80* igual a aquella de mi infancia. Había cuatro, esperando que pasara el camión de la basura. Solamente me traje una para que Cristina, mi mujer, no me tomara por loco. Si hubiera vivido solo me las traía a todas, porque la máquina de escribir es, de las cosas que no respiran, lo que más quiero en este mundo. Pero sobre todo me fascina ésta, la *Léxicon* de Olivetti, porque reproduce los anhelos de mi infancia.

Mil veces me levanté descalzo de una siesta y perseguí el *ta-ca-tác* que llegaba desde el comedor de Mercedes.

Cuando tenía cuatro años no había maravilla más grande que ver a Roberto sentado frente a su máquina, escribiéndole cartas a la Dirección General Impositiva. Yo arrastraba una silla blanca y me trepaba para verlo. La fila de hormigas elegantes que aparecía en la hoja se detenía únicamente cuando él se mordía un labio; el de abajo. Y cuando levantaba las cejas volvía el sonido de la marcha: *ta-ca-tác, ta-ca-tác...* Lo que más me gustaba era que llegara al final de una línea, porque el mejor de todos los ruidos era el timbre del salto de carro: había que mover el rodillo o las hormigas se podían caer, desde la hoja hasta el suelo, y podía ser fatal.

En aquellos tiempos lo único que yo quería de mi vida era aprender ese arte; sentía que el artefacto, macizo, gris, y más que nada poderoso, era el mejor juguete que existía sobre la tierra. Y que saber usarlo por diversión sería, por lógica, el mejor de los juegos humanos.

Cristina, no sé por qué telepatía, puso la Léxicon huérfana que rescaté de la basura en un sitio privilegiado de la casa. Cuando nos mudamos a este pueblo de Cataluña la máquina viajó con nosotros: desde entonces la miro todos los días, porque está en el estudio donde escribo, debajo de la máquina del café. Y cada vez que lo hago, mi cabeza vuelve a Mercedes, a la época en que oía el traqueteo en el comedor, y vuelvo a sentir en la parte de atrás de la nuca esa impaciencia por aprender a escribir.

Cuando yo tenía cuatro años me fascinaba que las personas grandes se quedaran en silencio frente a las hojas incómodas de La Nación, y que movieran los ojos para leer. Una vez, solo en el baño, quise repetir el gesto adulto y entonces no me entretuve con los dibujos de Trudy ni los de Quintín García, sino con las letras indescifrables de los titulares. Las miré fijo, como si el proceso de leer no llegara desde la comprensión, sino de una postura determinada de los ojos —como los estereogramas que estuvieron de moda en los noventa—, pero no ocurrió ningún milagro. Me concentré en una letra (entonces no sabía que se llamaba *la jota*) y pensé algo demasiado enfermizo: pensé que los mayores tampoco veían nada en aquellos garabatos, y que en realidad se burlaban de mí todo el tiempo para después, a solas, divertirse a costa de mi ingenuidad. También supuse que crecer significaba que a determinada edad me dejarían ingresar al grupo de los chistosos, y que entonces yo estaría obligado a repetir esa broma con mis propios hijos. Y que en eso consistía todo. Todo era, digamos, la vida y sus quehaceres.

Debo haberle roto mucho las bolas a Roberto para que me enseñara el truco; se lo debí haber implorado hasta con espanto, porque esa misma tarde apareció en casa un libro que se llamaba *Upa*, y al día siguiente, dos

años antes de que empezara mi escuela primaria, mi papá usó la Léxicon 80 para enseñarme todo lo que sé.

Yo no sé si Roberto supo que aquel año, el setenta y cinco, me divertí como un chanco. No sé si supo que cuando yo tenía cuatro años buscaba un gesto en sus ojos, y que la curiosidad que yo tenía por aprender quedaba en desventaja frente a las ganas de que él hiciera el gesto de triunfo, que era el de levantar las cejas y decir "*muy bien, negrito*", y después buscar en mi mamá, en los ojos de ella, la otra mitad de la gloria.

Yo aprendí a leer y escribir en el comedor de casa, mientras se freían las milanesas en la cocina. Roberto volvía de trabajar a las ocho. Y yo lo esperaba con el libro *Upa* en la mano, sentado frente a la Olivetti, para que me explicara más. Ninguna noche llegó tan cansado como para decir hoy no. Cuando él abría la puerta y dejaba el portafolios en el sillón, se encontraban dos grandes obsesiones: la mía por entender, y la suya por que entendiera.

Cuando me fui a vivir a otro país tuve que explicarle (esta vez yo profesor, él alumno) cómo hacer para encender una webcam, cómo encontrar una foto perdida de su nieta en la maraña del escritorio de Windows, y de qué manera se abren las cuentas de Gmail. Y cada vez que le escribía esos trucos pelotudos sobre informática básica, sentía que le estaba devolviendo un poco de lo que me dio en el setenta y cinco. Pero me fue imposible equilibrar, o pagar esa deuda, ni aunque él hubiera vivido mil años. Porque, sin saberlo, Roberto me enseñó las dos cosas que todavía hago con más tenacidad: leer y escribir.

Ahora, que en el estudio de mi casa hay una Léxicon y también hay una hija de cinco años, tengo delante de mis narices la única tarea fundamental de la paternidad: transmitir pasión. Y vuelvo a sentir en la parte de atrás de la nuca esa impaciencia, esa alegría desbordada, como si otra vez tuviese un metro de altura y las letras de la Olivetti fuesen garabatos por conquistar.

Cuando nació la Nina, en el dos mil cuatro, no tuve ganas de escribir ni de hablar sobre otra cosa que no fuese el descubrimiento de la paternidad. Yo mismo notaba, en los ojos de todos, el cansancio de mi discurso baboso. Con el tiempo conseguí calmar el borbotón, al menos de puertas para afuera. Cuando mi hija estuvo a punto de cumplir tres años, es decir, cuando iba a empezar la escuela, decidimos irnos de Barcelona, que es una ciudad preciosa pero inmensa, para buscar un pueblo chiquito. Una casa con pasto, un lugar con animales cerca.

Yo siempre creí que una buena parte de mi felicidad infantil tuvo que ver con haber crecido en Mercedes, y probablemente con que mi abuelo Salvador haya vivido en una quinta. Y más tarde, en la juventud, con

haber ido a un colegio con los mismos compañeros desde el principio. Le tengo un respeto irracional a la amistad temprana, a conocer a mis amigos desde la primera infancia. Con el Chiri tenemos recuerdos lúcidos, limpios, que tienen ya treinta años. Y a Guillermo, que viene a mi casa todos los sábados a jugar, le recuerdo la cara desde hace treinta y cinco. Con ellos no hay, no existe, la posibilidad del aburrimiento. Sólo claridad y placer. Llega un punto en que la serenidad es tan enorme, y la conversación tan fluida, que es complicado, más tarde, no confundir una charla común con un pensamiento en solitario.

Cuando cumplí dieciocho y me fui a Buenos Aires (una ciudad preciosa, pero inmensa) entendí que la amistad de las grandes capitales era menos antigua y más frágil. Quizás porque los amigos infantiles se perdían en la maraña, y los amigos nuevos se habían conocido de grandes. Los chicos de las ciudades numerosas hacen el jardín en un barrio, la primaria en otro, el secundario más allá... Se pierden el rastro, cambian mucho de colectivo. El tango *Tres amigos* da fe de esta desgracia:

¿Dónde andarás, Pancho Alsina?

¿Dónde andarás, Balmaceda?

Yo los espero en la esquina

De Suárez y Necochea.

Hoy ninguno acude a mi cita.

Ya mi vida toma el desvío.

La guardia vieja me grita

¿Quién ha dispersado aquel trío?

Pobre cantor de Buenos Aires: sus amigos también habían cambiado de colegio... Pero no les pasa a todos, claro. Algunos tienen la suerte de la perseverancia, o del anhelo, o de la casualidad, y entonces hay reencuentros felices. Pero son los menos. En general, el medio ambiente de las capitales no ayuda a la germinación de la amistad temprana y para siempre.

Y después está el asunto del pasto. Y el asunto del río. Y el asunto de los aromas. Crecer en los pueblos tiene algunas desventajas (la antena de Mercedes no sintonizaba *Tevedós*, por ejemplo) pero también produce un provecho lento que se descubre con los años. El olor de las lombrices cuando levantás la baldosa, los barriletes de caña, juntar huevos calientes mientras te mira la gallina madre, pisar hormigueros y sentirse un dios malvado. Sentirse sucio, sentirse lejos de casa, del otro lado de un río.

O la multitud de madres y padres. Eso también. La cercanía de las casas de los amigos te convierte, también, en hijo de otra gente. Y te ayuda a

querer a otros padres (que son otros mundos), a conocerlos en la intimidad y en la sobremesa. Alfredo y Mari Basilis fueron, para mí, lo que Chichita y Roberto han sido para el Chiri. También Hugo y Gloria, los padres de Guillermo. Otros ojos que nos vieron crecer, y siguieron allí siempre. Y otras habitaciones, y otros estofados.

Entonces, en el año dos mil siete, nos mudamos a Sant Celoni, un pueblito de quince mil habitantes en la montaña. Nuestra casa está justo al final del pueblo, en el punto exacto donde el asfalto se convierte en bosque. La Nina vuelve sucia del jardín. Su abuelo la lleva a buscar hongos. Sus amigos del cole tienen padres que son de acá, de toda la vida. Cuando llueve hay barro, cuando nieva hay silencio. Y también perejil en la ventana de la cocina.

Claro que la ecuación no tiene por qué funcionar como una magia. Vivir en un pueblo no es la receta de ninguna felicidad, ni tampoco las ciudades escupen moldes de chicos tristes. Pero hay algo, en mis propios recuerdos de la infancia, que me lleva a repetir el idéntico camino de una esperanza. Es como plantar una semilla en tierras propicias. Hay egoísmo en todo esto, porque solamente puedo relacionarme profundamente con personas que han tenido una infancia feliz. Y eso no tiene nada que ver con la geografía. Solamente es suerte. Pero yo quiero ser amigo de la Nina, cuando seamos grandes.

Por eso, cuando vuelve del cole todos los días a las cinco, la veo entrar a casa y le pregunto si jugó con los chicos, le pregunto cómo se llaman sus más mejores amigos, quiero saber si se divirtió como un chanchito en el patio. La pregunta es otra, por supuesto. La pregunta verdadera es: “¿Sembraste muchos chiris esta mañana, Nina? ¿Le pusiste agua a todos tus guillermos?”. Ella me dice que sí, por suerte. Siempre me dice que sí. Y yo cruzo los dedos para que sea verdad y entonces, un día, a ella también le ocurra el milagro.

Todo lo bueno que me pasó y me pasa tiene que ver con ese destino no buscado. Pero nadie sabe si el milagro es el correcto. No hay menos amor en los intereses de otros padres. El mío, que se dedicaba a la gestión impositiva y a los deportes, hubiera preferido que yo fuera más espavilado con los números y con el cuerpo.

—¿No te das cuenta de que con la plata que te gastás en figuritas te podrías comprar dos pelotas de cuero por semana y salir un rato a patear?  
—me decía.

Ahora estamos en mil nueve ochenta y uno, tengo diez años y soy adicto a las figuritas *Reino Animal*. Si lleno el álbum me gano una pelota de cuero. Yo quiero esa pelota, con gajos negros y blancos, que está colgada en la vidriera del kiosco Pisoni. Por eso compro figuritas.

Compulsivamente. Con cada billete que llega a mis manos, con cada moneda, voy y compro paquetes de cinco figuritas. Los abro con nervios, porque me falta solamente una, la cincuenta y cuatro. Me falta la tarántula. Nombre científico, *eurypelma californica*. Tengo todo el álbum lleno menos ésa. La tarántula. A la noche no puedo dormir porque me carcome el deseo arácnido. Nomás me calmo con el ruidito que hago cuando raspo los dientes de arriba contra los de abajo. Pero cuando al final me duermo sueño con la tarántula. Sueño que abro un paquete y que ahí está. Peluda.

En la vida de todos los días cambio mis costumbres. De golpe y porrazo quiero ir a hacer los mandados siempre yo, para quedarme con el cambio. Olfateo la presencia del dinero, lo necesito para comprar figuritas. Chichita le dice a mi papá, por ejemplo:

—Roberto, andá acá enfrente y compráme un calditos knor.

—¡Voy yo! —grito— ¡Dejá que voy yo, que papá está ocupado!

Todos están felices con mi nueva personalidad. Empiezo a ser el hijo que habían soñado tener. Cuando no hay nada que comprar en casa, me voy a lo de mi abuela Chola y le toco el timbre con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Querés que te haga los mandados, abuela Chola?

Si me pide un kilo de pan, le compro tres cuartos. Si me pide leche, le compro *La Vascongada* que es más barata. Me quedo con las monedas; me compro figuritas. Y así muchos días. Pero la tarántula no aparece.

Al tiempo, además, me voy poniendo flaco. Es normal, porque hace más de un mes que no pruebo un sugus, ni un jack, ni una mielcita, ni una gallinita, ni un chicle jirafa. Nada. Todo lo que tengo me lo gasto en figuritas. Compro de a cuatro, de a seis paquetes. El kiosquero Pisoni se está construyendo la pieza de arriba gracias a mí.

A la tarde me encierro y doy vuelta las páginas del álbum. Están todas pegoteadas de plasticola, todos los agujeros llenos, menos uno. Voy pasando las hojas que están completas y sonrío triunfal. La mayoría de las figuritas tiene una historia: la cebra me la gané al chupi en el recreo, el ornitorrinco me lo regaló mi primo de San Isidro, la anguila eléctrica se la afané a Agustín Felli cuando se durmió. Miro el álbum con orgullo, hasta que llego a la hoja que me avergüenza. La hoja donde hay un hueco que dice: *Nº 54. La tarántula (eurypelma californica)*.

Un fin de semana por medio vamos a San Isidro a visitar a mis abuelos ricos. Me gusta ir, me gusta muchísimo ir porque me dan plata. Pero no la plata común que existe en Mercedes. Me dan billetes que acá no hay, como por ejemplo un verde. El año pasado que tomé la comunión, me

dieron un rojo, que mi papá no lo había visto nunca. Acá en Mercedes solamente te dan monedas, y si te sacás un sobresaliente con signo te dan un marrón. Con un marrón te comprás cuatro paquetes. Pero con un verde te comprás veinte paquetes. Es decir, cien figuritas. Mi sueño es tener un rojo y gastármelo de golpe en cuarenta paquetes. Eso es doscientas figuritas. Pienso que si te comprás doscientas figuritas, así de golpe, te tiene que aparecer la tarántula, por lo menos cuatro veces.

Cuando volvemos de San Isidro vengo en el auto apretando un verde que me dio mi abuelo Marcos, que es mi abuelo rico. Paramos en la casa de unos amigos que viven en la ruta. El hijo, Sebastián, me dice que el mayor de los Zanotti, que vive al lado, se sacó la tarántula dos veces. Me lo dice con los ojos grandes, porque es lo más importante que le pasó en la vida. No al de Zanotti, a Sebastián.

—¿De verdad se la sacó dos veces?

—Sí. Y con una llenó el álbum y ya tiene la pelota de cuero.

—¿Y con la otra qué hizo?

—A la otra la vende.

—¿Qué pide?

—Pide dos rojos. Pero si sos una chica, pide que le mostrés la concha.

Yo no tengo ni concha ni dos rojos, así que me vuelvo a casa odiando al de Zanotti. Pero también vuelvo a casa pensando que es posible, que la tarántula existe. Que no es un invento para que compres figuritas, como dice mi papá. Ese dato, que alguien de Mercedes se sacó la tarántula, me vuelve mucho más compulsivo.

Al otro día respiro hondo y me gasto el verde entero en figuritas. Pisoni, el kiosquero, me quiere a mí más que a la esposa. Incluso me deja ver al trasluz los paquetes antes de comprarlos. Pero no se ve nada. No se ve un carajo al trasluz. Por el camino voy abriendo los paquetes que me compré y voy diciendo en voz baja *la tengo, la tengo, la tengo, la tengo, la tengo, la tengo...* Me dejo tres paquetes sin abrir, para después de comer. De esa manera sigo teniendo algo por lo que vivir.

Ceno sin pensar, sin disfrutar, sin levantar los ojos del plato. Me preguntan qué me pasa. No contesto. Antes del postre me voy a la pieza y abro los paquetes que me faltan. La jirafa puta aparece siempre. Estoy hartado de ver la jirafa. También sale la boa. Y la figurita que más odio de todas las repetidas es el ciempiés, porque cuando la vas sacando de a poquito, cuando vas orejeando para darle suspenso, te da la sensación óptica de que es la tarántula. Entonces el corazón te empieza a latir fuerte, pero enseguida sale entera y es el ciempiés. La tengo repetida cuarenta veces al ciempiés. Pero de la tarántula, otra vez, no hay noticias.



A la mañana del otro día mi mamá me pregunta qué pienso hacer con la plata que me dio mi abuelo en San Isidro. Me dice:

—Qué te parece si te compramos unas zapatillas en *El Revoltoso*.

Le digo que me parece muy bien, pero que la plata se me acabó. Mi mamá se pone a llorar. Siempre llora cuando menos te lo esperás. También te pega cuando menos te lo esperás. Cuando te pega es porque te mandaste una cagada normal. Pero cuando directamente llora, es porque te mandaste una cagada gigante. Me dice que soy un imbécil, empieza a buscar el álbum del *Reino Animal* para romperlo. Me dice que la tengo recontra podrida.

—¿Cómo te vas a gastar cincuenta mil pesos en figuritas, anormal? — me dice llorando— ¿Vos sabés cuánto gana tu padre?

Cuando mi mamá llora está más o menos tranquila porque se preocupa de llorar y de que no se le vaya la pintura. Pero cuando para de llorar empieza a acordarse de por qué la hiciste llorar, y ahí lo mejor es que te escondás porque no te faja despacio. Te faja a lo loco. A lo loco es cuando te faja repitiendo la misma frase mientras te va pegando:

—¿Vos sabés (*zácate*) cuánto gana (*zácate*) tu padre (*zácate*)? —así te pega Chichita, y va repitiendo el ritmo: sujeto, chancletazo; predicado, sopapo; objeto directo, chancletazo. Y no te queda otra que hacerte un bollo y esperar que se le acabe la bronca, que es más o menos en el estribillo catorce.

Al final me voy a llorar a la pieza. Lloro un poco porque me duele, pero más que nada porque es medio humillante que te pegue una mujer. Yo tengo un par de amigos a los que les pega el padre, y me parece más sensato. Ellos dicen que no, que yo lo que tengo es suerte, y me muestran las marcas. En casa mi papá no me pega nunca. Lo que hace es venir a la pieza después de que me pega mi mamá. Viene y trata de explicarme por qué me fajaron. Lo hace medio en voz baja, porque le da miedo de que mi mamá también lo faje a él:

—Un poco tiene de razón —me dice Roberto—. No podés gastarte tanta plata en boludeces.

—No son boludeces, son figuritas —hablar llorando es difícilísimo, porque tenés que estar boca abajo y la almohada mojada te hace como un eco y parece la voz de Carozo, el amigo de Narizota.

—Te podés comprar un paquete, dos paquetes —dice mi papá, que es contador—, lo demás lo tenés que ahorrar. En la libreta de ahorro no tenés nada.

—Me falta una sola —digo llorando—, la tarántula...

—Con más razón. Cuantas menos figuritas te faltan, las posibilidades de que te salga la que querés es menor.

—¡Por eso compro muchos paquetes! —le digo a la mitad de un puchero— ¿Te pensás que soy tarado?

—¿No te das cuenta de que con la plata que te gastaste en figuritas te podrías haber comprado dos pelotas de cuero por semana?

No señor. No hay diferencia entre esa pregunta y la que le hago yo a la Nina cuando vuelve del jardín. “¿Jugaste con los chicos, ya tenés una mejor amiga?”. Supongo que los padres que han sido felices cerrando un balance sin errores pretenden hijos que aprendan pronto a sumar y multiplicar. Y los que han sido felices con la música hacen lo posible por darles a los suyos un entorno lleno de pianolas. El amor funciona de ese modo. También la voluntad y el deseo. A mí me tocó ser feliz gracias a que conversé toda la vida con la misma gente. Y a mis obsesiones cambiantes. Cuando se me acabó el berretín de la tarántula empecé a leer, a escondidas, la revista *Humor*. No me ocultaba porque estuviésemos en una dictadura y los textos de *Humor* fuesen subversivos, sino porque entonces yo tenía diez años y en esas páginas quincenales había dibujos de mujeres desnudas y bastantes malas palabras. Cada cual tiene su pequeño gobierno militar, y a mí el coronel Chichita me producía más temor que el general Galtieri.

Las revistas infantiles de entonces —*Billiken* y *Anteojito*— trataban a los niños como si fuesen disminuidos mentales, pero en casa recibíamos ambas, porque mi madre creía que troquelar cabildos de cartón podía ser útil para mi futuro. Por suerte, en el negocio de canje de la calle 32 te daban una revista *Humor* vieja por dos números nuevos de *Billiken* o *Anteojito*. De este modo conocí a mis primeros dibujantes favoritos, y también supe que los periodistas y los escritores serios podían también ser graciosos y hacer enojar a los malos con buenos chistes por la espalda.

Todos ellos, una tarde cualquiera en mitad de la guerra de las islas Malvinas, tuvieron una idea genial: hacer una revista como la transgresora *Humor*, pero para chicos. Y entonces nació *Humi*, que no traía ilustraciones de próceres en la tapa, sino que se burlaba de las cantantes infantiles de la época. Sátira e ironía para niños astutos, en lugar de fechas memorizadas o historietas rancias. El proyecto fue un fracaso y duró muy poco, porque los padres preferían seguir comprándole, a sus hijos, cabildos para troquelar.

Durante las pocas ediciones que duró el encanto de *Humi*, yo fui un fanático de aquella revista infantil. Devoraba cada página, hacía guardia en el quiosco cada tarde para saber si había llegado el último ejemplar (el kiosquero Pisoni volvía a creer en mí) y después me pasaba semanas

enteras leyendo y releiendo cada artículo, cada viñeta; me gustaba el olor de esa revista y todo lo que nos decía. Me fascinaba, sobre todo, que los mismos dibujantes y guionistas de *Humor* (las mismas firmas subversivas) tuvieran tiempo también para conversar con gente de diez años. Y, además, no tenía que esconderme de Chichita para leerlos, porque me hablaban a mí; me hablaban directamente a los ojos.

Esa cercanía, esa amistad a destiempo, me dio valentía para enviarles una carta agradeciéndoles el esfuerzo. No recuerdo esa carta, seguramente escrita en la *Lexicon* de Roberto y llena de faltas o borrones. Al final de la hoja, ya más distendido, les dejaba el chiste del campesino que cierra la tranquera para que no entre el aire. Envié el sobre con emoción, pero también con pocas esperanzas. Sin embargo, cuando recibí de manos del quiosquero el número tres de la publicación, quince días más tarde, allí estaba mi chiste.

Era la primera vez que veía mi nombre impreso. Y ese momento, ahora estoy seguro, fue el resorte inicial, el punto de partida de mi oficio. No lo supe entonces, tampoco lo analicé más tarde. Lo supe cuando Natalia Méndez, una editora de libros infantiles, preparaba un trabajo universitario y encontró —en la página cinco de una *Humi* fechada en septiembre de 1982— aquel chiste firmado con mi nombre y mi apellido. Con generosidad, Natalia escaneó la página y me la envió por correo, sin saber que, al hacerlo, alumbraba un recuerdo que había estado escondido y a oscuras, en el sótano de mi memoria, durante veinticinco años.

Descubrí la raíz de mi vocación cuando vi esa página amarillenta, que había dormido tantos años en alguna hemeroteca de Buenos Aires. Me sorprendió, antes que todo, haber olvidado por completo aquel suceso fundamental de mi infancia. ¿Por qué no lo recordé nunca antes del mail de Natalia? ¿Y por qué, al recordarlo ahora de repente, han regresado también tantas otras cosas alrededor de ese acontecimiento, tantos detalles y relieves, e incluso la certeza de que aquel fue un momento esencial de mi vida y de mi futuro?

Ahora, que existe el *word* y la impresora, ver tu nombre impreso en papel es fácil y es también aburrido. Pero entonces era casi un prodigio. Muchos sucesos encadenados debían ocurrir, y además era preciso que ocurriesen de un modo correcto y sincronizado. Desde el momento en que yo dejaba una carta en el correo con un chiste dentro, y hasta la tarde que la revista llegaba a mis manos con el chiste impreso, eran tantas las cosas que tenían que pasar, tanta la suerte y el azar, que yo no creía que pudiera ser posible. El cartero no debía equivocarse ni la carta perderse entre miles, alguien debía abrirla y no echarla al cesto de basura, y, sobre todo, unos señores a los que yo admiraba debían leer la carta y gustarle el chiste. Después de eso, que ya era de por sí improbable, un tipógrafo

debía seleccionar las letras de mi chiste y de mi nombre, y un imprentero multiplicar esa página, y unos obreros intercalar los pliegos pares con los impares, y un distribuidor repartir la revista por todo el país, y un camión nocturno llegar a Mercedes, y el quiosquero Pisoni darme un ejemplar, y yo ir hasta la página cinco y ver allí mi chiste. Y mi nombre.

Todo eso había ocurrido en secreto, durante veinte días hábiles del año 1982. Todas aquellas magias habían sucedido sin distracciones ni baches ni excusas, con la serenidad de los milagros cotidianos. Y entonces yo supe, con toda la fuerza de mi alma, que ésas eran las cosas que debían ocurrirme muchas otras veces en la vida. No fue un deseo, sino una certeza extraña y conmovedora.

Yo tenía once años. Comenzaba a estar obsesionado con escribir cosas que aparecieran después en un papel lejano, compuesto por otros, multiplicado por otros, distribuido por otros. *Leído* por otros. ¿Cómo pude haber olvidado aquella primera emoción hasta el mail de Natalia Méndez, si de esa emoción surjo, si de esa obsesión estuvieron diseñados, después, todos mis pasos en la vida, cada uno de mis insomnios de tinta y de papel, y mis patologías, y mis incertidumbres y mis cuentos?

Desde aquel día todo fue más fácil, porque por fin supe qué hacer con mis pasiones, supe a dónde tenían que ir a parar. Desde aquella tarde no pude dejar de escribir, no quise dejar de hacerlo nunca más. Mi padre se dio cuenta del asunto y habló con su amigo Bustos Berrondo, que dirigía un diario en Mercedes. Le pidió un favor complicado que, por suerte, el amigo de mi padre aceptó. Fue así como a los trece años tuve mi primer trabajo de periodista, cubriendo la liga de básquet para el diario *El Oeste*. Y me pagaban. Todavía me sigue pareciendo increíble esa carambola: Roberto había logrado unir sus dos pasiones (la contabilidad y los deportes) fomentando al mismo tiempo mi única pasión. Ojalá yo tenga esa suerte con la Nina. Ojalá los milagros ocurran de ese modo.

Las crónicas deportivas eran semanales y muy cortas. Yo debía resumir el trámite del partido, los mayores anotadores y las incidencias más importantes. Tomaba notas a mano en la cancha, escribía el artículo a máquina en casa —letra por letra, usando solamente estos dos dedos que sigo usando ahora— y caminaba las cuatro cuerdas hasta la redacción del diario; iba lleno de nervios, ilusionado y feliz. Entraba a la redacción y quería actuar con naturalidad, pero el corazón se me salía por la boca cada sábado, cada vez que entregaba mi crónica semanal sobre básquet. Le dejaba la hoja llena de texto a la secretaria, y veía cómo la hoja pasaba de su mano a la mano de otros, y después de otros más. Así comenzaba el proceso.

En el diario *El Oeste*, por supuesto, me pagaban muy poco. En realidad, el verdadero sueldo era ver, al día siguiente, mis palabras impresas en el papel. No dejé nunca de hacer aquello (que también es esto que hago ahora), y por alguna razón secreta jamás en todos estos años, que son ya muchos, he dejado de divertirme ni de emocionarme a la hora de escribir. O mejor dicho: a la hora de saber que lo que he escrito está siendo leído por otros, en otra parte, lejos de mí. Pero por alguna razón no recordaba el momento en que había saltado el primer resorte, el primero de todos los milagros. Es extraño contar todo esto ahora y de este modo, desde un portátil conectado al mundo sin cables. Es extraño saber que ahora mismo, si quiero, presiono este botón de aquí y al instante miles de lectores tienen mis palabras en casa o en la oficina, en Montevideo, en Veracruz, en Mercedes, sin que nadie se manche las manos de tinta, sin carteros, sin tipógrafos y sin esfuerzos.

No ha pasado tanto tiempo, sólo veinticinco años veloces, entre una cosa y la otra. No hay mucha diferencia entre el chico de campo que esperaba la llegada de una revista desde la Capital y éste que soy ahora, el que escribe este párrafo en su casa y a la vez tan lejos de su casa. Aquel chiste, aquel primer chiste impreso de mi infancia, ha regresado después de mucho tiempo para decirme que todo está igual, que no se han truncado las emociones, que cada libro nuevo con mi nombre es un milagro idéntico al primer milagro, y que el olor de la tinta en el papel no tiene precio. El chico de entonces, el gordito aquel que caminaba las cuatro cuerdas con el corazón en la garganta y el texto novato entre las manos, un poco encorvado también, para que no se le notaran las tetas, el que deseaba que la vida futura estuviese llena de tinta y de palabras, puede dormir tranquilo.

—Ahí viene el gordito culón—decían los muchachos de la imprenta, llenos de tinta hasta las orejas.

Como promediaba la década de los ochenta, llegué justo a tiempo para vivir, oler y recordar cómo se hacían los periódicos antes del *PageMaker* y de la era digital. Conocí las redacciones antiguas, donde no había computadoras sino *olivettis* de carro ancho; entré a las salas de revelado; conocí el sonido de las viejas *Garaventa* cuando se atascaban.

—Ojo que llega pancuca —decían los imprenteros al verme llegar.

Fui contemporáneo de tres oficios que ya han desaparecido para siempre: el linotipista, el tipógrafo y el estereotipista. Y, sobre todo, sufrí durante muchos sábados los chistes humillantes que, sin maldad, me ofrecían los obreros de estos tres oficios. Porque ésta es, a no olvidarlo, la parte negra de cualquier historia infantil. Como todo el mundo, tengo infinidad de malos recuerdos alrededor del asunto. Pero el primero es

siempre el que duele más. Una vez, en un recreo, alguien notó que yo tenía tetas. Y otro, que estaba en el mismo grupo, dijo:

—Tenés suerte, Gordo, podés tocar una teta cuando quieras.

Me lo dijo de verdad, no era un chiste. Esa mañana yo tenía siete años y estaba enamorado de Paola Soto. A la noche me miré al espejo y me pregunté cómo era posible tener más tetas que el amor de mi vida. No me pareció bueno experimentar el romanticismo en desventaja.

Aunque hubiera podido, jamás utilicé el sobrepeso como arma arrojadiza. Ni el panzazo al adversario distraído, ni arrojarme encima del enemigo y asfixiarlo. Con el tiempo, en cambio, me convertí en comediante. Desarrollé la ironía y la autocrítica. Me reía de mí mismo — con enorme esfuerzo— y logré ser un gran observador del defecto ajeno. Encontraba fallos en todo el mundo. En todos menos en Paola Soto, que era perfecta.

Paola Soto no tenía tetas, pero tampoco le hacían falta. Tenía algo mucho más sutil: tenía, para mi gusto, la mejor risa de la escuela. Su felicidad obraba con el mismo retraso que el trueno y el relámpago. En la tormenta, primero aparece el destello y un rato después llega el estruendo. En la risa de Paola Soto, primero le subían los colores a la cara, de un rojo íntimo, y después le explotaba la boca de alegría. Yo no podía sostener la vista cuando ella se reía, en grupo de tres o cuatro, con sus amigas del recreo. Además, tenía la virtud de reírse poco, y nunca porque sí; no regalaba esa magia a cualquiera. Yo no la podía hacer reír, estaba minusválido de sus dientes.

No la podía hacer reír porque venía mal acostumbrado desde la cuna. En casa y en el barrio divertía a todos con cualquier morisqueta de nene gordo. Hasta los cinco años provocar la risa ajena era tan sencillo como bajarse medio tarro de dulce de leche.

La infancia en general es fácil para el comediante; los padres son críticos muy parciales y cualquier idiotez es bien recibida hasta un cierto punto. Antes de la patología fotográfica, yo era Jerry Lewis en el hogar, y también en el jardín de infantes. Pero entonces empecé la escuela primaria y todo cambió. Apareció Paola Soto, me topé con el amor despiadado, con el dolor de panza. Me topé con la dificultad de su risa.

A Paola Soto mis morisquetas no le hacían ninguna gracia. Ni siquiera le resultó graciosa mi cara en la foto de primer grado, la que ilustra este libro. Yo podía ponerme bizzo en su presencia, imitar el sonido de un barco que zarpa o dar vueltas de carnero sin manos. Con cualquiera de mis rutinas lograba desmayar de risa a mis compañeros de primer grado, pero Paola se mantenía impassible y lejana, como en la foto. La señorita Norma tampoco se reía de mis idioteces, pero yo no estaba enamorado de

la señorita Norma y me importaba muy poco su indiferencia de magisterio.

Solamente me importaba Paola Soto.

Cuando acabó el año, mis padres y los de ella (que eran amigos) nos cambiaron de colegio. Paola y yo, de golpe, nos vimos en escuela desconocida y con compañeros nuevos. Sólo a ella conocía yo en ese mundo de delantales blancos, y ella a nadie más que a mí. En ese otro mundo de la Escuela Normal, los primeros recreos fueron los mejores de mi vida. Paola, sin amigas, solamente se acercaba a mí para conversar. Fueron semanas intensas, en las que a veces lograba sacarle una media sonrisa con palabras, con frases muy esforzadas. Eran muecas brevísimas y enseguida ella volvía a ensimismarse. De todos modos, esas milésimas de segundo con dientes blancos funcionaban en mí como un fogonazo de luz. Entendí, por primera vez, que debía trabajar mejor los argumentos. Entendí también que lo mío no era el humor gestual. Supe que, para hacer reír a Paola Soto, había que esforzarse.

Solamente seis recreos me llevó saber que aquel sería el único esfuerzo que estaba dispuesto a hacer en la vida. Si me hubiera enamorado de otra, de la Colorada Giacoy por ejemplo, o de Pablo Santoro, hoy no sería humorista.

También ayudó que desde los siete años tuve tetas. Porque esa es la otra parte del cuento: cuando cambiamos de escuela, los chicos nuevos descubrieron algo que los antiguos no habían sabido ver.

—Tenés suerte, Gordo, podés tocar una teta cuando quieras —me dijo Bugarín un día, y los demás asintieron con mezcla de respeto y asombro.

Juan José Bugarín fue el Rodrigo de Triana de mis tetas. El primero que las vio, el que dio la voz de alerta. Igual que los reos de las tres carabelas, mis nuevos compañeros, los que más tarde iban a ser mis amigos, se desesperaban por ver una teta, por tocarla, por acariciar la suavidad tersa de una carne humana acabada en pezón.

Y yo estaba ahí, turgente, en el tercer banco de las posibilidades de todos. Disponible, amistoso, unisex. Entonces supe que lo mío sería la risa afilada o sería el escarnio. No había opciones. Tenía que ser gracioso, punzante, certero, o tenía que dejarme manosear en los baños hasta el final de la secundaria.

La decisión era trascendente, porque de ninguno de los dos caminos se puede regresar jamás. Por eso la primera vez que Diego Caprio me hizo una propuesta de canje fue, posiblemente, el momento más importante de mi infancia. No lo supe entonces: lo sé ahora.

—Si me dejás que te toque una teta —me dijo—, te doy este ságuche.

No era una amenaza, y eso hablaba bien de Diego Caprio. Tampoco era un ofrecimiento menor, y eso hablaba bien de mí. No me proponía una trompada ni un chicle. Me ofrecía un sánduche enorme a las diez de la mañana. De algún modo confuso, la propuesta me halagó. Mis tetas, aunque anacrónicas, valían un sánduche precioso, un ejemplar único: el sol de la mañana hacía brillar la costra del pebete, y por los bordes se escapaban dos fetas de jamón mucho más grandes que los panes.

—Tiene una sola mordida —dijo Diego Caprio.

También eran mis primeros días en segundo grado, y en un colegio nuevo. Era, casi, la primera vez que alguien me daba conversación en el recreo a excepción de Paola Soto.

—Te la toco por arriba de la remera, dale —dijo Diego Caprio.

Paola Soto pasaba por la galería en ese momento; caminaba sola, como siempre, concentrada en sus cosas, un poco flotando. Quizás escuchó la propuesta indecente que me hacía Diego Caprio. Y quizás por eso ahora se detenía y fingía sentarse, o atarse los cordones, para escuchar mejor.

—Cuento hasta tres y te la suelto —insistió Diego Caprio.

Desarrollar la comicidad es importante cuando tenés tetas, y también cuando estás enamorado. El humor no es una elección, ni siquiera es una llamada, ni una señal; tampoco un talento. Cuando tenés tetas, el humor es sobrevivir.

—Si me traés *almóndigas* —le dije— me podés agarrar el pito.

No fue un gran chiste, es cierto, pero a esa edad la palabra *almóndigas* funciona; nadie sabe bien por qué. Diego Caprio sonrió y se olvidó del canje. Sonrió y me convidó la mitad del sánduche sin pedirme nada a cambio. Al día siguiente volvería al ataque, pero yo entonces sabría cómo distraerlo con la palabra *bayonesa*, con la palabra *muñuelo*. Con nuevos argumentos eficaces.

Pero eso no es lo más importante. También pasó algo que yo no esperaba. Cuando dije *almóndigas* y dije pito, en ese retuque infantil tan básico, Paola Soto bajó la vista, se puso colorada de vergüenza y después rió, con la boca enorme, iluminando el patio.

Fue la primera vez que la hice reír a carcajadas.

Si no hubiera ocurrido aquello, posiblemente hoy sería un escritor serio. O un travesti divertido. Si no decía lo correcto, si no sacaba un chiste de alguna parte, a los dos minutos alguien me estaría manoseando en un baño y ahora, en este libro, tendría que estar contando esa humillación. Tuve suerte. O quizás hayan sido reflejos, no tengo idea. Pero si en todo lo que escribo —melodramas incluidos—, no puedo dejar



de meter un chiste pavo, es porque durante media década quise hacer reír a Paola Soto.

Si hubo un día en el que descubrí que el humor se me podía dar más o menos bien, fue aquella mañana. Y después hubo otro día, más bien una tarde, en la que descubrí que el humor se me podía dar espantosamente. Empezamos, como todo el mundo, haciendo bromas telefónicas inocentes. Cuando los teléfonos eran negros, a disco y del Estado. Las llamábamos ‘cachadas’ y eran tan antiguas como el invento de Graham Bell. Había una gran variedad de métodos, pero casi todos tenían como objeto molestar a un interlocutor desprevenido; sacarlo de las casillas, desubicarlo. Con el Chiri nos convertimos en expertos cuando promediábamos el secundario. Éramos magos al teléfono. Pero entonces ocurrió una desventura que nos obligó a abandonar el profesionalismo. Una historia que aún hoy me recuerda que llevo la maldad dentro del cuerpo.

Las primeras cachadas infantiles siempre tienen como víctima a personas que se apellidan Gallo. En la guía telefónica de Mercedes había nueve señores con ese fatídico apellido y los llamábamos a todos, uno por uno.

—Hola, ¿con lo de Gallo?

—Sí —decían del otro lado.

—¿Está Remigio?

—Acá no vive ningún Remigio.

—Disculpe, entonces me equivoqué de gallinero —y cortábamos, muertos de la risa.

Existían docenas de estas bromas básicas, y siempre nos las copiábamos de hermanos mayores o primos que ya se dedicaban a otras más elaboradas. Como se comprende, las primeras incursiones en el oficio buscaban sólo la propia risa: una carcajada limpia que no causaba grandes molestias a la víctima. Ah, ojalá nos hubiésemos quedado en ese punto muerto de la infancia, donde no existen la maldad y la culpa. Pero no: debíamos avanzar, y avanzamos.

En los pueblos chicos siempre circulan rumores, informaciones y datos sobre la existencia de vecinos propicios a las cachadas. Vecinos a los que llamábamos ‘chinchés’. Se trataba de una clase de señor mayor que, ante una broma telefónica, desataba toda la fuerza de su ira y era incapaz de colgar el teléfono. Alrededor de los diez o doce años, nos llegó una información de primera mano: había que llamar al señor Toledo y decir la palabra clave.

—Hola, ¿hablo con lo de Toledo?

—Sí.

—¿Está “cornetita”?

Ésa era la contraseña para que el señor Toledo, que tenía la voz aguda y estridente, comenzara a insultarnos con frases llenas de palabras groseras, resoplidos desopilantes y desenfrenados neologismos. Nos poníamos el Chiri y yo en el mismo auricular e imaginábamos a Toledo en su casa, en calzoncillos, con los cachetes de color borravino y sacando humo por las orejas. Cuando, a los diez minutos, su diatriba perdía la fuerza y sus pulmones el aire, sólo era necesario decir “pero no se enoje, cornetita” para que todo comenzara otra vez. Era el desiderátum.

Pero el niño crece, y con él madura también la ambición, la estructura dramática y —aún dormida— gana forma la maldad. Con el Chiri no tardamos en aburrirnos de invisibles Gallos y Toledos, que sólo eran voces incorpóreas detrás de un cable, y nos pasamos al nivel de las cachadas en tres dimensiones, que tenían como víctimas a sujetos presenciales.

A las siete de la tarde, el pelado de enfrente comenzaba a cerrar su negocio para volver a casa, sin haber vendido nada en cinco horas de aburrimiento. Nosotros podíamos verlo, resignado, desde la ventana del comedor. Cuando el pelado bajaba la persiana pesadísima del local, justo antes de poner el candado, lo llamábamos por teléfono. El pobre hombre, que no quería perder una venta, se desesperaba y abría otra vez la persiana, corría hasta el fondo del negocio y, al quinto o sexto timbre, decía jadeante:

—Alfombras Pontoni, buenas tardes.

Colgábamos.

Al rato lo veíamos otra vez, humillado y vencido, cerrar la persiana gigante; le costaba el doble. Su vida era una mierda, se le notaba en los ojos y en la curvatura de la espalda. Entonces el pelado escuchaba otra vez el teléfono dentro del local. “Si el que ha llamado antes llama ahora, quiere una alfombra con urgencia”, pensaba el comerciante, y otra vez le bombeaba el corazón, y otra vez levantaba la persiana, otra vez corría hasta el fondo, y otra vez decía ‘alfombras Pontoni, buenas tardes’, con un hilo de voz.

Colgábamos. Colgábamos siempre.

Un día repetimos el truco tantas veces, pero tantas, que al enésimo llamado falso el pelado no tuvo más remedio que decir ‘alfombras Pontoni, *buenas noches*’.

Hubiéramos seguido así hasta el final de los tiempos, pero un año después nos dimos las narices contra el futuro. Al primer llamado, el

pelado Pontoni sacó del bolsillo un mamotreto con antena y dijo “hola”. Se había comprado un inalámbrico.

La llegada de la tecnología, antes que amilanarnos, propició nuevos métodos de trabajo. Cuando en casa tuvimos el segundo teléfono (uno con cable, otro no) con el Chiri inventamos la telefonocomedia, que era una forma de cachada a dos voces con receptor pasivo. Consistía en llamar a cualquier número y hacer creer a la víctima que estaba interrumpiendo una charla privada.

VICTIMA: —¿Hola?

CHIRI (*voz de mujer*): —...claro, pero eso es lo que te gusta.

VICTIMA: —¿Diga?

HERNAN (*voz masculina*): —Lo que me gusta es chuparte el culo.

CHIRI: —Mmmm, no me digas así que me se ponen las tetas duras.

VICTIMA: —¿Quién es?

HERNAN: —Yo lo que tengo dura es la poronga, (*etcétera*).

El objetivo de este reto dramático era lograr que el interlocutor dejara de decir “hola” y se concentrara en nuestra charla obscena, como si se sintiera escondido debajo de una cama de hotel. Cuanto mejores eran nuestras tramas, más tardaba la víctima en aburrirse y colgar. Fue, supongo, un gran ejercicio literario que nos serviría —en el futuro— para mantener a los lectores atrapados en la ficción de un relato. Una tarde, después de diez minutos de telefonocomedia, una de nuestras víctimas comenzó a jadear, y nos dio asco.

Con dieciséis años, o diecisiete, ya podíamos considerarnos profesionales del radioteatro. Habíamos ganado en pericia escénica, en impronta y, sobre todo, en naturalidad de reflejos. El Chiri y yo faltábamos a las clases vespertinas de gimnasia y nos encerrábamos en casa con dos o tres teléfonos, un grabadorcito Sanyo y algunos elementos para generar sonidos de lluvia, de tráfico, de incendio, de ventisca. También teníamos a mano claras de huevo, por si era necesario cambiar los matices de la voz.

No nos hacía falta hablar entre nosotros: nos comunicábamos con gestos y miradas, como locutores de radio detrás del vidrio. Hacíamos magia. Éramos capaces de mandar a un desconocido a la Municipalidad a buscar un impuesto inexistente, seducir a la secretaria de un médico hasta enamorarla, hacer sonar la sirena de los bomberos en el momento que se nos ocurriera y convencer al kiosquero de la Diecinueve casi esquina Treinta que estaba saliendo en directo para una radio de Luján.

Nos creíamos dioses, y quizás por eso tocamos fondo en el cenit de nuestra gloria.

Promediaba el año ochenta y ocho. Lo recuerdo porque ya usábamos relojes digitales para cronometrar nuestras hazañas. Era de noche y mis padres no estaban en casa. Hacía horas que, con el Chiri, jugábamos un juego apasionante: hacer durar a la víctima en el teléfono a cualquier precio. Cuando te convertís en un profesional de la cachada volvés a lo básico, a lo simple. El mecanismo del juego era llamar a cualquier número y sacar una conversación de la nada. El reloj corría desde el “hola” y hasta el “clic” de cierre.

Esa noche Chiri llevaba una performance ideal: había logrado una conversación de diecisiete minutos y doce segundos con una señora, diciéndole que hablaba desde la tintorería. Tuvieron una charla graciosísima sobre el planchado en seco y acabaron cantando “Nostalgias” a dúo. Chiri la paseó por donde quiso, con guiños magistrales y toques de genialidad. Era imposible que yo pudiera superar esa maniobra.

Tiré los dados. Me salió el 24612. Marqué el número. Chiri tenía el cronómetro en la mano y me miraba cancherito. Cuando la voz de una vieja dijo “hola” comenzó a correr el segundero.

Yo había desarrollado una técnica, una marca de la casa, que sólo usaba en momentos clave. Era un sistema muy arriesgado que consistía en poner una voz masculina estándar, atónica, pausada, y provocar que la víctima adivinase mi identidad. Aquella noche, en la que sería la última cachada de mi vida, utilicé este método.

—¿Quién habla? —preguntó la vieja después de mi “hola”.

—Lo que faltaba —dije— ¿Ya ni de mi voz te acordás?

Eso era un peón cuatro rey. La apertura clásica. Generaba del otro lado sensación de familiaridad. Siempre hay un sobrino que ha crecido y le ha cambiado la voz, o un ahijado; siempre.

—No sé —dijo la vieja—. ¿Con quién quiere hablar?

—¡Con vos, boludona!

Jugada arriesgadísima. Yo estaba sacando la reina al medio del tablero. Muy poca gente del entorno de una vieja le dice “boludona”. Pero si quería superar el tiempo de Chiri, tenía que actuar como un kamikaze. Funcionó:

—¿Daniel! —dijo ella, en ese tono intermedio entre la interrogación y la exclamación. El tono se llama *deseo*.

La entonación del nombre propio me dio un millón de pistas. Daniel no era un sobrino, ni un ahijado, porque el grito de la vieja había sido estremecedor. No podía ser más que un hijo. Posiblemente, único. Y ese

mismo dato me llevaba a otra cosa: el hijo vivía lejos y no era muy dado a llamar a su madre. Me tiré de cabeza:

—¡Claro, mamá! ¿Quién va a ser?

—¡Dani, Danielito! —sollozó la vieja, mientras Chiri, en silencio, se sacaba de la cabeza un imaginario sombrero, rendido ante mi jugada.

Ahora, el tiempo corría de mi parte. Me fui a caminar con el inalámbrico, para que Chiri no intentara hacerme reír con gestos. Él se quedó escuchando desde el fijo. En cinco minutos supe que Daniel vivía en el sur (“¿y hace frío ahí?”, preguntó la vieja en pleno septiembre) y también que la relación entre ellos no había sido, en los últimos años, muy afectuosa.

—Papá hubiera querido que estuvieses en su entierro.

—No es fácil, mamá. Hay heridas abiertas, la vida no es tan simple.

Supe que Daniel tenía una esposa, la Negra, y dos hijos. El más chico, Carlitos, no conocía a su abuela. Supe también que la ciudad en la que vivía Daniel era Comodoro Rivadavia, y que trabajaba en una fábrica de televisores. A los doce minutos de charla, cuando ya todo estaba encaminado para superar el récord del Chiri, la vieja empezó a sospechar algo, comenzó a hacer preguntas ambiguas, y debí improvisar.

—¿Pero cómo es que te escucho tan cerquita, nene? —quiso saber ella, y entonces no tuve opciones.

—Mamá —dije, sorprendido por mi crueldad—. Estoy acá, en la Terminal.

Del otro lado escuché un silencio, y después un llanto contenido. Me di vuelta buscando los ojos de Chiri, que me miraba pálido. No sonreía. Yo sentí, por dentro, la pulsión de la maldad. La sentí por primera vez en la vida. Estaba en el estómago, en el pito y en el cerebro al mismo tiempo, como una santísima trinidad diabólica. Con un gesto, le pregunté a Chiri qué tiempo llevaba. Dieciséis minutos.

—No llores, viejita —dije.

—¿Habías venido ya otras veces a Mercedes? —me preguntó con la voz rota— A veces sueño que venís, de noche, y que no pasás por casa...

—No. No, no... Es la primera vez que vengo, te lo juro. Pero no quería aparecer así, de golpe. Por eso te llamé.

—¡Hijo! —gritó ella, desgarrada— ¡Colgá y apurate, vení, vení!

Casi diecisiete minutos, hacía falta algo más. Cuando supe lo que iba a decir, mi puño izquierdo se cerró. Ahora creo que la maldad ya me había invadido. Creo que no era yo el que hablaba. Eso que no sabemos qué es,

eso que nos hace humanos y horribles, ahora estaba enquistado en mí y yo era su marioneta.

—Tengo que hacer un par de cositas antes, y después voy a casa —dije—. Escucháme, mamá. ¿Me hacés canelones? Estoy muerto de hambre.

—Claro, Dani.

—Siempre extraño tus canelones.

—Apurate, yo ahora te hago.

—Un beso.

—Chau, nene. Estoy toda temblando, apurate.

Y la mujer colgó.

Lo miré a Chiri, que tenía la vista en el suelo. No me miraba, supongo que no podía verme a la cara. Ni siquiera se acordó de parar el cronómetro, así que tampoco supimos quién ganó.

Estuvimos un rato largo en los sillones, sin decirnos nada.

Media hora más tarde entendimos que en alguna parte de Mercedes había una casa, que en esa casa había una mesa, y que en esa mesa ya humeaba un plato caliente. Nuestra infancia tardía, aquella ingenuidad, supimos entonces, iba a durar hasta que se enfriaran los canelones de Daniel.

## **2. La culpa la tiene Dustin Hoffman**

De pronto yo estaba en el hogar donde pasé la adolescencia; lo supo primero mi nariz. Los ojos se acostumbran tarde a la penumbra, pero mi olfato reconoció enseguida el olor inconfundible de la casa de la calle Treinta y Cinco. Siempre sabemos cuál es la fragancia del sitio donde crecimos; nadie acertaría a explicar de qué está compuesta, pero cada uno de nosotros es capaz de reconocer ese aroma entre miles. Y yo estaba ahora en mi casa de Mercedes. Exactamente en el sitio al que llamábamos el *rincón blanco*.

El *rincón blanco* siempre fue el epicentro de la casa. El lugar por el que había que pasar para ir a cualquier parte. No era un rincón, sino una prominencia amplia que abultaba el pasillo justo por la mitad. Y tampoco estaba pintada de blanco, pero le decíamos así. Nunca supimos por qué.

En todos los hogares hay recovecos y habitaciones que los mayores bautizan sin conciencia, y que luego nombran para siempre de una forma estrafalaria. Los hijos nacen y después crecen con la certidumbre de que esos apodos son estándares. Sólo las visitas reconocen el fallo:

—Dejá la campera y el portafolio en el *rincón blanco* —le decía yo a mis amigos cuando venían a tomar la leche.

—¿A dónde?

—Ahí, en el *rincón blanco* —y señalaba aquel sitio, empapelado con flores mustias sobre un fondo celeste, que solamente tenía un armario con cajones, un estante y un espejo.

Los niños que habitan las casas no tienen la menor idea de que algunas palabras —*rincón blanco* era la mía— no significan nada para el huésped ocasional, que sólo tienen sentido para los moradores, y a veces sólo para los moradores más antiguos.



Quizás ese lugar alguna vez haya sido blanco, es posible. Pero más tarde, después de mil manos de pintura, los habitantes mayores le siguen diciendo *rincón blanco* y los más jóvenes, por ejemplo mi hermana y yo, le decimos también así durante la infancia entera, y en la adolescencia, y también mucho después en el recuerdo, como si esas palabras fueran una referencia común en los hogares del mundo. Como si en todas las casas hubiera dormitorio, comedor, rincón blanco, baño y terraza.

Una tarde, cuando éramos todavía compañeros de primaria, el Chiri me preguntó por qué le decíamos *rincón blanco* al sitio pequeño que quedaba en medio del pasillo, y entonces, sólo entonces y no antes, descubrí que no tenía el menor sentido llamar así a tres paredes empapeladas de tonos pastel. No supe qué responderle.

En otras casas, en las ajenas, también había sitios bautizados por sus dueños de un modo extraño, lugares que los habitantes llamaban de forma especial sin darse cuenta, como por ejemplo *el galpón de los juguetes*, que era la habitación de mi amigo Sebastián, en donde no había juguetes sino libros y cacharros; o *la cocina vieja* de una compañera de mi adolescencia, que era un lavadero sucio detrás de un jardín. O los cuartos de soltero de los tíos díscolos que se van pronto de casa, pero que nuestras abuelas siguen llamando *la pieza de toto* para siempre.

—¡No entres a la pieza de toto, que no le gusta!

Las habitaciones guardan, también en su nombre, el recuerdo de lo que fueron, por eso ahora, que de repente he aparecido —aún no sé cómo, porque vivo en España y casi tengo cuarenta años— en la que fue mi casa de los ochenta, podía oler la frescura del *rincón blanco* aún sin verlo, y recordé largas tardes leyendo entre esas paredes libros de Mark Twain, o escuchando música de casete en un estéreo.

De a poco mis ojos se habituaron a la falta de luz. Desde la habitación de mis padres, entreabierta y oscura, pude escuchar el murmullo de una conversación. Ya era pasada la medianoche, supuse, y estarían a punto de acostarse. Siempre tardaban muy poco en comenzar a roncar.

Mi madre roncaba igual que una Vespa con la bujía empastada, y mi padre con un silbido musical. Los dos juntos, sincopados, se oían como un motociclista al que no le importa haber quedado en mitad del camino. Me hizo ilusión quedarme un rato y comenzar a escucharlos.

Más allá del pasillo la puerta de la cocina estaba cerrada, pero se adivinaba una hendidura de luz del otro lado. Reconocí entonces el tecleo apagado de una máquina de escribir. Supe sin sorpresa ni escándalo, sin asombro ninguno, que del otro lado estaba yo mismo con quince años, quizás dieciséis, escribiendo mi primera novela.

Ahora mismo, mientras narro estos detalles sensoriales, todavía no he decidido si estoy explicando un sueño o un cuento. Preferiría que fuese lo segundo: me gustaría caminar hasta la cocina, abrir la puerta y conversar con el adolescente que escribe, lleno de esperanzas y de trabas, su primera historia de largo aliento.

Me gustaría ayudarlo con la estructura del relato, y también —lo confieso— poder narrar aquí esa charla completa, más para mí que para ustedes, pero tengo demasiado presente *El Otro*, aquel cuento muy famoso en el que Borges, ya viejo, se topa con Borges joven en un banco de Cambridge, a la vera del río Charles, y el más viejo logra convencer al más joven de que son el mismo, y conversan sobre literatura.

Hubiera sido vergonzoso, entonces, ir hasta la cocina y conversar conmigo mismo, porque esta historia, que podría llamarse *El rincón blanco*, perdería muchísimo en comparación con la historia de *El Otro*. Mala suerte, hay cosas que ya no se pueden escribir mejor de lo que han sido escritas.

Pero ya que estaba allí, decidí recorrer un poco la casa a oscuras, intentando no hacer nada que pudiera parecer borgeano. Comencé a caminar hasta el comedor tanteando las paredes con las manos abiertas y los brazos extendidos, dando pasos temblorosos, sin darme cuenta de que, en mi afán de no imitar la escritura de Borges, estaba plagiando su forma de moverse por las casas.

Me reí solo, mientras sacaba del bolsillo un encendedor para darme un poco de luz y no parecer un ciego.

Ahora estaba de pie frente a la habitación de mi hermana. Entré con cuidado y acerqué el encendedor para verla dormir. Ella tendría doce años si yo tenía quince, y me sorprendió —al verla dormida— cuánto se parecía a mi hija. Ese descubrimiento, insospechado, fue quizás lo mejor del sueño, porque lo que viene después será mejor olvidarlo.

La cara interior de su puerta fue otro hallazgo feliz. Hacía años que se había borrado de mi memoria ese pastiche rosa, espantoso. Florencia, en su primera juventud, escribía frases en la madera y en el marco, con rotuladores de mil colores. Y también hacía dibujitos cursis.

—*Si lo amas déjalo libre* —leí ahora—, *si regresa siempre fue tuyo y si no viene nunca lo fue.*

También había esta otra:

—*Amor no es mirarse el uno al otro en los ojos, sino mirar los dos a la misma dirección* —y ésta estaba rematada con unas flechas de colores lila, púrpura y rosa fuerte, y un corazón partido por la última flecha. Mi hermana no tenía una puerta, tenía un blog de MSN.

No debí haberme regodeado tanto, porque cuando llegué a mi habitación de entonces se me cayó el alma al suelo. Yo era mucho peor que mi hermana; yo era directamente un farsante. Habría preferido mil veces ser cursi como ella y escribir cosas de amor en las puertas, en lugar de tener toda la habitación empapelada con afiches de escritores que jamás en la vida había leído.

¿Qué hacía esa foto de Lenin allí, con ese bigote absurdo? Y sobre todo, ¿por qué durante toda mi adolescencia yo estuve convencido de haber colgado una de Nietzsche? Regresaron, urgentes, mis deseos de entrar a la cocina, pero ya no para conversar conmigo al estilo borgeano, sino para cagar a trompadas al gordito pelotudo que estaba adentro.

Y lo habría hecho, con toda seguridad. Habría abierto la puerta de la cocina a patadas, me habría agarrado de mi camiseta de entonces con mis puños cerrados de ahora, me habría dicho que no fuera tan estúpido, que dejara de posar como un pavo real, que empezara de una vez por todas a disfrutar de la escritura en lugar de usarla como bandera, que escribiera menos, que escribiera solamente cuando me diera la gana y no cada puta noche como si de eso dependiera la salvación del mundo; me habría cacheteado, me habría pegado la cabeza contra la mesa hasta sacarme sangre, me habría hecho llorar por monigote y por pavo, de no haber sido porque escuché ruidos en la habitación de mis padres y me paralicé.

Algo, no sé qué, los había despertado.

Saqué apenas la cabeza de mi habitación adolescente y me quedé así, escondido, sin hacer un solo movimiento de más. Roberto salió primero y encendió la luz del *rincón blanco*. Era una luz tenue, azulada. Detrás apareció Chichita, haciendo con los brazos gestos de frío. Los dos eran mucho más jóvenes de lo que yo hubiera imaginado. Pero no fue eso lo que más me llamó la atención, sino que estaban vestidos como para salir.

—No hagas ruido que está Hernán despierto —dijo mi padre, señalando la cocina y el traqueteo de la Olivetti. Ella asintió.

Fue extraño. Yo me escondía de ellos, y ellos se escondían de mí. Mi padre comenzó a tantearse los bolsillos mientras Chichita se arreglaba, con un dedo, la pintura de labios en el espejo que estaba sobre el estante.

—¿Tenés una birome? —preguntó él, en un susurro.

Mi madre rebuscó en su cartera y le pasó una Bic azul sin decir palabra. Roberto abrió uno de los cajones del *rincón blanco* y sacó de allí una bolsa pequeña. Después descolgó el espejo pequeño y lo puso, boca arriba, en el estante. Chichita se acercó.

—A mí no me la hagás muy grande —dijo ella—, mejor guardá un poco y la llevamos.

—No, gorda, tomemos acá. No hagas cosas raras.

Roberto peinó dos rayas finas, del largo de un dedo índice, con la tarjeta amarilla del *Automóvil Club*. Después chupó el borde de la tarjeta y se pasó la lengua por los dientes. Vi a Chichita doblarse sobre el anaquel y aspirar con velocidad. Después él hizo lo mismo, pero más despacio. Cuando acabaron de tomar, mi padre guardó otra vez la bolsita en el cajón del armario, mi madre colgó el espejo en la pared y caminaron hasta la cocina sin entrar. Solamente me golpearon la puerta y me avisaron:

—Nos vamos a lo de Peti y Negra.

Me escuché a mí mismo, con una voz muy atildada, contestar:

—Bueno, yo después cierro.

Antes de salir a la noche de Mercedes, Roberto apagó la luz del *rincón blanco* y se revisó la nariz en el reflejo de la ventana.

Sigo sin saber si aquello fue un sueño barcelonés, o si de verdad estuve allí por arte de magia. Cuando les conté la historia a mis padres, la última vez que vinieron a España a visitar a Nina, fingieron divertirse mucho con la ocurrencia y cambiaron enseguida de tema. No lo sé. En el fondo, hubiera sido gracioso que, en aquellos tiempos, todos nos escondiéramos para drogarnos.

Yo también tenía que esperar a que ellos se fueran para dar rienda suelta a mis vicios. El mejor momento era el verano. Quedarse solo en una casa sin padres es, junto a ser invisible en el vestuario de las chicas, la situación más excitante en la adolescencia de un futuro escritor. No importa si la casa es propia o ajena. Lo importante es llamar pronto a todo el mundo y hacer fiestas interminables hasta el final del verano.

En Mercedes solamente nos quedábamos en el pueblo los peores, los que no estudiábamos nunca en invierno, los que teníamos que rendir docenas de materias. Nuestros padres, cansados de llorar por nuestra suerte en otoño, hartos de gritar y de sufrir por nuestra incapacidad de entender las matemáticas, la física y la química, decidían irse de todos modos a Mar del Plata y dejarnos en el pueblo *en penitencia*, estudiando. Lo importante, en esos casos, es fingir tristeza hasta último momento.

Todavía me salta el corazón de alegría cuando me recuerdo en patas, desde el zaguán, saludando a los viajeros que, subidos a un Ford Taunus lleno de valijas, emprendían el viaje a la Costa y me dejaban en paz:

—¡Adiós, mamá! —había que mantener hasta el final cara de compungido; eso costaba mucho— ¡Chau, papá, no corras por la ruta! —la mano en alto, la alegría escondida— ¡Hasta la vista, simpática hermana menor! —ella sabía que yo sería feliz en breve, que sería el dueño del mundo; ella me odiaba desde la calurosa ventanilla, pero no podía decir

nada. Florencia, mi hermana, esperaba su turno de libertad, que llegaría dos años más tarde: por eso no levantaba la perdiz, aunque le hubiese encantado aguarle la fiesta y decir:

—¡Mamá, papá, el idiota está contento! —pero se mordía la lengua; no lo decía.

El auto se iba haciendo pequeñito por la calle Treinta y Dos, y mi mano seguía en alto desde la esquina. Una vez que el Taunus se convertía en un punto sin forma, yo cambiaba el gesto de mi rostro y bajaba la mano. ¡Ésa era la señal: bajar la mano! Entonces todos mis amigos se descolgaban de los árboles, se tiraban de los techos, o aparecían por debajo de las alcantarillas. Traían bolsas de dormir, damajuanas, dos mudas de ropa y una bolsa de porro. El Chiri, además, siempre venía con un palo, porque quería ser el primero en romperle un florero a Chichita.

Esas temporadas hubieran sido perfectas, pero siempre había dos enemigos al acecho que también se quedaban en Mercedes: la abuela Chola y Mabel. Mi abuela, que tenía llave de casa y vivía a la vuelta, era la mismísima representación de la crítica literaria. Podía aparecer siempre, en cualquier momento del día o de la noche, a ponerle *peros* a las buenas historias. Y Mabel era la señora que venía a limpiar, los lunes a las siete de la mañana, justo cuando la fiesta del domingo empezaba a ponerse buena.

No teníamos una estrategia muy clara para librarnos de ellas, sobre todo porque vivíamos borrachos o drogados y era imposible actuar con lucidez. A la abuela Chola, por lo general, decidíamos trabarle la puerta desde adentro, para que no pudiera entrar. Ella nos espiaba desde la ventanita de la puerta, veía fragmentos del caos, pero el resto se lo tenía que imaginar:

—¡Abrime, nene! —me decía, tratando de hacerse oír por encima de la música y los gritos.

Mi abuela paterna era una vieja original, de fábrica. De las vestidas sin estridencia, de las abocadas a la labor del punto cruz. Ya no queda ni una vieja original en las grandes ciudades, y en breve no las habrá tampoco en el mundo entero, por culpa de la mujer actual, que, con tal de no envejecer, prefiere inyectarse botulismo. Mi abuela Chola, y casi todas las de aquella época, poseía una especie de saber oculto, rústico y efectivo, para todos los males: los del cuerpo, los del corazón y los del alma. Sabía solucionar un dolor de muelas con la ayuda de un sapo, por ejemplo, magia que la vieja moderna ya no practica. Sabía mezclar yema de huevo, azúcar y vino de misa para alegría de los nietos; ahora las viejas les compran chicles. Sabía utilizar la experiencia de los años, no la avergonzaba el calendario.

—¡Volvé después, abuela, que estoy estudiando! —le decía yo, apareciendo desde algún lado con un gorro militar en la cabeza.

Eran tiempos en que todavía podíamos ver por la calle a señoras mayores con canas. Hace ya mucho que no veo una cana verdadera, de mujer, por ninguna parte. No sólo eso; las viejas actuales vuelven de la peluquería con colores estrambóticos: rojos zanahoria, amarillos fluorescentes, infinitas variantes del castaño con reflejos y, desde no hace mucho, una especie de azul metalizado que las hace parecer, además de más viejas, un poco extraterrestres o incluso borrosas; como si les hubieran envuelto el pelo para regalo. Por culpa de ese peinado horroroso, al que le llaman *la permanente* y que sin embargo no les dura nada, hoy resulta casi imposible reconocer de atrás a una vieja. Todas son iguales. ¿Por qué ya no tejen escarpines, ni bordan mantillas, ni cuentan historias de aparecidos? ¿Por qué las abuelas de ahora, en lugar de a Gardel, escuchan a Julio Iglesias, y algunas a su hijo Enrique? (Las del pelo azul.) ¿Por qué ya no se espantan las señoras mayores con los chistes picantes, sino que hasta son capaces de contarlos en la sobremesa, sin gracia siempre, sólo para sacar patente de desprejuiciadas? ¿Por qué nuestros hijos habrán de privarse de la calidad de las abuelas que yo tuve, y padecer en cambio a otras que prefieren divorciarse antes que enviudar como dios manda?

—Ni bien llame tu padre se va a enterar —decía la abuela Chola, por la mirilla, intentando en vano hacer funcionar su llave y entrar en casa— ¿Qué están haciendo ahí dentro? ¿Cuántos hay?

—Solamente yo y el Chiri, abuela —gritaba desde adentro el Negro Meana.

La vejez femenina natural, en estos tiempos, sólo crece bajo el amparo de la pobreza. Únicamente vemos el verdadero rostro de una anciana en la mujer que no tiene el capital suficiente para pintarse como una puerta, o para ponerse colágeno. Ya no es vieja la que quiere, sino la que no puede impedirlo. Estamos en camino, muy cerca ya, de que la vejez sea un síntoma inequívoco de miseria, no de sabiduría o dignidad. Ya no les importará a estas señoras ir con la frente bien alta por la calle, pero sí bien tersa. Por los fragmentos que alcanzo a oír cuando hablan entre ellas, las viejas de hoy tienen preocupaciones banales, sin sustancia y casi siempre reproducen una charla anodina y ramplona. Ya no saben curar el empacho, ni tirar el cuerito, ni cantar viejos tangos irrecuperables, ni fajar con un poncho los pies de una criatura para que duerma por la noche de un tirón. Las viejas actuales únicamente repiten como loros las nuevas tendencias falsas de las revistas de la peluquería, y desean, más que ninguna otra cosa en este mundo, que nadie sepa nunca la verdadera edad de su vejez. Para peor, la mercadotecnia les sigue la corriente: las

telenovelas actuales ya no están confeccionadas para la anciana venerable de ayer, para mi abuela Chola, que buscaba un romanticismo angelical para pasar la tarde, sino para la vieja recauchutada de hoy, para las señoras degeneradas que pululan en este tiempo. Ahora las telenovelas ponen muchachos semidesnudos, untados en aceite, en lugar del recio galán de bigote fino. La vieja de hoy es un monstruo alimentado por la televisión vespertina, y me temo que es poco lo que podemos hacer para salvar a nuestros hijos de su cercanía.

Las pocas viejas sensatas que todavía quedan (lo mismo que el koala y el Ford Taunus) se irán extinguiendo en la soledad de los geriátricos y en los pueblos chicos, y sólo quedarán estas otras, las siliconadas, las lectoras de best-sellers de quince pesos, las sexuadas, las contemporáneas, las de los perfumes penetrantes, las compradoras de teletienda, las que ven en sus nietos no una segunda oportunidad, sino un dedo que las humilla o las delata. Y en no muchos años, las criaturas ya no sabrán que en el mundo había ancianas cocineras que empezaban a preparar el estofado cuatro horas antes, ancianas reales con canas y trucos para el mal de amor, cebadoras de los primeros mates dulces, que recitaban coplas antiguas y las repetían mil veces por las tardes de la infancia y que ya son coplas inolvidables.

Negrito, ¿quierés café?  
 No mama, que me hace mal,  
 ¿Y entonces, qué querés?  
 Chocolate, pal carnaval,

Coplas incluso inolvidables treinta años después, cuando el niño ya no es un niño ni vive a la vuelta, ni puede ya despedirse, ni sacar la llave para dejarla entrar. Para dejarla ser inoportuna una última vez.

En cambio la llegada de la mucama Mabel, aunque también inoportuna, era necesaria. Alguien tenía que limpiar toda la mugre del fin de semana, y estaba clarísimo que no seríamos nosotros. Entonces yo decidía dejar abierta la puerta los lunes a la madrugada, para que la doméstica entrase a hacer la cocina, a repasar el baño y más que nada a limpiar los vómitos, que a nosotros nos daba mucho asco.

El verano del ochenta y ocho un amigo flamante (mientras yo dormía) la echó de casa:

—Está despedida —le dijo.

Mabel no quiso venir nunca más. En marzo mi madre fue hasta a su casa a preguntarle por qué estaba tan ofendida, y Mabel le dijo:

—Un amigo de su hijo me echó.

El regreso de los Casciari, quince o veinte días después, resultaba siempre problemático. Ellos llegaban con alfajores havanna, tostados, felices, deseando encontrarse con sus camas, su baño, sus cosas..., y la cara se les iba descomponiendo de angustia conforme iban interpretando el desastre.

—¡Mamá! —gritaba mi hermana— ¡Mi diario íntimo está abierto!

—¡La caja fuerte también! —informaba mi padre.

—¿Dónde está Hernán? —preguntaba mi madre.

Pero yo no estaba: por suerte los padres de Talín se tomaban siempre la primera quincena de marzo, y las fiestas se trasladaban a su casa, y todos nos íbamos a emborrachar allí. Quince días más de libertad y sano esparcimiento... Mis problemas verdaderos empezaban el quince de marzo: otro año más de escuela, la citación del Regimiento, volver a ver la cara de mis padres (que me esperaban para matarme), y sobre todo, esa sensación de que se estaban empezando a acabar las grandes aventuras de la vida.

Nunca le dijimos a Chichita quién había sido el que, después de nueve años de servicio, había echado a la pobre Mabel, la empleada de nuestra casa. Pero ya es hora de que mi madre lo sepa. No voy a decir el nombre completo, pero es alguien que más tarde se casaría con mi hermana. No diré más que eso. O mejor sí. Voy a decir algo más porque la historia me encanta: seis meses antes el Chiri y yo estábamos en mi pieza de arriba escuchando Pescado Rabioso o algo de eso, mientras promediaba el año ochenta y ocho. Nos habíamos escapado de la clase de gimnasia, era una tardecita intrascendente de junio. Entonces, a la mitad de *A Starosta el Idiota*, suena el teléfono. Atiendo y del otro lado alguien dice un color y un apellido. Me pongo pálido. Tapo el auricular y le digo al Chiri, asustadísimo:

—¿Sabés quién llama? El Negro Sánchez.

El Chiri se ríe, incrédulo, porque es imposible. Al Negro Sánchez lo conocía todo el mundo en Mercedes, pero más que nada de mentas. No era famoso: era *tristemente célebre*. Nosotros, por supuesto, habíamos oído también sobre su leyenda, aunque jamás le habíamos visto la cara.

La leyenda decía que el Negro Sánchez, a los nueve años, había sido campeón provincial de tiro con pistola, y que desde entonces se había convertido en un chico fibroso, oscuro y demencial. A los quince ya tenía mala fama en todo el Oeste. A los dieciocho se había trezado en peleas sanguinarias con tipos más grandes que él, y los había mandado, uno por



uno, a la clínica Cruz Azul. Se decía que el Negro Sánchez no dejaba moretones: dejaba politraumatismo encefálico.

La tarde que llamó a casa por sorpresa, *La Leyenda* ya tenía casi veinticuatro años, y las cosas que se comentaban sobre él traspasaban todas las fronteras. Se decía que había matado a un señor a patadas en la cabeza, que había huido clandestino a Chile, y que había vuelto años después, y de noche.

Ahora vivíamos en la misma ciudad, pero en dimensiones diferentes de la ciudad: el Chiri y yo éramos dos loquitos sociables que andábamos siempre escribiendo guiones y tirándonos piedras en la plaza; y él, en cambio, ya se había convertido en un personaje marginal frente al que las viejas se persignaban mientras cambiaban de vereda.

El Chiri, por supuesto, pensó que el llamado intempestivo era una broma de mal gusto. Así que se fue al otro teléfono a escuchar la conversación, que fue corta.

—¿Sos el Gordo Casciari? —me dice la voz del Negro Sánchez, cavernosa. Yo trago saliva y digo que sí.

—Me estuve enterando que vos y el Chiri Basilis están haciendo un documental sobre Mercedes, para Telecable...

Digo que sí.

—Entonces los quiero ver en media hora en *La Recoba*. Búsquenme en la mesa de los espejos.

Digo que bueno, y me corta.

Nos quedamos quietos, el Chiri y yo, cada cual con su teléfono en la mano, y con los ojos como el dos de oro. (Años después, recordando esto, confesamos habernos sentido como si a Borges lo hubiera telefonado don Nicanor Paredes.)

Salimos de casa sin hablar. Nueve cuerdas en silencio. Llegamos a *La Recoba* y cogoteamos para el lado de las mesas. Una sombra nos levantó la mano. Ahí estaba: Pablo Alberto Sánchez en persona; *La Leyenda*. Él iba por el segundo whisky; el Chiri y yo pedimos dos cervezas y nos sentamos sin decir una palabra. Éramos conscientes de que nuestra historia, en ese momento de la tarde, estaba torciendo el rumbo para siempre.

A las dos horas de charla descubrimos que no. No nos habíamos encontrado con un mito viviente, sino con un tipo cansado de su fama pendenciera. O capaz que el hombre estaba en un día bajo, pero lo cierto es que no parecía la clase de criminal salvaje del que hablaba todo el pueblo. Se le había ocurrido una idea literaria, y nos la contó. Nosotros

quedamos sorprendidos, y también aliviados: de momento, él no pensaba asesinarnos. Después quiso que le contáramos el proyecto de documental que estábamos filmando, y se interesó mucho en los detalles. Se notaba, con claridad, que tenía deseos intelectuales que no podía satisfacer en su ambiente marginal. Y que nos había elegido a nosotros para involucrarse con otra clase de gente, a ser posible desde el territorio de las ideas.

A nosotros lo que nos asombraba era su lucidez, pero sobre todo la oscuridad de donde provenía. Su inteligencia, mezclada con su epopeya, nos provocó fascinación durante años. Por eso, porque nos necesitábamos en ese momento de la vida, nos hicimos grandes amigos a una velocidad inusual, y hasta el día de hoy.

A la tarde siguiente volvimos a encontrarnos, pero esta vez nos fuimos directo para mi casa. Los tres. Eran las cuatro de la tarde de un día laborable (no hubiera llevado jamás al Negro Sánchez a casa con mis padres dentro). La que sí estaba era mi hermana Florencia, que tenía catorce años y estudiaba solfeo en el comedor, justo a esa hora.

—Mi hermana me odiaba; a mí, y a todos mis amigos.

Entramos sigilosamente, y cuando íbamos a encarar derecho para mi pieza, el Negro Sánchez se quedó embobado con la música del piano y se metió al comedor sin pedir permiso. Yo temblé, porque mi hermana era muy inestable en aquella época, y era capaz de mandarlo a la mierda sin saber que era el Negro Sánchez, un tipo que había descuartizado gente por mucho menos que un insulto. El Chiri directamente cerró los ojos.

—Mi hermana, al sentir presencias, dejó de tocar el piano y se dio la vuelta. Nos vio a los tres ahí parados, y dijo lo de siempre:

—¡Rajen de acá que estoy estudiando, estúpidos!

El Negro Sánchez la miró fijo a los ojos, y se acercó dos pasos. El Chiri y yo supimos entonces que había sido una mala idea traer a casa a un criminal para hablar de literatura. Lo supimos, como casi todo en la vida, demasiado tarde. El Negro Sánchez seguía mirando a mi hermanita de catorce años a los ojos, y ella a él. Durante un siglo el silencio de todo Mercedes hizo equilibrio en la línea recta de esas dos miradas. Entonces habló *La Leyenda*:

—¿Cómo te llamás?

—Florencia —dijo mi hermana.

—Con tu hermano vamos a quedarnos acá en el comedor, Florencia —dijo el Negro Sánchez—. Así que mejor que toques el piano otro día. Ahora quiero que vayas a la cocina y me prepares un té.

Al revés de lo que esperábamos, mi hermana se levantó del taburete, hipnotizada, y salió en silencio para la cocina. *La Leyenda* se acomodó en el sillón, como si no hubiera ocurrido ningún milagro. Ni el Chiri ni yo podíamos creer de qué modo aquel hombre oscuro había amansado a la fiera.

Cinco minutos más tarde, mi hermana volvió con una taza de té, y se la dejó en la mesita sin decir ni pío. Tres años más tarde se casaron y se fueron de Mercedes. Ahora mi hermana y Pablo tienen cuatro hijos, viven en La Plata y son felices. Yo soy el padrino de Rebeca, la primera, que ahora tiene la misma edad que tenía mi hermana cuando se fue a prepararle un té a *la Leyenda*.

La idea que nos contó el Negro Sánchez aquel día, en la mesa de los espejos de *La Recoba*, sigue siendo todavía, para mí, un recurso muy original desde donde encarar una novela biográfica. Él quería escribirle cien cartas, a máquina, a las cien personas más importantes de su vida. Por eso nos había telefoneado: para pedirnos ayuda gramatical. Nos dijo que una vez escritas las cartas, iba a comprar cien sobres con cien estampillas, y se las iba a mandar por correo a los elegidos.

—Obviamente todas las cartas, si las pongo juntas una arriba de la otra —nos dijo— van a ser también mi autobiografía.

Un malevo de suburbio no habla así, pensamos con el Chiri. Un asesino que mata gente a patadas no tiene esas ideas buenísimas. Más tarde supimos que jamás había matado a nadie, pero en nuestras cabezas siempre quisimos olvidar esa corrección: preferíamos el rumor pueblerino a la verdad. Nos gustaba el prestigio de ser amigo de un tipo peligroso.

El Negro Sánchez nunca escribió aquellas cartas, pero en cambio se pasaba las tardes garabateando poesías en las servilletas de los bares. Verso libre. El primer poema que nos mostró tenía estos versos:

Lago,  
 anclado reflejo súbito de agua,  
 suerte de ojo tuerto,  
 cristal de la montaña.  
 Así de sólo está este plato amor,  
 como dormido caracol  
 dentro de su equipaje.

Yo también escribía poesía en esos tiempos. Sonetos y verso libre. Pero no eran tan buenas como las de Sánchez. Escribía muchísimos poemas de diversa índole, y los escondía con habilidad para que mi papá no me pensara poco hombre. Siempre tuve mucho cuidado de que Roberto no

sospechara cuáles eran mis verdaderas inclinaciones, por eso iba sin quejarme a rugby, a básquet, a tenis, a voley y a cualquier cosa con pelota, durante sacrificados años. Pero igual, entre los torneos provinciales y los viajes a otros clubes bonaerenses, yo seguía escribiendo poesía. Y también miraba novelas en la tele: Rosa de Lejos, Los Ricos También Lloran, Herencia de Amor, Un Mundo de Veinte Asientos e incluso —ya más para este lado— Café Con Aroma de Mujer.

En mi casa había que cuidarse mucho de lo que veías, porque la ficción también era síntoma incontrastable de ser redondamente puto. En la tele, para ser hombre, había que ver fútbol, fórmula uno, básquet, tenis y turismo carretera. Mi mamá y mi hermana tenían derecho a las artes menores, pero no yo. Una tarde de domingo, sin embargo, mi papá me descubrió en un descuido tan grande, que desde entonces dejé de escribir versos y la vergüenza me dura hasta el presente.

Se jugaba un Boca Racing, en directo por TyC Sport. Yo ya no era tan chico, ni siquiera vivía en Mercedes. Pero me gustaba ir los fines de semana a ver el fútbol. El partido empezaba a las seis de la tarde. Mi papá tenía un campeonato de tenis en La Liga y llegaría muy sobre el partido. Invité al Chiri a ver el clásico a casa, pero antes alquilamos, en el Videoclub Gioscio, *La Muerte de un Viajante*; la de Dustin Hoffman.

Hicimos las cuentas, y decidimos que la película acabaría antes de que empezara el superclásico, y sobre todo antes de que llegara Roberto, que no debía vernos mirando cosas de mujeres. No teníamos en cuenta que la cinta era una versión para televisión, y duraba ciento treinta minutos. ¡Ay, qué error!

El partido empezó puntual, y nosotros todavía estábamos en la escena en donde Willy Loman, ya viudo, hace el monólogo final frente a la tumba de su esposa. Para peor, Roberto Casciari venía a cien por hora en el auto, porque el Turco García había metido un gol en el minuto cuatro. Venía enloquecido, escuchándolo por radio a las puteadas (mi padre odiaba llegar tarde al fútbol), y deseoso de poder verlo junto a su hijo, su único vástago varón, su orgullo. El mismo hijo al que una tarde del año setenta y seis llamó al comedor para tener la primera y única conversación seria. No olvidaré jamás sus palabras, que fueron pocas pero muy significativas:

—De ahora en más, Hernán —me dijo cuando yo tenía cinco años—, tu mayor preocupación en la vida serán los deportes; en fútbol serás de Racing y de Flandria, mientras no compitan en la misma categoría; en automovilismo hincharás por Mario Andretti y nunca por Reutemann, porque es un cobarde; en TC serás de Pairetti o de los Hermanos Suárez; no te gustará el boxeo, pero sí Nicolino Loche, porque era un artista; odiarás el golf y la natación sincronizada, porque son deportes de putos.

Desde ese día, mi vida comenzó a ser un calvario.

Para mi padre, absolutamente todas las manifestaciones artísticas o culturales en las que no hubiera una pelota de por medio, o un ganador claro, fueron siempre divertimentos femeninos. Chichita cuenta siempre que, de novios, él solamente la llevó al cine una vez. Vieron *Un hombre y una mujer*, la de Claude Lelouch. Mi madre recuerda esa película como la historia de un amor desencontrado; mi padre define la trama como la vida de un tipo que corría en rally. Pero volvamos a *La muerte del viajante*. Cuando mi papá llegó a casa y entró al comedor, dando por hecho que nos encontraría al Chiri y a mí con dos cervezas en la mano, con cara de camioneros, mirando el partido a los gritos, encontró a dos pelotudos ya grandes llorando a moco tendido, en la semi penumbra, posiblemente abrazados, con los ojos en compota porque había muerto Linda Loman (Kate Reid, espectacular), y envueltos en una música tristísima, compuesta por Alex North, que invadía con ritmo amariconado toda la casa.

Se quedó seco Casciari, estaqueado abajo del marco de la puerta. No sé qué pensó. Nunca se lo pregunté. Creo que desde entonces nunca más hablamos mirándonos a los ojos, mi padre y yo. Le tembló un poco el labio, el de abajo:

—Qué hacen... —dijo casi para sí, alargando la *a* como un lamento, como si le estuviesen dando una puñalada en el medio del árbol genealógico.

El Chiri y yo, muertos de vergüenza, pusimos rapidito TyC Sport y nos quedamos callados, con el clima asfixiante de Arthur Miller todavía retumbándonos en la cabeza y aplastándonos de tristeza el corazón, con las lágrimas que no podían dejar de brotar, viendo de repente en la tele a gente que se llamaba Borelli, Ortega Sánchez o Rúben Paz, correr como locos atrás de una pelotita. Cuando escribo este recuerdo, lo juro, me tiemblan las manos y un sudor ominoso me recorre el cogote.

Desde entonces Roberto Casciari nunca creyó del todo en mi hombría. Nunca significó demasiado, más tarde, que yo me haya casado, ni que haya engendrado una hija, ni que por fin me haya aparecido la barba. Su concepto de homosexualidad fue siempre más simple que la complejidad hormonal: según su teoría, el que hace cosas de putos, es puto. Su ecuación era sencilla: si los domingos te levantás temprano para ver una carrera de Turismo Carretera, sos hombre. Si te pasás la tarde leyendo un libro que se llama *La insoportable levedad del ser*, sos otra cosa. Y esa otra cosa a él lo avergonzaba y lo humillaba.

Cuando me fui a vivir a España y hablábamos por teléfono él y yo, o chateábamos, me preguntaba incidencias sobre casi todos los eventos

deportivos ocurridos en la semana, para saber si me seguía preocupando el tema o si, por el contrario, ahora que vivía lejos y era libre había caído en la tentación de pasarme por alto algo en la grilla de Fox Sports. Yo ya estaba muy acostumbrado, y sabía que sus preguntas no eran fáciles. Jamás preguntaba el resultado de un partido, porque sabía que la respuesta se podía encontrar rápidamente en Google. Él me preguntaba siempre cosas extrañas:

—¿Viste los octavos de final de la Copa de África? —por ejemplo.

—Claro: Mozambique dos, Madagascar uno —le decía yo, transpirando, y acotaba, para certificar:— ¡Qué buen arquero el negro!

—Sí, gran arquero... Fue tremendo lo que le pasó a los dieciocho minutos del segundo tiempo —me decía él, y esperaba a que yo completara la frase.

Si yo le decía lo que había ocurrido, todo estaba bien. Si no le decía nada o cambiaba de tema, yo era puto. No había modo de engañarlo nunca. Por eso desde el año dos mil me pasé los primeros años del exilio mirando deportes, día y noche. Cuando me iba a dormir, dejaba grabando la NBA. A la mañana, mientras leía con desesperación el diario Olé para memorizar los resultados del descenso, con el otro ojo recuperaba los videos nocturnos. Un sábado me tuve que volver de una fiesta divertida porque empezaba el Gran Premio de Australia a las cinco y media de la madrugada.

—¿De verdad te vas? —me decían los anfitriones españoles— ¿Tan fanático eres del automovilismo?

—No, me aburro como un hongo. Pero mi papá va a llamarme más tarde para preguntarme cosas raras.

Hoy tengo casi cuarenta años y, con la mano en el corazón, no sé si me gusta el fútbol, ni el tenis, ni los autos. Ni siquiera sé si realmente me gustan las mujeres. Puede que sí, puede que no. Hago todo lo que hay que hacer: veo en directo todos los deportes, voy a la cancha cada vez que puedo, miro culos por la calle, converso sobre cosas de hombres, grito los goles y despotrico contra los jueces de línea, conozco los apellidos de los diez mejores jugadores de casi cualquier cosa, toco bocina cuando pasa una señorita tetona por la vereda, entiendo casi por completo las reglas del fútbol australiano, sé qué cosa es un *passing shot*, etcétera, pero en el fondo de mi alma desconozco si todo eso es fruto de un gusto genuino o si se trata de una imposición cultural por parte de padre, arraigada, enquistada en mi personalidad.

Y todo empezó aquella tarde, con Duftin Hoffman. Todos los años de haber escondido las poesías, de haber puesto cara de hombre frente al

dolor, de haber ido a rugby los sábados por la mañana a que me pegaran patadas en la cabeza sin motivos, de haber tomado vino tinto y haber aprendido chistes verdes para repetir delante de Roberto, itodo ese esfuerzo, Dios mío!, lo acababa de tirar a la basura, así, como una rosa deshecha por el viento. Así, como una hoja reseca por el sol. Así, como se arroja de costado un papel viejo... Esa tarde de domingo, aciaga e iniciática, dejé de escribir poesía para siempre.

Pero sí. Hasta ese día escribí unos quinientos poemas, que fueron desapareciendo en diversas mudanzas, o en quemas voluntarias, o en ataques de lucidez. Por suerte ya no queda casi ninguno. Tengo un vago recuerdo sobre la mediocridad de esas líneas, y además el Chiri todavía hoy se acuerda de memoria un par de aquellos poemas; son espantosos. Los recuerda solamente para poder humillarme en las sobremesas, que no está mal. Chichita es mucho más peligrosa en ese sentido, porque también guarda unos pocos papeles viejos de mi literatura adolescente —poesías, cuentos tempranos—, pero no para burlarse, sino porque *realmente* cree que son buenos. En general me avergüenza cuando mi madre llega a España y saca, de su bolsito, una hoja de cuaderno en donde reconozco mi letra antigua, o un folio amarilleado con tinta de Olivetti. Sin embargo no hace mucho me sorprendió al mostrarme (y no me lo quiso regalar) el original de mi primer cuento.

Esos papeles mecanografiados solían estar, doblados en cuatro partes, en unos cuadernos rivadavia tapa dura donde Chichita guardaba moldes viejos del *Para Ti*, fotos de mi hermana cuando era chica y tickets de supermercados que ya no existen. Mi adolescencia fue un tiempo de inseguridad literaria, y yo quemaba mis papeles cada dos o tres meses. Si todavía quedaba alguno vivo ahora, era porque Chichita solía robarlos del cajón del escritorio y los resguardaba de mis fantasmas pirómanos. El cuento se llamó, y se llama, *Un detalle sin importancia*. Cuando aquel relato llegó a mis manos otra vez, habían pasado dos décadas enteras desde su primera redacción; fue una sorpresa inesperada. Me quedé mirándolo como quien ve a un hermano mellizo después de que cada uno ha vivido en distintos orfanatos. Ese cuento era yo, pero no era yo.

Son siete folios apretados, escritos con la primera *Lexicon*, en hojas de oficio muy angostas y a doble espacio. Lo miré un rato largo, tratando de recordar el departamento de Almagro donde fue escrito, la cocina de Mercedes donde fue corregido, el patio del colegio donde ojos ajenos lo leyeron por primera vez, el jardín de la casa quinta donde lo pasé a limpio. Y entonces hubo algo en esas páginas que me dejó boquiabierto. No, no era el argumento. Fue más bien un pormenor en la construcción del texto, un detalle estético. Recordé, maravillado, un ejercicio increíble que por alguna razón ya estaba fuera de mi memoria: en mi juventud yo no podía

permitirme que el margen derecho de la hoja quedara serruchado. Al principio me pareció la obsesión de un imbécil joven. Yo era casi tan estúpido como hoy, hace veinte años, pero no me sentía tan orgulloso como ahora.

Mis reglas de entonces, al escribir a máquina, eran pocas pero inquebrantables: con espacios incluidos, cada línea debía tener cincuenta y ocho caracteres, tres la sangría de comienzo de párrafo, y treinta y cinco líneas cada folio. Sin que el argumento variase demasiado, yo debía encontrar palabras que cayeran con exactitud en la prisión de los cincuenta y ocho espacios. Para eso, a la mitad de un renglón ya debía saber cómo seguir, y encontrar sinónimos si el asunto se ponía imposible.

No se podía utilizar la trampa del doble espacio, ni el truco de los tres puntos suspensivos donde la trama no los pedía. En cambio sí estaba permitido cortar la última palabra con el guión normal, y también con el guión bajo subrayando la última letra (eso se conseguía pulsando la tecla “6” en mayúscula). Tampoco estaba permitido tachar. Si había un error, había que empezar de vuelta. Para poner un ejemplo, yo le tenía fobia a esto:

Le contás a Un Detalle otra verdad. Le decís que lo más importante ha sido una mujer llorando, porque había llorado justo cuando hubieras querido besarla, y eso te había cambiado la vida. Le decís que lo más importante ha sido una lluvia golpeándote la cara como un látigo, y que haberte perdido de noche en un barrio desconocido también fue lo más importante.

Y, con mucha práctica, había logrado escribir de esta otra manera, sin perjudicar demasiado al texto:

Le contás a Un Detalle otra verdad. Le decís que lo más importante ha sido una mujer llorando, porque había llorado justo cuando hubieras querido besarla, y aquello te había cambiado la vida. Le explicás que lo más importante ha sido una lluvia pegándote en la cara como un látigo, y que haberte perdido de madrugada en un barrio desconocido también fue lo más importante.

Creo que la primera de mis obsesiones literarias fue aquella, la de justificar el texto a la derecha desde el primer borrador. Ese berretín debió servirme, sin saberlo, para pensar mejor cada palabra antes de ponerla en el papel, y para abrir a cada rato el diccionario de sinónimos. Con el tiempo logré tanta eficacia en este ritual que lo había automatizado por completo. Es decir: llegó un momento en que ya no tuve que pensar en eso: la cabeza trabajaba sola en el problema de las sílabas y los espacios, sin quitarme energía para la imaginación o el deseo de narrar. Llegó un momento, casi a principio de los años noventa, en el que yo era



capaz de escribir, a una velocidad increíble, textos con el margen derecho impoluto, sin darme casi cuenta.

Aquellos fueron tiempos en que las computadoras personales eran un rumor de progreso que no se podía confirmar, y tenían más que ver con ser millonario que con el año dos mil. Y seguramente yo hubiera seguido así toda la vida, esquivando el serrucho de la derecha, si entonces no hubieran aparecido las máquinas electrónicas, después las eléctricas (que ya justificaban el texto a placer) y por fin las primeras computadoras a precios razonables, llamadas con cariño “dos-ocho-seis”.

La del serrucho fue la primera de una interminable seguidilla de rituales que todavía me persiguen cuando escribo, y que muchas veces son solamente excusas para disfrazar la escasez de voluntad o la falta de inspiración. De joven tenía más de la segunda; ahora casi únicamente de la primera.

La única obsesión que conservo desde las primeras épocas es el pantalón de escribir. Esta prenda —que no ha tenido más de cuatro o cinco versiones a lo largo de mi vida— es con lo único que puedo sentarme a la máquina, desde el año ochenta y cinco hasta la fecha. Debe ser un pijama azul de invierno, recortado a tijera a la altura de la rodilla. Debe tener el elástico roto, algunos agujeros de cenizas caídas y, esencialmente, más de cinco años de antigüedad para que me resulte cómodo y, sobre todo, amistoso. Pero más que otra cosa, debo tener siempre un poco de frío, como si estuviese a la intemperie y hubiese un río no muy lejos. Me resulta necesario, desde que vivo en un país que no es mío, sentir en algún momento de la noche una especie de excitación infantil que solamente me producía el ir a pescar solo cuando tenía diez años. Es difícil que hoy pueda recordar algo mejor que un río bonaerense, que un puñado de lombrices vivas en una lata de duraznos y un paquete de cigarros en el bolsillo secreto de la campera. Sin aún escribir, empecé a sentir la necesidad de los rituales en esa época.

Las ciudades más hermosas tenían río: Areco, San Pedro, Flandria, Gualeguaychú, Concepción, Baradero. Los domingos todos dormían hasta tarde. Yo salía de la canadiense ya vestido, con el primer rayo del sol. La noche anterior ya había preparado todo para no perder el tiempo: las dos cañas (anzuelo de mojarra y anzuelo de bagre), la línea para los pescados grandes, el termo con agua caliente, las lombrices en tierra mojada, un poco de corazón (no del verbo ímpetu, sino del verbo pollo muerto) y las botas amarillas para meter las patas en el agua. También el librito de Agatha Christie, o de Conan Doyle, o de Twain. Y el paquete miedoso de Galaxy suaves.

Siempre hacía un poco de fresco y quedaba algo de rocío nocturno, que mojaba el pasto de camino al río. Mientras más me alejaba de los autos, y de las otras carpas, y de las casas rodantes, menos se oían los ronquidos de todo el mundo. Entonces subía el canto de los pájaros y los árboles se hacían más grandes. Antes de aparecer, el río podía intuirse por el olor.

Medio minuto después yo estaba con los pies en el agua. Más abajo, los peces de las seis de la mañana eran todos para mí. Sin chicos alrededor, ni bañistas, ni matrimonios felices. Yo estaba conmigo y sin nadie. Entonces me sentaba, encarnaba y miraba la boya como un autista, durante muchos minutos. Y en ese momento, siempre, porque no falló nunca, ocurría aquello que había ido a buscar: un lento bienestar en forma de corriente fría empezaba a subirme por los pies y me recorría los huesos hasta llegar a la cabeza. Era una magia irrepetible.

Cuando dejé de ir a pescar y de ser un chico de diez años, esa sensación desapareció para siempre. Pero no los rituales que convocaban al frío ni aquella obsesión que me contagiaba el placer de la soledad. Ahora, que ya no importa si las palabras están serruchadas a la derecha, ahora que han pasado tantos años y que estoy tan lejos de esas personas que duermen en la canadiense, solamente escribo para sentir ese hormigueo de la infancia, y para justificar los márgenes de los textos y de los ríos por los que anduve.

Pero los rituales son los mismos, siempre son los mismos. Con la llegada de la tecnología las cosas no mejoraron mucho en mi cabeza, sólo cambiaron algunas taras. Ahora necesito que el teclado de la máquina no sea demasiado celoso, por ejemplo, y que sea blanco, no esos teclados negros modernos, ni mucho menos ergonómicos o partidos en dos: asco. Que la tipografía del procesador tenga serif, en lo posible garamond o georgia, jamás helvética ni arial ni mucho menos courier.

Durante los felices años en que muy pocos teníamos una PC y una impresora, siempre llegaban a casa amistades sin trabajo con un lastimoso pedido de auxilio:

—¿No me hacés un currículum, vos que tenés computadora?

A mí me fascinaba hacer estos favores porque nunca, ni siquiera en este libro, tuve la oportunidad de mentir con tanta soltura y sangre fría como en las épocas en que mi oficio era el de componer, con pasión y paciencia, la vida de otras personas.

En los ajetreados años noventa, un compositor de currículum sólo aceptaba pedidos de dos grupos de clientes: amigos varones íntimos muy arraigados, por obligación moral; o chicas tetonas, por intereses filosóficos. Jamás debía brindarse este servicio, al menos de forma gratuita, a varones conocidos del barrio, ni a parientes en primer grado, ni

a señoritas feas, ni a señoritas tetonas pero comprometidas con amigo varón íntimo muy arraigado. Ésta era la regla número uno. La regla número dos: usar siempre letra garamond, que es muy vistosa.

Por lo general, la tarea resultaba agotadora y nos llevaba toda la tarde. La primera hora de trabajo debíamos abocarla a encontrar en el teclado la letra æ, para escribir la palabra 'vitæ' como dios manda y, eventualmente, sorprender a la clientela con nuestros conocimientos sobre código ascii. La segunda hora era puramente indagatoria:

—¿Trabajaste alguna vez, Estelita?

—No.

—¿Y entonces qué querés que ponga en el currículum?

—Poné algo, lo que se te ocurra.

Una vez que el cliente nos daba luz verde para mentir, la elaboración del currículum dejaba de ser un trabajo para convertirse en un placer. El amigo o la tetona ya no eran, a ojos del compositor, seres tangibles; se transformaban en personajes de ficción a los que había que dotar de un pasado.

Comenzaba entonces una sutil tarea psicológica en la que debíamos proveer al desocupado de una memoria laboral creíble, no tanto para su futuro empleador, sino para él mismo:

—¿Y esa vez que ayudaste a tu mamá en la mudanza cuando se separó de tu viejo?

—¿Eso es un trabajo?

—Claro, Estelita: "*transportista de bienes muebles*".

—Ay, Hernán, sos un amor.

—Es lo que tengo.

Indagando y rebuscando en el pasado del cliente, al cabo de hora y media lográbamos dos objetivos fundamentales: llenar dos páginas con mentiras piadosas y que Estelita nos empezara a ver de otra forma: con la inconfundible mirada de admiración que sólo irradian las tetonas sin trabajo estable.

Un compositor de curriculum serio sabía muy bien que no hay en el mundo ser más desprotegido ni más necesitado de amor que una señorita que no llega a fin de mes. Por eso había que lograr que se sintiera cómoda, sentadita a nuestra derecha, mirando embobada un monitor en el que nosotros teceleábamos, con destreza, la esperanza de un futuro mejor.

Si el cliente no era una chica tetona sino un amigo íntimo no hacía falta ninguna floritura, ni mucho menos sentar al amigo cerca, ni alardear de

conocimientos dactilográficos. Lo mejor era poner al amigo a escuchar discos de Led Zeppelin en la otra punta de la habitación y llamarlo al rato, cuando todo estuviera impreso y engrampado.

Incluso, muchas veces resultaba menos trabajoso darle al amigo, directamente, un empleo en nuestra propia oficina. Lo habitual era ponerlo a hacer fotocopias o mandarlo a los bancos por la mañana.

Estos favores directos (dar empleo) eran sólo para los amigos varones: jamás debía emplearse a una vecina o una chica faldicorta, puesto que las mujeres resultan mucho más agradecidas cuando les solucionamos una urgencia temporal que cuando les resolvemos la vida.

Había una cercanía muy erótica en las chicas que se sentaban detrás de uno a ver de qué forma escribíamos falsedades sobre sus masters en economía. Quizá fuese el aliento cercano, los roces sutiles al pasar el mate lavado o la fascinación que les producía saber que, sin esfuerzo y en diez segundos, habían aprendido *inglés a nivel conversación*. Sea por lo que fuere, lo cierto es que se ponían paulatinamente mimosas, y comenzaban a acariciarnos el pelo más o menos por la página cuatro.

En lo personal, la composición del currículum femenino llenaba mis dos únicos intereses vitales: escribir mentiras en un papel y tener tetonas en una habitación pequeña. A la vez, me ejercitaba en la acrobática tarea de narrar y excitar señoritas al mismo tiempo, que es un recurso fundamental para convertirse en un escritor de moda.

La llegada del ADSL y la proliferación de los ordenadores personales en casi todos los hogares de clase media, ha provocado que en la actualidad casi todo el mundo —incluida la mujer ingenua— esté aprendiendo a redactar su currículum sin la ayuda de compositores expertos. Esto, que a primera vista parece agrandar a las feministas y a los fabricantes de la empresa Compaq, le hace un daño irreparable al amor.

Los jóvenes de hoy no sabrán nunca —ay, cuánto lo lamento— lo que sentíamos en las entrañas a principio de los noventa, cuando Estelita hojeaba su flamante currículum recién salido de la impresora, y lo palpaba sólido y justificado, lleno de frases falsas y fechas inauditas, sabiéndolo suyo para siempre, imaginándolo ya anillado y dentro de un sobre color madera, de camino al buzón de la esquina.

Estelita nos miraba entonces con la boca entreabierta sin saber de qué modo agradecer el tiempo invertido en ella, mientras en nuestra habitación comenzaba a oscurecer porque ya era tarde, y el protector de pantalla de la PC se llenaba de fugaces estrellas de colores, y sobrevolaba en el ambiente ese silencio sensual que precede a la paga en especies que las tetonas solían brindarme, a veces, a cambio de mis favores desinteresados.

Los noventa tuvieron esa ventaja, casi la única. Fue la época que más flaco estuve en la vida, o mejor, el único tiempo en que estuve flaco de verdad, y eso me ayudó bastante con las tetonas sin currículum. Yo no había hecho ningún esfuerzo por adelgazar: todo lo había logrado Alfonsín, él solito con su alma. Para mí los noventa llegaron un año antes, en el ochenta y nueve, justo en el momento que Spinetta cantaba *No seas fanática* en los jardines de ATC y la transmisión en directo se interrumpió para emitir discurso del ministro de economía, Juan Carlos Pugliese, dándole la bienvenida a una crisis espantosa. En ese instante, cuando se cortó una canción y empezó la otra, en casa dijimos:

—Cagamos, los noventa.

Me acuerdo patente. Vimos una especie de luz azul que entró por la claraboya y de repente mi hermana adolescente se quedó embarazada, yo empecé a tomar cocaína como un chanco, Roberto puso una cancha de paddle y Chichita se hizo los claritos.

En aquel tiempo yo era otro. En muchos sentidos. Era más joven, era más amable, era muchísimo más soltero y también más inteligente. Pero había una diferencia visible: era flaco. Yo estaba en los huesos en los noventa. Mis amigos de siempre me seguían apodando *El Gordo* por inercia, pero mis amigos temporales, los que me habían conocido flaco, no entendían por qué yo respondía al apodo histórico:

—Flaco, ¿por qué tus amigos te dicen *El Gordo*?

Entonces yo mostraba con orgullo mi documento de identidad, cuya fotografía era la de un gordo precioso y sonriente, y todo el mundo se sorprendía del que había sido en los ochenta. Fue una época en la que disfruté del sobresalto ajeno: todas las personas que pasaban por mi vida se inquietaban al comprobar el desdoblamiento. Los históricos ponían su cara de incredulidad al verme tan angosto en directo, y los temporales se asombraban al descubrirme tan ancho en diferido.

Pero la delgadez me había quitado muchas mañas; sobre todo la gracia. Mis rutinas físicas ya no eran tan bien recibidas como antes, mis caras no parecían de goma, y mi forma chistosa de caminar no le resultaba hilarante a nadie. Me había convertido en un sujeto normal, y el mundo parecía no aceptar que un tipo flaco hiciera monerías de gordo.

La delgadez también me había acercado algunas ventajas: agilidad, seguridad, ropa elegante. Aquella fue la única década de mi vida en que usé la camisa adentro del pantalón. Y también corbata, porque me dedicaba al periodismo económico en una revista de *management*. Creo que llegué a ser jefe de redacción, nunca estuvo claro.

Durante esos años —flaco y elegante— descubrí unas cuantas técnicas que el gordo roñoso que soy ahora (y que había sido antes) no conocerá nunca. La más importante ocurrió una mañana, y fue sin querer. Había pasado la noche drogado y me amaneció el hambre en la cabeza. Un hambre voraz y primitivo. Como ya era de día me vestí para ir a la redacción y de camino pasé por una panadería de la avenida Santa Fe. Yo estaba de punta en blanco, hermoso. ¡Ah, qué bien me quedaban los trajes en los noventa! Pedí media docena de medialunas y una empleada joven las empezó a poner en una bandeja.

Cuando la chica me dio la espalda descubrí unas masas finas, bañadas de chocolate, sobre el mostrador alto de vidrio. Me comí una con rapidez, porque mis dedos de entonces eran dedos ágiles. Levanté la vista para tragar, y desde la otra punta del local una cajera vieja me observaba, muy seria. Cabeceé en forma de saludo y sonreí. Ella no. Entonces me comí otra masa fina, esta vez sin disimular, para dejarle en claro que la primera no había sido un error. Y ella no dijo nada.

Creí entender lo que estaba pasando. Sospeché que a un flaco elegante nadie podía recriminarle nada, ni lo bueno ni lo malo. Para confirmar la teoría, me acerqué a la cajera vieja y, sin bajarle la vista, agarré dos sanguchitos de miga triples que había sobre el mostrador. Uno de atún y lechuga, y el otro de algo rosa con pedacitos de huevo duro. Los doblé, los aplasté y me los metí en la boca.

Mastiqué durante cuarenta segundos con la mirada en los ojos de la mujer. Me atraganté y la cara se me puso borravino. Respiré con la boca abierta para recuperar el aire y seguí masticando hasta tragar. La otra chica también me miraba.

—¿Algo más? —me preguntó la empleada, con las medialunas en un paquetito.

Dije que no con la boca llena. La cajera seguía muy seria y me extendió el ticket. En el recibo no figuraban los tentempiés espontáneos, sólo las medialunas originales, el primer y único pedido formal. Pagué, esperé el vuelto y dije que muchas gracias.

Antes de salir a la vereda, me paré en seco. Abrí una vitrina del fondo y me metí en el bolsillo del traje tres o cuatro cañoncitos de dulce de leche. Por las dudas, me volví para observarlos a todos, a ver si había sido claro. Y sí, todos me estaban viendo robar a la luz de la mañana, en pleno centro de Palermo. Me observaban sin chistar, maravillados. Salí a la calle y el sol me pegó en los ojos. Respiré todo el aire que pude por la nariz.

Los noventa fueron, para mí, esa mañana. Los puedo concentrar allí: muchísima gente gorda y roñoso encerrada por un rato en cuerpos de involuntarios flacos elegantes, atracando una panadería de la calle Santa

Fe. Un montón de tipos con la camisa adentro y olor a perfume caro que, sin embargo, siguieron manteniendo la costumbre de comer lo que no era suyo con la boca abierta.

Yo mismo era eso. Fui eso durante un tiempo: un flaco elegante con un roñoso dentro. Y me pasaba algo todavía peor. Los roñosos, los de camisa afuera, los que antes era yo, me empezaban a caer mal. Frente a la redacción del diario donde yo trabajaba con mi traje, y mis zapatos lustrados, estaban construyendo un edificio, y desde temprano había cuatro albañiles subidos a algo, martillando o agujereando cosas. Como el ruido me molestaba y la redacción estaba esos días sin jefes, yo miraba mucho a los albañiles. Había uno gordo, uno joven, uno flaco y uno viejo. Los observaba con algún desdén, con cierta superioridad. Pero sobre todo me llamaban la atención cuando pasaban por allí las mujeres, que es siempre un momento cumbre en la vida del albañil.

Al divisar la presencia de una mujer por la vereda, los albañiles detenían el estruendo del cortafrío, o de la agujereadora, y se quedaban quietos. Si estaban almorzando, o descansaban del yugo, dejaban de masticar y de conversar y de reír. La mujer pasaba, entonces, y ellos se levantaban un poco el casco. En medio del silencio que ellos mismos habían provocado, miraban con desparpajo a la mujer y enseguida ocurría algo sorprendente.

Cuando la mujer estaba exactamente en el centro de sus miradas, entre el venir y el irse, justo entonces, uno de ellos la llamaba con un silbido largo. Se trataba de un sonido agudo, inútil y potente, como si alertaran a un perro sordo sobre la inminencia de una camioneta.

A veces también decían alguna cosa que comenzaba siempre con el verbo ‘venir’ en la segunda forma del imperativo. Vení mamita, por ejemplo. O vení que te voy a hacer tal cosa y tal otra. Pero esto sólo ocurría muy temprano, cuando no estaban agotados de cincelar y de martillar. Los días nublados utilizaban también la palabra baba, y diferentes combinaciones del verbo chupar. Pero a última hora de las tardes calurosas, cuando el sol les había pegado de lleno y ya tenían la garganta seca, sólo utilizan el silbido, que era —creía yo— una abreviatura de todo lo que querían decir y no podían.

Lo que quedaba claro, por lo menos a mí que los había observado días enteros durante la suplencia mortífera, es que el silbido era una invitación para que la mujer ingresara por la puerta de rejas verdes y pasara un rato junto a ellos, en la obra en construcción. El silbido era, sin dudas, una convocatoria.

Un viernes en el diario se cortó la luz y nos quedamos sin aire acondicionado y con poco trabajo que hacer. Me animé entonces a cruzar

la calle y, con la desfachatez que en ese tiempo me daba el ser flaco y el tener traje, le pregunté a uno de los trabajadores, al más joven de los cuatro, qué haría él si por casualidad la mujer silbada, cualquier mujer entre las tantas que pasaban, en lugar de seguir su camino, indiferente al llamado, se diera la vuelta y, efectivamente, entrase a la obra.

No precisó meditarlo mucho el obrero, ni darle vueltas a la cuestión. Tenía la respuesta en la punta de la lengua:

—Le damos entre todos —dijo el albañil.

—¿Le dan qué? —quise saber.

—¡Qué va a ser! —exclamó, y complementó la idea con el gesto de fornicar el aire con las manos.

Los otros tres rieron.

—¿Los cuatro, le dan? —me sorprendí.

—Claro —certificó el albañil más gordo, uniéndose— ¡si entra, le damos! ¿O si no para qué entra?

Sospeché por un momento que me estaban tomando el pelo.

—A ver si entiendo —dije—. Ustedes llaman a una mujer que no conocen de nada, a una mujer que está pasando por aquí de casualidad. La llaman, además, por medio de un silbido.

—Correcto, señor.

—La mujer acude al llamado —continué—, traspasa aquella valla de protección, esquiva la mezcladora, se acerca sin temor para conocer el motivo de la llamada y entonces ustedes...

—Le damos —dijo el más gordo.

Éste no hizo el gesto de fornicar el aire, como el joven, sino que cerró el puño y lo movió varias veces, como si se estuviera clavando una escarpia en el pecho, o zamarreando de los pelos a una criatura invisible.

—¿La violan, quieren decir?

—Entre los cuatro, señor —puntualizó el más joven, que sí repitió el gesto corporal y provocó otra vez las risas.

—Violar, violar... Dicho así queda feo —matizó el albañil más viejo, que hasta entonces había permanecido al margen—. Usted en realidad les está haciendo a los muchachos una pregunta tramposa.

Me interesé. El albañil viejo se dio cuenta que había logrado seducirme con su respuesta serena, más moderada que las del resto, y me puso una mano sobre el hombro. Habló con la misma cadencia que usan los hombres de campo cuando están a punto de decir algo sobre pájaros:



—La hembra no responde al chiflido, compañero —dijo—. Nunca.

Los otros tres asintieron en silencio.

—Yo empecé como aprendiz de obra en el año cincuenta y dos — continuó el viejo—, y desde esa época las chiflo a todas. No me importa que sean vistosas o bagres, ni que sean gordas, ni que sean viejas. Mire usted: yo debo de haber chiflado... —hizo una larga suma en el aire, entrecerrando los ojos—, debo de haber chiflado a un millón doscientas mil mujeres, por abajo de las patas. Y no es solamente que nunca vino ni una: ni siquiera dan vuelta la cabeza para ver quién llama. ¡Nada! Y no es indiferencia, ojo; es que no perciben el chiflido humano. ¿Vio que el perro oye un silbato especial que el cristiano no oye? Con las mujeres pasa lo mismo. Pero a la inversa.

—¿Y para qué les silban, entonces? —insistí— Yo trabajo ahí enfrente, en el primer piso, en aquella ventana. Y los veo a ustedes silbar siempre que pasa una mujer. ¿Para qué las silban, si no vienen?

—Para que vengan, así le damos —repitió de nuevo el más joven, con puesta en escena incluida, y todos rieron otra vez.

En ese momento (y esto fue muy impresionante) dejaron de reírse todos a un tiempo y miraron hacia la esquina vacía. Los cuatro, al unísono, se pusieron en posición de alerta y de perfil, como en una coreografía ensayada la noche anterior. Si hubieran tenido agua hasta el cuello habría creído que eran nadadoras sincronizadas.

Uno de ellos, el gordo, presagió muy concentrado:

—Rubia. Unos treinta años.

Otro, el flaco, aguzó el oído y dio más detalles:

—Buenas tetas, complexión mediana.

Yo no escuchaba nada más que las bocinas de los coches. El viejo cerró los ojos para concentrarse mejor, apretó los labios y negó:

—Tetas sí, pero no rubia: morocha teñida.

Entonces, sólo entonces, yo también comencé a escuchar el sonido levísimo de un taconeo, desde la izquierda, y diez segundos más tarde, efectivamente, dobló hacia nosotros una mujer rubia, bien proporcionada, de unos treinta o treinta y cinco años de edad.

Los cuatro albañiles actuaron como era su costumbre: usaron el silbido llamador y los verbos venir y chupar en diferentes variaciones, siempre en la segunda del imperativo. Hicieron lo de siempre, con la diferencia de que, esta vez, yo no los observaba desde la abstracción de mi oficina sino que estaba con ellos, era uno más, y quizás por eso sus silbidos y

propuestas me turbaron. La posibilidad de que la mujer creyera que yo también participaba del petitorio, del llamado, me hizo sonrojar y bajar la mirada al suelo.

Después de silbarla y llamarla en vano, los cuatro obreros se quedaron mirando el culo de la mujer hasta que desapareció detrás de una marquesina. Sólo entonces recordaron que yo estaba allí, y volvieron a prestarme atención.

—Qué va a ser... Así es la cosa —dijo el albañil gordo, con el mismo tono de aceptación resignada de un pescador al que se le ha escapado otro pez imposible.

—Ésta tampoco quiso entrar —acoté yo, con un poco de maldad, para ocultar mi vergüenza, que no era vergüenza ajena y por eso me dolía.

—Pero si entraba le dábamos —dijo el albañil flaco, aunque esta vez nadie hizo gestos de fornicación ni tampoco hubo risas.

Pasó una ambulancia y comenzó a caer la tarde. Nos quedamos los cinco en silencio, y yo pensé que quizá no decían toda la verdad, que quizás mentían. No adrede, sino con la intención, involuntaria, de salvarse de un destino lejano que no les correspondía.

Pensé que, tal vez, el más joven de los albañiles silbaba a las mujeres porque, al llegar a la obra el primer día, los otros ya tenían esa misma costumbre. Y pensé que quizás el viejo silbaba a las mujeres porque en el año cincuenta y dos, cuando era tan sólo un aprendiz, los oficiales de obra ya también silbaban a las mujeres. Me dio por pensar que ninguno de los cuatro sabría qué hacer si, un día, una mujer respondía el llamado milenario.

—Lo de ustedes es un acto reflejo —dije, como si pensara en voz alta—, es un gesto sin esperanza... Un mecanismo que no tiene sentido.

Se quedaron callados los cuatro.

El viejo bajó la vista. El más joven dejó de sonreír. El flaco dio media vuelta y se quedó de espaldas a mí, mirando una montaña de cerecita. Tan pronto como acabé de decir aquello, me arrepentí de haber hablado de ese modo, y también me arrepentí de haber salido de mi oficina y de haber cruzado la calle para hacer preguntas. ¿Qué me importaba a mí la vida de esa gente?

—Mire señor —me dijo entonces el albañil gordo, y yo levanté la vista y lo miré a los ojos—: cuando el trabajador de la construcción le chifla a una mujer, siempre hay esperanza. Siempre esperamos que la mujer se dé la vuelta y venga un rato, o que por lo menos se dé la vuelta y nos mire. Hace siglos que las estamos llamando, no es de ahora. ¿Ellas qué saben si es para *darles*, como dice Pedro, o si es porque se les cayó la bufanda al

suelo y se la queremos devolver? ¿Ellas qué saben? Un trabajador que chifla siempre espera que la mujer se dé la vuelta y lo mire a los ojos... Siempre espera... Porque, mire —y señaló la silueta de la ciudad, abarrotada de cemento—, mire todo esto, señor, mire esta ciudad: si no tuviéramos esperanza, si todo fuera porque sí, ¿usted cree que habría tantos edificios terminados?

No era posible. Si yo era el flaco, si yo era el que usaba un traje, si yo era el que tenía un trabajo respetable, ¿por qué eran ellos los que tenían esperanzas? Quizá fuera que ellos decían ser albañiles y construían edificios, mientras que yo decía ser escritor y trabajaba en una revista de mierda escribiendo idioteces. No sé, pero exactamente seis meses después de aquella charla con los cuatro amigos de la construcción, el mismo día que a Maradona lo echaron del Mundial, me cansé de mi vida.

Me compré una Olivetti Bambina colorada, una carpa canadiense, pastillas potabilizadoras y una mochila de setenta litros. Convencí al director del diario para que me siguiera pagando, pero esta vez por hacer crónicas de viajes y, una vez que aceptó, me subí a un tren que se llamaba El Tucumano y me fui al norte. Tenía veintitrés años. Aunque no era la primera vez que estaba en lo más profundo de una crisis, nunca había pegado semejante volantazo en medio de la tormenta. En el tren, incluso antes de llegar a Rosario, ya pude percibir esa paz liberadora que nos invade cuando somos jóvenes y no sabemos, ni nos importa, lo que va a pasar diez minutos después.

Hasta aquel punto final, hasta la tarde que en un bar de Junín y Rivadavia escuché la sentencia más triste del mundo —me cortaron las piernas—, había puesto mi crisis en pausa a raíz del Mundial de Fútbol. El torneo empezó justo en medio de mi depresión, y fue la mejor excusa para postergar la debacle. Desde el dos de junio tuve algo en qué ocupar la cabeza y no pensar en mí. Todos los días había un partido, y por primera vez Argentina era un equipo que me gustaba. Lo dirigía Basile y estaba Maradona: no podíamos perder. Confiaba con desesperación en el triunfo porque, si ganábamos, quizás me olvidaría, camuflado mi cuerpo entre los festejos y los bocinazos, que alguna vez había perdido la brújula. Pero no contaba con el dopaje, y la cortina de humo se disipó temprano.

Por herencia paterna, no había podido disfrutar de las dos finales anteriores. En casa somos de Racing, y un hincha de Racing con memoria histórica no festeja los triunfos de Bilardo. Ahora me parece surrealista, incluso esnob esa postura, pero en las finales de México y de Italia en casa se gritaron, como propios, los goles alemanes. Mi padre y yo nos abrazamos cuando Andreas Brehme metió el penal esquinado, igual que cuatro años antes habíamos apagado el televisor con bronca después de la carrera agónica de Burruchaga. Durante mucho tiempo esa excentricidad

me pareció legendaria, un punto a favor en mi biografía. En cambio ahora que estoy lejos de Buenos Aires, ahora que soy capaz de enloquecer de alegría por una triste medalla olímpica en canotaje, me avergüenza no haber festejado la gesta del ochenta y seis.

Ocho años después y sin Bilardo, cuando por fin pude reivindicarme, se me acabó el Mundial en octavos y me reencontré de golpe con una vida vacía de epopeyas. Unos meses antes me habían caído del cielo mil y pico de dólares en un premio literario y aproveché el dinero para escapar una larga temporada a la intemperie, solo, a ver si era capaz de encontrar la pasión esquiva. En esas épocas yo pensaba que a los veinticinco años me sonaría la campanada final de la literatura; sentía que me quedaba poco trecho y que todavía no había escrito una sola novela decente. Ahora, que tengo cuatro canas en la barba, ya no me pongo esos límites temporales para contar una historia. Tampoco escupo novelas como un desesperado, es cierto. Pero entonces era cuestión de vida o muerte ser un escritor: lo deseaba con la misma fuerza con que hoy deseo ser feliz.

A principios de aquel año había empezado a leer como un loco a Juan Filloy. Además de Maradona y su desgracia mítica, el cordobés había propiciado también ese viaje norteño. En su novela *Op Oloop* había leído una frase que me empujó a desprenderme de todos los contextos: La soledad es el placer de la propia perspectiva, escribía don Juan en mil novecientos treinta y dos, y sigo pensando que es una de las verdades más redondas que se han dicho nunca. Entre los pocos libros que llevaba en mi mochila había un par de mi admirado Filloy y la obra poética de César Vallejo. Casi nada más. El dieciocho de julio, en un pueblo perdido de Santiago del Estero, estaba leyendo el poema *Los Nueve Monstruos*, del peruano, cuando una radio cercana me avisó del atentado en la AMIA. El párrafo que leía en ese momento me pareció una señal:

Jamás tan cerca arremetió lo lejos,  
jamás el fuego nunca jugó mejor  
su rol de frío muerto.  
Jamás, señor ministro de salud,  
fue la salud más mortal.

El viaje estuvo lleno de códigos secretos como ése. Señales imperceptibles, guiños que a simple vista no querían decir nada pero que, tan frágiles mis huesos y tan necesitado yo de milagros, significaban muchas cosas y me hacían tener esperanza. En ese viaje pensé, por primera vez, que la vida estaba grabada en los surcos de un *longplay*, y que uno era la púa ciega que rasguñaba el vinilo. Lo difícil no era que

sonara la música —siempre suena—, sino dar con el surco que a cada cual le correspondía. Una crisis era un salto antiestético en la canción, y encontrar otra vez la música correcta podía resultar muy complicado. A veces no ocurría nunca y enloquecíamos. La locura era un disco rayado, era la desesperación que le hacía repetir al desequilibrado la misma historia triste, siempre.

Una tarde que nunca voy a olvidar terminé de leer, de un tirón, una novela de Don Juan —era Caterva— y sentí una profunda reconciliación interior. Me supe, digamos, casi feliz después de muchos meses. Yo estaba en Salta, a punto de pasar a Bolivia, sentado en la mesa de madera de un camping abandonado, en patas. Di vuelta el libro para revisar la solapa (esas cosas que hacemos para no concluir un buen libro, para que siga en nuestras manos un poco más) y allí, en la reseña, estaba la más grande todas las señales: *“Filloy nació en Córdoba el 1º de agosto de 1894; de madre francesa y padre español, compartió la vida y el trabajo con sus seis hermanos en el...”*

Interrumpí la lectura biográfica con el corazón latiéndome en la yema de los dedos. *1º de agosto de 1894*: increíble. Hacía ya dos meses que vagaba por pueblos perdidos, haciendo reportajes a brujos y calesiteros, a toda clase de gente marginal que tuviera algo extraño que contar, sacándole fotos a manchas de humedad que parecían la cara de un cristo, pescando bogas. No tenía idea de la fecha en que vivía. Casi de casualidad estaba al tanto de la provincia que pisaba, y a veces ni eso. Pero sí sabía algo: que hacía frío y que era invierno. Y otra cosa más. Que estábamos en el noventa y cuatro. Por eso tuve la corazonada. No sé a quién le pregunté:

—Qué día es hoy, maestro —y crucé los dedos.

Me dijeron que martes. Martes treinta y uno de julio. Por primera vez me sentía apurado para llegar a algún sitio. Tanteé en los bolsillos cuánta plata me quedaba: había que salir ya mismo si quería estar a tiempo. Hice dedo hasta Ojo de Agua: me llevaron unos santiagueños que traficaban fotocopadoras en una combi. Nunca entendí el negocio, pero tenían porro y contaban buenos chistes sobre tucumanos. Y esa misma noche —con la ansiedad más grande del mundo— me encontré mal durmiendo en un micro que se dirigía, por fin, a la provincia de Córdoba.

Las pequeñas desgracias cotidianas eran, a mi entender, productos de una mala decisión muy anterior, tan anterior que nos resultaba imposible relacionar una cosa con la otra. La decisión que nos incorporaba a un surco nuestro, en cambio, sólo podía traer ventura. Aunque Maradona ya no estuviese en el Mundial ni hubiera Mundial para mí ni para nadie.

Estos guiños eran complicidades del destino, que ya estaba escrito; eran señas de truco que nos alertaban justo en los momentos de cambio,

hacia una expectativa nueva. ¿Es este riesgo un surco tuyo?, parecía preguntar el destino, con un gesto mínimo. ¿Realmente deberías dar este giro, asumir ese riesgo, firmar ese papel, seguir tan lejos a esa mujer, tener ahora ese hijo, escribir esa novela, mudarte de casa; justo ahora? ¿De verdad serás feliz en esa casa, o con ese hijo, o con esa mujer, o en ese proyecto? ¿Es ése el surco del disco en el que sonarán las mejores canciones de tu vida? Muchas veces me había ocurrido que la vida pegaba un volantazo inesperado y torpe, a todas luces innecesario, que sin embargo años después comenzaba a tener sentido. Mi abuelo materno, por ejemplo, fue el tipo más espantoso que conocí en la vida, y sin querer resultó fundamental en mi crecimiento como escritor. Dos veces, y no una, Don Marcos me empujó a la literatura, al esfuerzo de la literatura. Y las dos veces su intención fue convertirme en un títere. Ahora que el hombre ha muerto soy capaz de escribir sobre el asunto con menos tacto, y puedo recordar —creo que sin rencor— el año surrealista que viví en su casa de San Isidro, esas noches en las que él me encerraba en la cocina con candado para que no saliera al patio a fumar; o las otras noches, todavía peores, en que revisaba mis cuentos y me tachaba con lápiz rojo las ideas inmorales.

Pero antes debo saltar en el tiempo al año ochenta y dos, porque entonces ocurrió algo importante. Yo estaba a punto de cumplir doce años y mi tía Ingrid me regaló dos canastos llenos de libros de su adolescencia; más de cincuenta libros. Mi abuelo Marcos, sin que se lo pidiese nadie, desparramó los libros y empezó a hacer dos montones. En uno puso los que yo podía leer, y en el otro los que no.

En el montón de los permitidos estaban esos libros seriales que se publicaban en los años sesenta, del tipo Jules y Gilles en busca del diamante, o Jules y Gilles y el piano de cola, etcétera. Volúmenes que sólo eran malas lecturas iniciales. Mientras que en la pila de los prohibidos había buena literatura, novelas que el viejo suponía demasiado complejas para mi edad, o que sospechaba, por la intuición del título, que podían contener tetas, y culos, y fornicación.

Cuando volví a Mercedes con los dos canastos de libros, naturalmente empecé a leer los prohibidos: eran novelas de Conan Doyle, de Oscar Wilde, de Mark Twain, de Chesterton. Libros impresos en papel de biblia, obras completas. Claro que él no me había prohibido a Wilde por *El Príncipe Feliz*, sino por *Dorian Gray*, que estaba en el mismo tomo. No me negaba *Huck Finn*, quiero decir, sino *El diario de Adán y Eva*. Tuve un abuelo que me prohibió —justo en el inicio de mi rebeldía— la buena literatura. No la tele, o las drogas, o el alcohol. Tuve esa enorme suerte. Ese guiño. No lo entendí entonces, claro, pero ahora sé que en la infancia la pasión desbordada solamente cabe por las puertas del NO. Esa fue la

primera vez que mi abuelo Marcos me ayudó, por contraposición y sin él quererlo, a ser un escritor. La segunda iba a ocurrir quince años más tarde y sería bastante más dolorosa.

Ahora deberíamos ubicarnos en mil nueve noventa y siete. Yo tengo veintiséis años, soy un ex cocainómano flamante y tengo acidez de estómago. Mucha acidez, es espantoso. Ya me gasté los últimos dólares de un premio literario y no tengo dónde caerme muerto. No puedo vivir en Mercedes ni un minuto más, porque en cada esquina hay una cara conocida que me quiere convidar de su bolsa.

Chichita, que está al tanto de todo, quiere ayudar a que vuelva a la Capital, un sitio neutro en el que puedo conseguir trabajo y rehacer mi vida. Como no hay plata para alquilar departamentos, se juega una carta imposible: le pide a su padre, a don Marcos, que me acepte como huésped temporal en su casa de San Isidro.

La primera respuesta del viejo es veloz y tiene lógica: el abuelo dice que no, que la idea es una locura insensata, que sólo verme de cerca, ver en qué me he convertido, podría matarlo de tristeza. Don Marcos no quiere saber nada de mí.

Antes de que alguien intente juzgar esta negativa, debo decir que mi abuelo materno tenía entonces quince nietos y que yo era el mayor. Es decir que fui el primero, el de las mil fotos, el de los grandes regalos, y el hombre había puesto en mí todas sus esperanzas. También debo decir — para completar el cuadro— que hacía más de diez años que yo no lo visitaba, ni lo llamaba por teléfono para preguntarle si estaba vivo o si estaba muerto.

Don Marcos sabía de mi existencia de oídas y por rumores, que es la peor manera de saber sobre la vida de nadie. Conocía la síntesis de mi juventud, pero no su lento y agotador desarrollo. En esa síntesis biográfica campeaban a sus anchas cinco frases recurrentes: ahora está gordo, ahora escribe, ahora se droga, ahora está flaco, ahora no sabemos dónde está.

Sólo me había visto con sus ojos una vez, en toda una larga década, y no había sido un paisaje alentador. Mi hermana se casaba con el Negro Sánchez y él había ido a la ceremonia a regañadientes: su nieta no podía casarse embarazada. Yo estaba en una mesa alejada del salón de fiestas. Cuando mi abuelo miró para mi sector, el Chiri me estaba tirando aceitunas desde lejos y yo las cazaba al vuelo con la boca. No. Ése no era el futuro que don Marcos había soñado para mí.

Por suerte mi madre insistió en el pedido urgente de asilo (insistió varias veces, creo que hasta lloró y suplicó) y una tarde él llamó por teléfono y pidió hablar conmigo.

—Hernán —dijo—, vas a venir a esta casa, pero bajo mi responsabilidad y acatando cada una de mis reglas. No quiero enfermarme, por tu culpa, más de lo que estoy.

A la tarde siguiente metí en un bolso dos mudas de ropa, un paquete con cincuenta sobres de Uvasal y la carpeta con todos mis cuentos viejos. Con aquello bártulos y la cabeza astillada, me fui en un tren a San Isidro. Para mí comenzaban doce meses alucinantes tras los que acabaría convertido —ya sin retorno— en un escritor. Para don Marcos empezaba el último año de su vida.

Al llegar, me puso unas reglas muy crueles. Debía escribir seis horas al día, debía fumar sólo en el patio y debía darle dos vueltas al perímetro del Hipódromo todas las mañanas, aunque el sol partiese la tierra o cayera el diluvio universal.

—Pero yo vine a la Capital a buscar algún trabajo, de lo que sea —le decía espantado.

—Tu trabajo es escribir, adelgazar y dejar el vicio —respondía él—. Pero sobre todo escribir. Si hacés las cosas bien, plata no te va a faltar. Yo me encargo de eso.

Don Marcos tuvo siempre un sistema de pensamiento devastador y caprichoso contra el que era imposible debatir. Los demás siempre estaban equivocados y él había llegado al mundo para encontrar los errores. Desde el día en que viví con él hubo mil discusiones absurdas en las que yo acababa agotado y me retiraba con dolor de cabeza. Pero también me olvidaba de él muy pronto. En cambio cuando el adversario era alguno de sus hijos, o su esposa, o alguien que compartía con él lazos inseparables, cada palabra de don Marcos provocaba una herida que no sanaba más. El dolor nacía y quedaba en el cuerpo toda la vida. Lo sabía por mi madre.

En aquel tiempo escribir era para mí una fiesta a la que podía entrar cuando se me daba la gana, y salir si la cosa se ponía muy densa. Escribir no era un trabajo, sino la mejor excusa para ser un vago. Me sospechaba con algún talento natural, y entonces me aprovechaba de la suerte. Nunca nadie, ni en mi familia ni entre mis amigos, me había enfrentado a la raíz de mi vocación. Don Marcos fue el primero. Me puso una máquina de escribir en el galpón de las herramientas y me dejó dormir en la cocina de su casa. Durante el día él contaba cuántas veces dejaba de escribir para fumar. Por la noche, cerraba con candado la cocina para que no pudiera salir al patio ni escapar de la casa. Mi humillación era absoluta, gigantesca y mortal, pero no podía rebelarme porque más allá de ese techo y de esas reglas no tenía nada.



Para peor, él siempre estaba en casa. Desde muy joven había cortado la relación con sus hermanos. Su esposa le temía. Algunos de sus hijos le habían entregado la vida a cambio de nada. Los otros se alejaban o deseaban olvidarlo. No tenía amigos reales. Él veía que a su alrededor las personas tenían una vida y a veces eran felices al equivocarse y empezar de nuevo, pero pensaba que en todas partes, menos en sus zapatos, había un fallo monumental.

Mi primera defensa al encierro fue la de siempre: me sentaba en un sillón enorme a ver pasar las horas, con la hoja intacta en la máquina de escribir. No me salía una sola idea, pero me daba lo mismo. A las seis horas bajaba a tomar mate con gesto de escritor preocupado y con una enorme carpeta llena de cuentos viejos abajo del sobaco.

Esto había funcionado siempre, al principio con mis padres, y después con mis amigos. *Silencio, que el Gordo está escribiendo*. La excusa de la literatura, de su enorme sacrificio, me había salvado del esfuerzo real cientos de veces. Pero el mundo de don Marcos era otro mundo.

Nunca descubrió que yo no escribía, pero descubrió algo peor: supo que yo era un escritor pésimo. Cada noche, mientras yo dormía, revisaba la carpeta negra de los cuentos viejos y me los destrozaba. Usaba un lápiz rojo, grueso, de carpintero, y además de tachar párrafos completos hacía anotaciones en los márgenes. No eran críticas constructivas sino palabras sueltas en letra imprenta: INNECESARIO. INMORAL. ASQUEROSO. Algunas veces, muy pocas, una palabra de aliento: BIEN, O ESTA FRASE NO ESTÁ MAL. Una palmada cada quinientos coscorriones. Cada original borroneado con saña era un cuento perdido que había que pasar en limpio desde cero. Y eso cuando solamente se le ocurría tachar, porque a veces era peor. Una vez leyó *El Futuro del Chape*, un cuento corto que decía así:

De noche, cuando en casa mi vieja duerme, salgo a lo oscuro y me escondo atrás de un zaguán o de una enredadera o del baldío de Suárez. Cuando aparece una (puede que me pase dos horas esperando, porque en Mercedes de noche no andan mujeres), sea linda o sea fea, le tapo la boca con la mano y la arrastro hasta el terrenito que está pasando DuPont.

Algunas me muerden los dedos del miedo, otras se han meado en el camino. Mientras las arrastro les digo que si gritan las mato, y pongo los ojos así, como para que crean que estoy loco o algo. No puedo decirles de entrada que solamente quiero que me den cariño, porque con el susto no entenderían.

Elijo pendejitas más que nada porque después les da vergüenza contarlo y se lo guardan, no porque me gusten más. Preferiría mujeres de veinticinco a treinta, porque leí que les gusta y por la mitad entran a

agarrarle el ritmo y hasta dicen cosas. La misma revista que puso eso decía que, en algunos casos, el agresor deja de coger porque prefiere la fuerza bruta. Mentira. Yo me pongo mil veces más cariñoso de sólo pensar que les gusta. De todos modos, por prudencia, elijo pibitas miedosas para bajar el factor riesgo, porque a esta altura uno ya no es un amateur.

Otra que no hay que hacer nunca es involucrarse sentimentalmente. Una vez sola medio me enamoré, y fue para cagada. La fui a emboscar cuatro veces en medio año, y eso no se hace. No hay que volver, porque los de la Regional XIII te pueden estar esperando. La cuarta vez dejé pasar unos días, por las dudas que fuera un lazo de la cana. Pero no. La chica, cuando salí de atrás de un portón y le tapé la boca, ni se mosqueó. Le saqué la mano en un lugar seguro y me dijo "qué hacés, Chape, apurate que me esperan".

Fue casi un polvo de matrimonio. Se me pasaron las ganas de golpe. Le eché uno rapidito, más que nada por cumplir (que no se diga), y le dije que se mandara a mudar. Dos veces más me la crucé, de día, y ella me vio. Nos saludamos la primera, y la segunda ya no le di bola. Mi tío Camilo decía, cuando yo era chico, que las mujeres son más putas que las gallinas de la raza ponedora. Así que después de aquello empecé a andar con más cuidado.

Igual ahora estoy saliendo poco, porque el mes pasado se me murió una. Se me quiso escapar y resbaló, pobre, y se dio la cabeza contra la barandita de la pileta de la Liga. Zácate, se quedó seca. Fue medio un problemón, porque los de la Regional XIII se quedaron en el barrio haciendo preguntas. Ahora ya se fueron. Como la chica era hija de un concejal, tuvieron que meter preso a alguien, y eligieron un loquito del barrio Unión, que nunca le hizo mal a nadie. Se conoce que lo cagaron tanto a trompadas que al final confesó.

De todos modos a mí no me encontraban nunca porque no soy un sicópata. Soy un tipo serio; de día ando por El Progreso y juego al chinchón con parva de gente. Me conocen; dos por tres me pongo un traje. Ahora incluso trabajo de tenedor de libros en un estudio impositivo, porque tengo mucha facilidad para los números. Nunca pensarían en mí. Además, yo jamás doy la cara; no laburo como esos locos seriales que eligen a las minas porque son rellenas, o porque el apellido empieza con jota, o esas boludeces de tilingo que tienen los sicópatas conchetos.

Yo me tranco la primera que pasa, y siempre en barrios distintos, no sea que me anden esperando. Y casi no les hablo. No me pajeo. No doy muchas vueltas. Yo quiero un polvo tranquilo, como mucho morder una teta, esas cosas que quiere cualquier hijo de vecino. Y cuando son medio putas yo las calo. Gritan de miedo porque hay que gritar, por imposición

cultural diría yo, pero les gusta. Yo sé muy bien. No se resisten mucho, y después se hacen las que lloran, eso sí, y me buscan los ojos para ver si me conocen o para ver si en una de esas soy lindo. Me caben, esas. Cuando se aparece una así en lo posible me les hago el loquito y las tajeo. Por putas.

En cambio a las que tiemblan mucho (pasa bastante si son vírgenes o epilépticas) las obligo a que me chupen la pija para que se metan en situación; igual no lo disfruto tanto porque leí que hay unas histéricas que, aunque las estés punteando con el tramontina, te la pueden morder y dejarte mocho. Siempre que me hago chupar la pija me pongo nervioso y no gozo una mierda. Pero igual vale la pena. Que te la chupen mientras lloran es medio patético, así visto objetivamente, pero para uno que está ahí es el desiderátum. Y cuando les agarra hipo mientras te la chupan es un espectáculo aparte, ahí uno entiende que hay Dios, que no puede ser que la vida sea un caos a la deriva.

Pero no todo es color de rosa: una que embosqué hace un año tuvo un nene mío. Fue medio un drama para la familia, porque como son muy católicos el Obispo no la dejó abortar. Salió en El Nuevo Cronista, en página uno, la semana entera. Todo el mundo se peleaba por el tema del aborto de la piba. Unos decían que en caso de violación vale que la mina se haga raspar. Otros decían que ni siquiera, que hay que aguantársela cristianamente. Yo siempre tuve la misma postura: al chico te lo podés sacar, únicamente, si en la radiografía sale que el feto viene con tres brazos o alguno de esos caprichos de la genética; pero si es sanito no, porque la criatura no tiene la culpa de que la madre haya andado de noche por un barrio oscuro.

Por lo visto la mayoría habrá pensado como yo, porque el mes pasado el chico vio la luz y a otra cosa mariposa. Tres kilos cuatro cincuenta. Lo sacaron en el diario en tapa. Cuando nació lo dieron enseguida al Instituto Unzué. La madre de la piba incluso lo va a visitar hasta que alguna familia lo adopte.

Antinoche le dije a mi vieja, así como si nada, que nosotros lo podríamos tener. Que pensáramos en la criatura, y más que más la fui convenciendo. Yo ya dije que si el nene viene a casa no salgo más a la noche a emboscar. Me quedo a cuidarlo. A mi vieja le dije que tendría algo por qué levantarme todos los días. Ella me dice que soy un santo.

Esta mañana nos avisaron del Instituto que solamente falta la firma del juez de menores, pero que ya está notificado que somos una familia decente y conocida y que ojalá todos pensaran como nosotros. Cuando mi hijo esté en casa yo sé muy bien que voy a ser otro. Con la mano en el corazón, lo único que quiero es verlo crecer y que se parezca a mí en

algunas cosas. Por ejemplo en la facilidad que tengo para los números.

Me rompió las tres páginas del cuento en mil pedazos. Al día siguiente tuve que rescribirlo de memoria, hundido en una impotencia que ya no podía soportar. Pero no era eso lo que más me molestaba, sino que por primera vez alguien discutía mi oficio con ferocidad. Y lo más alucinante es que, en lugar de rebelarme, yo empezaba a despertar de mi dejadez, a escribir de nuevo con fuerza, pero ya no para alardear sino para defenderme.

Don Marcos era fanático de la familia occidental y cristiana, aunque no había hecho otra cosa en la vida más que desunir a la suya y olvidarse de Dios. Pero lo más peligroso era que lo había hecho sin mala intención, es decir: convencido de practicar el bien. Lo mismo hacía con mis cuentos.

—La literatura tiene que ser moral —me decía después de leer algún otro cuento mío lleno de groserías o imágenes chanchas—, tiene que reflejar lo bueno que hay en los hombres, y lo que vos hacés es una mierda.

Seis meses después, yo escribía desde que salía el sol y solamente dejaba mi habitación de las herramientas para bajar y discutir con él a los gritos. A veces las charlas duraban hasta muy entrada la noche. El hombre era cerrado como un laberinto y, supe entonces, compartía la teoría de la perfección de la raza. Odiaba a los judíos con ganas, casi tanto como a la mujer independiente. Las democracias le resultaban incómodas, pero tampoco suscribía a los regímenes fascistas de su tiempo. Los militares argentinos le resultaban tan ridículos como los dirigentes demócratas, y él parecía no estar parado en ninguna vereda. En todo ese año nunca pude entender con qué sistema de gobierno se hubiera sentido a gusto. Al final comprendí que su mecanismo era llevar la contra siempre y postular que en todas las ideas posibles había una grieta, menos en la propia.

Don Marcos jamás veía árboles, sino madera. Él podría haber sido carpintero, pero nunca guardabosques. No habría soportado ver crecer un tronco, ni observar la composición arbitraria de sus ramas, ni dejar brotar las hojas, ni más tarde verlas caer. Mi abuelo habría podado el tronco antes de tiempo, habría tallado su imagen con un cincel desesperado y le habría puesto su nombre a la obra. *Don Marcos Carabajal*. Eso intentaba hacer también conmigo, ahora que yo dependía de su comida y de su techo protector.

Fue un año larguísimo y pesado, del que seguramente todavía me quedan traumas. (Escribir esto es dejar atrás alguno.) Pero sólo entonces, sólo en ese territorio caótico aprendí a escribir con sacrificio y sin inspiración, y aprendí también que el ESTA FRASE NO ESTÁ MAL de un lector

enemigo es mil veces mejor crítica que el GENIAL COMO SIEMPRE de un lector camarada.

Al final de ese año fui a comprar cigarros y, al volver a la casa de San Isidro, mi abuelo me esperaba en el patio. Estaba muy preocupado de que no se lo notara ansioso.

—¿Vos mandaste un cuento a Francia? —me preguntó, con el teléfono inalámbrico todavía en la mano.

Dije que sí con el corazón en la boca, porque sabía muy bien lo que estaba pasando.

—Cuál cuento —quiso saber, con la cara de culo más grande del mundo.

—*Ropa sucia* —dije—, el de la hermana que le hace la paja al hermano. El que rompiste la semana pasada.

—Llamaron —dijo, señalando el teléfono—. Que ganaste no sé qué, no se entendía bien. Ahí te dejé el número arriba del aparador, capaz es un chiste de algún amigo tuyo...

Y se fue a dormir la siesta, enojadísimo.

Dos meses después, con la plata del premio en Francia me pagué el depósito para mi casita de Belgrano y me fui a vivir solo. Me compré una mesa y un colchón. Y un teléfono móvil de dos kilos. A ese móvil llamó Chichita para avisarme que mi abuelo se había muerto.

Mi último acto de rebeldía fue no ir al entierro de ese hombre que, en la infancia, me enseñó a tener curiosidad por lo prohibido, y cuando dejé la adolescencia, me mostró que la vocación no es una fiesta nocturna sino un esfuerzo complicado de asimilar. Ahora, que me levanto a las ocho de la mañana para escribir mis cuentos, y que no siempre hay inspiración, ahora que me acuesto temprano y que mis historias nomás buscan entretener, suelo pensar en él.

Pero lo tengo más presente, a don Marcos, cuando descubro que el tiempo viaja en remolinos, y que Nina un buen día crecerá y me dará un nieto. Un nieto que —porqué no, si llevará mis genes— puede convertirse en el adolescente ausente que fui yo. Qué espanto más grande.

Es posible que para ser un escritor no me baste con andar los caminos prohibidos y asumir el esfuerzo y la responsabilidad. Quizás escribir me funcione, únicamente, si levanto la vista una vez en la vida y le pido perdón a mis muertos, sin literatura.

Pero para llegar a esa comprensión primero tuve que andar el camino de Córdoba capital, en busca de unas señales que me mantuviesen vivo, que me devolvieran la pasión. En eso consistía la cura, y yo comenzaba a

descubrirlo. Por fin me sentía pleno, otra vez ubicado en el surco del mundo que me correspondía.

Cuando llegué a la capital cordobesa eran las nueve de la mañana. Juan Filloy, el escritor vivo más viejo del mundo, un hombre irreplicable del que había leído párrafos maravillosos durante los últimos meses, comenzaba a cumplir cien años. Si yo estaba allí, era porque había recuperado la música perdida. Toda la angustia acumulada quedaba atrás. Ésa había sido mi última crisis, la más dulce de todas, la que recuerdo con más respeto, porque vencí. Esa mañana, renovado y sonriente, respiré hondo y me fui en ayunas a la casa de Don Juan. Avenida Buenos Aires, número 26. Sentía que aquel hombre, nacido en el siglo diecinueve, tenía muchas cosas que decirme. Prendí un cigarro para paliar el frío, o para matar los nervios. Antes de tocar el timbre y de que Don Juan me recibiera con su generosidad centenaria, supe que alguien, en alguna parte, me estaba dando la vuelta, y que empezaba a sonar, armonioso, el lado B del resto de mi vida.

El hombre frente a mí podía sorprender por infinidad de cosas. Para empezar, esa mañana cumplía cien años; pero también había sido amigo de Freud, había editado cincuenta y dos novelas (todas con títulos de siete letras) y era el ser humano que había escrito más sonetos desde Petrarca. Sin embargo, lo primero que me llamó la atención fue la cantidad de pelos blancos que le salían de las orejas. Cuando su hija Monique se acercó con dos tazas de té, una para su padre, una para mí, y me aconsejó que le hablase muy fuerte porque “papá está sordo como una tapia”, no adjudiqué la sordera a la vejez, sino a la exageración capilar de Don Juan. Las cejas también las llevaba muy pobladas, como si tuviese dos ovejas encima de los párpados. Filloy estaba de buen humor; en pijama. El buen humor era porque había llegado al centenario (pocas veces vi a nadie que le diera tanta importancia a las cifras); el pijama, me dijo, era su overol de trabajo.

—¿Entonces sigue escribiendo? —me sorprendí.

—Siempre. No hubo un solo día que haya dejado de hacerlo.

Pensé cómo podía haberme cansado tan pronto, de escribir o de vivir, si no llevaba ni la cuarta parte del traqueteo de aquel hombre. Estuve a punto de preguntarle cuál era el secreto, pero me pareció una pregunta femenina, de redactora de revista dominical, y me mordí el labio. Hoy le hubiera preguntado cosas cursis con absoluta naturalidad; en aquellos tiempos —por una gran pacatería interna— yo quería parecer inteligente y le hice preguntas literarias. Quise saber si era cierto que Borges y él se odiaban tanto. Entonces me contó una anécdota increíble:

—Yo soy mayor que Borges —me dijo, y me dio la impresión de estar hablando con un fantasma vanidoso—. Hace muchísimos años, cuando éramos jóvenes, le envié una copia de mi libro Estafen. Era una edición de autor y se la dediqué, como se usaba entonces —se ríe, recordando, y dibuja unas letras en el aire—: ‘Con afecto, Juan Filloy’.

A Don Juan nunca le gustó salir de Río Cuarto, su ciudad natal. Era un antiporteño. Pero años después de ese obsequio literario, me dijo, tuvo que viajar a Buenos Aires por cuestiones personales y aprovechó para ir a las librerías de Corrientes, donde había volúmenes que en Córdoba no se conseguían.

—Buscando entre los libros usados, encontré uno mío —recordó—. Era Estafen. Me resultó muy raro, porque yo hacía ediciones sólo para los amigos. Cuando lo abrí, encontré con sorpresa la dedicatoria —me miró con una sonrisa—. ¡Era el libro que le había regalado a Borges!

—¿Borges había vendido su libro?

—No lo culpo —me dijo, irónico—: estaría necesitado.

—¿Y usted alguna vez se lo reprochó?

—No —pareció espantarse—. Eso no hubiera sido diplomático... Hice algo peor —y le brillaron los ojos como a un chico—. Compré el libro, me volví para casa, y se lo mandé otra vez de regalo. Abajo de la primera dedicatoria, escribí otra: ‘Con renovado afecto, Juan Filloy’.

Muchos años después supe que el cordobés contaba ese chiste siempre que alguien le preguntaba por Borges, y todavía más tarde un amigo muy culto me descubrió que la verdadera anécdota le pertenecía a Bernard Shaw, quien dedicó un libro a un amigo con una frase muy parecida (*To with esteem, George Bernard Shaw*), y lo volvió a enviar años después, tras encontrarlo en una librería de usados, con esta otra: *With renewed esteem, George Bernard Shaw*. El hecho se narra en el volumen *Ex libris: confessions of a common reader* de Anne Fadiman y es posible que Filloy haya copiado la idea para divertirse, pues al narrarme el hecho reía como un caballo blanco, me mostraba una dentadura postiza perfecta y parecía a punto de morderme de alegría. Era un hombre increíblemente robusto; los años se le notaban en el cuerpo, pero no en la cabeza. Durante la charla me trató siempre de usted.

—¿Usted lee a sus contemporáneos? —preguntó más tarde, y me miró muy serio— ¿Qué es lo bueno, ahora?

Con ingenuidad, o con desparpajo, le recomendé leer a Paul Auster.

—No, no —movió la cabeza, negando, y los pelos de las orejas le bailaron como dos manubrios de algodón—. Era por saber nomás. A esta

altura no puedo arriesgarme con lecturas nuevas. Ya me estoy haciendo viejo, y tengo que ir a lo seguro.

Me repitió, sin vergüenza, lo que no se cansaba de decirle a todo cristo desde hacía ya mucho tiempo: que quería ser el único escritor del mundo en vivir tres siglos:

—Nací en el diecinueve —enumeró—, estamos en el veinte, y no tengo interés en morirme hasta el veintiuno.

Deseé con todas las fuerzas de mi alma que pudiese conseguirlo, y se lo dije. Envalentonado, porque el tema lo había sacado él, me animé entonces a preguntarle por el secreto de su juventud eterna. Cómo había sido capaz de vivir tanto y de tener, además, las ilusiones intactas. Yo había leído algunas entrevistas a don Juan, y estaba bastante seguro que me hablaría del automóvil; deseaba, además, que me contase la teoría del automóvil. Estaba yo frente a un hombre que no se había subido jamás a un coche, y muchas veces, en conferencias o en reportajes, había dicho que caminar dos leguas al día era el truco para vivir mucho tiempo. Una vez le había confesado a Ricardo Zelarrayan que el coche era un instrumento mortífero, porque por su culpa el hombre perdía el hábito de caminar. ¿Usted ha visto la gente que anda en automóvil? Son culones y tienen la cintura pesada, decía. Pero aquella mañana no me explicó la misma historia. Me dio una explicación diferente sobre su longevidad.

Después de mi pregunta, Juan Filloy se levantó despacio y salió de la habitación. No le costaba andar, pero sí incorporarse. Volvió un rato después con un álbum y un periódico. Buscó una foto en el álbum y me la mostró. Era, me dijo, un daguerrotipo, la prehistoria de las fotografías. Vi a unos quince o veinte escolares de seis o siete años, posando en la escuela rural General Belgrano.

—¿Usted podría adivinar cuál soy yo? —me retó.

Hice dos intentos fallidos, señalando cabezas de niños idénticos, mientras él me miraba con picardía y negaba. Me rendí. Entonces, sin señalar a ninguno, me dio una pista muy fácil:

—Si se fija bien, uno solo de estos querubes está sonriendo —era verdad: había un niño, un poco cabezón, a la izquierda de la imagen, que miraba la cámara con alegría; los demás, en cambio, parecían espantados.

—Ahora mire esta otra foto —me dijo, y me mostró una página cultural de La Voz del Interior, con fecha de esa misma mañana.

Estaba él, don Juan, junto a tres o cuatro viejas decrepitas, el gobernador Angeloz y un poeta de Buenos Aires de apellido Redondo, en un homenaje que le hacían por su centenario, en la Gobernación.



—Esta es la última foto que me han hecho hasta el momento —y se señaló con el dedo en el papel impreso—. ¿Ve? También soy el único que está sonriendo, mezclado entre toda esa gente tan triste. Yo siempre soy el que se ríe en medio de la solemnidad... Ahí lo tiene, al truco.

Me hubiera gustado tener ahí mismo, en la mochila de viajero, mi fotografía de primer grado en la Escuela N° 1, la que ilustra ahora este libro. Tenerla a mano para mostrársela a Juan Filloy, para preguntarle si una mueca desesperada entre cuarenta chicos mercedinos valía lo mismo que una sola sonrisa entre veinte espantos cordobeses. Me hubiera gustado decirle que yo era el pibe que arruinaba las fotos, y que a veces sentía que seguía siéndolo. Pero no le dije nada. Hablamos de otras cosas que ahora se me escapan de la memoria.

El reportaje completo apareció, en agosto de aquel año, en el semanario mercedino *Protagonistas*, pero yo estoy lejos como para consultar esa fuente y compartir aquí otros pasajes. Narro estos fragmentos porque los tengo grabados en la memoria, igual que aquella época irrepetible en la que vi, por única vez en la vida, a todo un pueblo llorar en las calles y en los bares por culpa del resultado de un *dopping*.

Seis años después decidí hacer otro viaje. Uno más largo, intercontinental, definitivo. Un viaje que me llevaría, quizás, al amor final y a la construcción de una familia. La tarde del quince de julio le dije a Cristina que me iría con ella a vivir a Barcelona. Ni ella ni yo sospechábamos que, no mucho más tarde, la aparición de Nina iba a convertirnos en las personas más felices del mundo. Pero hubo una señal aquel día. La tarde del quince de julio del año dos mil, mientras yo hacía mis nuevos planes, el único escritor que había logrado vivir tres siglos, un hombre sereno como las canciones lentas, murió mientras dormía la siesta, a punto de cumplir ciento seis años. Entre mi visita y su muerte, él había escrito tres novelas más, todas con títulos de siete letras.

Leí la necrológica en la prensa, con una sonrisa en la boca, sin tristeza, y recordé otra vez la mañana con el mayor arruina fotos secular de la historia. Aquella vez que tuve, tan nítida, la certeza de que estaba ocurriendo, en mi historia personal, aquello que llamamos un momento bisagra, un quiebre sutil que separa la vida en dos partes con una finísima carátula. Por lo general nos enteramos de estas grietas mucho después, en el sofá de un psicólogo o escribiendo un cuento. Aquella mañana cordobesa, lo supe mientras ocurría.

También lo supe un mediodía mercedino de un año después, el catorce de noviembre del noventa y cinco, cuando maté sin querer a la hija mayor de mi hermana, haciendo marchatrás con el auto. Entonces yo vivía en Buenos Aires y había viajado a Mercedes para festejar el cumpleaños

número ochenta de mi abuela Chola, por eso recuerdo la fecha exacta, y también porque nací de nuevo. Hice marchatrás con el auto de Roberto y el mundo se detuvo. Entre el impacto seco, los gritos de pánico de mi familia y el descubrimiento de que en realidad había chocado contra un tronco, ocurrieron los diez segundos más intensos de mi vida. Diez segundos durante los que me aferré al tiempo y supe que todo futuro posible sería un infierno interminable.

Festejábamos el aniversario de mi abuela con un asado en la quinta; ya estábamos en la sobremesa familiar. A las tres de la tarde le pido prestado el auto a Roberto para ir hasta el diario a entregar un reportaje. Me subo al coche, vigilo por el espejo retrovisor que no haya chicos rondando y hago marchatrás para encarar la tranquera y salir a la calle. Entonces siento el golpe, seco contra la parte de atrás del auto.

A cuarenta metros, en la mesa donde todos conversan, mi hermana se levanta aterrada y grita el nombre de su hija. Mi madre, o mi abuela, alguien, también grita:

—¡La agarró!

Entonces me doy cuenta de que mi vida, tal y como estaba transcurriendo, había llegado al final. Mi vida *ya no era*. Lo supe inmediatamente. Supe que mi sobrina Rebeca, de cuatro años, estaba detrás del auto; supe que, a causa de su altura, yo no habría podido verla por el espejo antes de hacer marchatrás; supe, por fin, que efectivamente acababa de matarla.

Diez segundos es lo que tardan todos en correr desde la mesa hasta el auto. Los veo levantarse, con el gesto desencajado, veo un vaso de vino interminable cayendo al suelo. Los veo a ellos, de frente, venir hasta mí. Yo no hago nada; ni me bajo del coche, ni miro a nadie: no tengo ojos que dedicarle al mundo real, porque ya ha empezado mi viaje fatal en el tiempo, mi larguísimo viaje que en la superficie duraría diez segundos pero que, dentro de mi cabeza, se convertirá en una eternidad pegajosa.

En ese momento (no sé por qué es tan grande la certeza) no tengo dudas sobre lo que acabo de hacer. No pienso en la posibilidad de que sea un tronco lo que he embestido, ni pienso que mi sobrina está durmiendo la siesta dentro de la casa. Lo veo todo tan claro, tan real, que solamente me queda pensar por última vez en mí antes de dejarme matar.

“Ojalá el Negro me mate” —pienso—, “ojalá sea tan grande su enajenación de padre salvaje, tan grande su rabia, que me pegue hasta matarme y no me dé la opción de tener que suicidarme yo mismo, esta noche, con mis propias manos, porque soy cobarde y no podría hacerlo, porque cometería la peor de todas las bajezas: me iría a Finlandia”. Utilizo

esos diez segundos, los últimos de calma que tendré en toda mi vida, para pensar en quien ya no seré nunca más.

Tenía casi veinticinco años, estaba escribiendo una novela larguísima y placentera, vivía en una casa preciosa del barrio de Villa Urquiza, con una mesa de pinpón en la terraza y toda la vida por delante, trabajaba en una revista donde me pagaban muy bien, tenía una vida social intensa, era feliz, y entonces mato a mi ahijada de cuatro años y se apagan todas las luces de todas las habitaciones de todas las casas en las que podría haber sido feliz en el futuro. Lo pienso de ese modo, desapasionadamente, porque ya no tengo ni cuerpo con el que temblar.

En esos diez segundos, en donde el tiempo real se ha roto literalmente, en donde el cerebro trabaja durante horas para instalarse en un recipiente de diez segundos, descubro con nitidez que mis únicas opciones —si mi cuñado no me hace el favor de matarme allí mismo— son las de huir (huir de inmediato, sobornar a alguien y escapar del país) o suicidarme. Lo que más me duele, tal como están las cosas, es que no podré volver a escribir literatura, ni a reír.

Durante mucho tiempo, durante años enteros, me siguió sorprendiendo la frialdad con que asumí la catástrofe en esos diez segundos en que había matado a mi sobrina. No fue exactamente frialdad, sino algo peor: fue un desdoblamiento del alma, una objetividad inhumana. Me dolía saber que ya no podría escribir, que en el suicidio o en la huida —aún no había optado con qué quedarme— no existiría esa opción: la de los placeres.

Podía irme a Finlandia, sí, a cualquier país lejano y frío, podía no llamar nunca más a mi familia ni a los amigos, podía convertirme en fiambrero en un supermercado de Hämeenlinna, pero ya no podría volver a escribir, ni amar a una mujer, ni pescar. Me daría vergüenza la felicidad, me daría vergüenza el olvido y la distracción. La culpa estaría allí involuntariamente, pero cuando comenzara la falsa calma o el olvido momentáneo, yo mismo regresaría a la culpa para seguir sufriendo. La vida había terminado. Yo debía desaparecer.

Pero si desaparecía, qué. Qué importancia podía tener darles a ellos la serenidad de no ver nunca más al asesino. Ellos, mi familia, los que ahora corrían lentamente desde la mesa al coche para matarme o para ver el cadáver de un niño, podrían creerme exiliado, lleno de dolor y de miedo, temeroso y ruin, o agorafóbico; o podrían sospecharme loco, como esas personas que pierden el rumbo y la memoria después de los terremotos; alucinado, mendigo, enfermo; podrían hasta perdonarme pues me creerían fuera de toda felicidad, fuera de todo placer. Matarían a quien blasfemara mi memoria diciendo que se me ha visto reír en una ciudad finlandesa, a quien dijera que se me ha visto beber en un bar de putas, o

escribir un cuento, ganar dinero, seducir a una mujer, acariciar un gato, pescar bogas o dar limosna a un marroquí en el metro. No creerían que alguien (ya no yo en particular, sino que *nadie*) fuese capaz de semejante flaqueza, de tan penoso olvido, de matar y no llorar, de escapar y no seguir pensando en la tarde de verano en que una niña de tu sangre ha muerto bajo las ruedas del coche.

Diez segundos eternos hasta que alguien ve el tronco y todos olvidan la situación.

Nadie, ninguna de todas las personas que almorzaban aquella tarde del año noventa y cinco en Mercedes, recuerda ahora esta anécdota. Nadie ha tenido pesadillas con estas imágenes: sólo yo me he despertado transpirado durante años enteros, cuando esos diez segundos regresan por la noche sin el final feliz del tronco; para ellos no ocurrió más que la abolladura de un guardabarros al final de la primavera.

Nada malo pasó aquella tarde, ni nada tan espantoso iba a ocurrir, antes o después, en mi vida. Han pasado muchos años desde entonces y todo ha sido un remanso en el que nunca lo incontrolable se ha metido conmigo. ¿Por qué entonces, cada catorce de noviembre, siento que he cumplido un año más de vida? ¿Por qué le doy más importancia a esta fecha en que no maté a nadie, que a aquella otra fecha anterior en que salí de mi madre dando un grito eufórico de vida? ¿Por qué algunas noches me despierto y descubro que me falta el aire, y recuerdo como real el frío de una cabaña en Finlandia, y me encuentro con las hilachas de la angustia y el exilio, y me ahoga la cobardía de no haber tenido la voluntad de suicidarme?

Es la fragilidad de la paz la que nos devuelve al escalofrío y a la incertidumbre. Es la velocidad infernal de la desgracia, que acecha como un águila en la noche, la que sigue allí escondida para quitarnos todo y dejarnos aferrados a un volante y pensando que la única opción es morir solos en Finlandia, con los ojos secos de no llorar.

Por suerte, casi siempre es un tronco y vivimos en paz. Pero todos sabemos, por debajo de la risa y del amor y del sexo y de las noches con amigos y de los libros y los discos, que no siempre es un tronco, que no siempre es literatura.

A veces es Finlandia.

### **3. Tarifa plana de porro y otros avances**

El doce de septiembre del año dos mil noventa y ocho Woung viajará por segunda vez en el tiempo. Siempre, desde chico, había querido conocer a su tatarabuelo, porque Woung también es escritor, un joven escritor de veintitrés años. Al llegar a esta época, exactamente al dos mil cinco, Woung me dejó un mensaje en el contestador:

—“Hola, estoy buscando a Hernán Casciari, mi nombre es Woung. Usted no me conoce pero yo sí... Quisiera verlo. Llámeme por favor” —y me da el número de un teléfono móvil.

—Será un lector de tu blog —me dice Cristina, mientras le cambia los pañales a la Nina—, lo raro es que sepa el número del fijo. Esta gente generalmente te llama al móvil.

—Y ni siquiera.

Es cierto. En el dos mil cinco ya empezaban a contactarse algunos lectores conmigo, para quedar a comer o cosas por el estilo, pero siempre lo hacían por mail al principio, tímidamente. Nunca llamaban a casa, nunca decían “quisiera verlo”. Pero a mí me extrañaban más otros detalles:

—Lo raro también es el nombre —le digo—: nombre chino, acento argentino. Y además me trata de usted, pero tiene la voz de un pibe joven.

Como soy un poco miedoso con los desconocidos y un poco indiferente con los desvergonzados, no lo llamé un carajo. Entonces pasaron tres días y al lunes siguiente sonó otra vez el teléfono. Esta vez yo estaba en casa jugando con la Nina.

—Hola, soy Woung, ¿está Hernán Casciari?

—Él habla.

—Necesitaría verlo —me dice—. Me vuelvo esta noche y solamente hice el viaje para conocerlo a usted. Si no le molesta paso por su casa en un rato.

—No sé si voy a poder atenderte, mi mujer no está y yo estoy con mi hija, y es un quilombo si viene gente...

—Mejor, mucho mejor —me dice—. También quiero ver a la bisabuela.

—¿A qué bisabuela?

—Yo le explico cuando nos veamos. Por favor, Hernán. Sería un rato nada más, unos mates, hablamos un poco y me voy.

Lo del mate me da una cierta tranquilidad.

—Bueno, qué sé yo, como quieras. Te paso la dirección, ¿tenés para anotar?

—Estoy acá cerca, en la Sagrada Familia, y la dirección me la sé de memoria desde la otra vez —me dice—. Ahora mismo le toco el timbre. Usted vaya poniendo el agua.

Casi no tuve tiempo de pensar cómo podía ser que tuviera mi dirección *desde la otra vez*. ¿Qué otra vez? No había pasado un minuto desde la conversación telefónica y ya estaba sonando el portero eléctrico. En vez de abrir desde adentro, como hacía siempre, salí afuera para orejear la cara del invitado través de la puerta de la calle.

Lo que vi fue a un muchacho medio chino, oriental mezclado con cristiano, esa gente híbrida que hay ahora, esa gente moderna y cosmopolita. Bien vestido, eso sí, y con una media sonrisa gigante en la cara. Me estaba saludando con la mano.

Le abrí la puerta con un poco de miedo y me dio un abrazo. Al verlo hacer dos gestos, el corazón me dio un salto: su cara me sonaba conocida, pero no recordaba de dónde. Me preocupaba sin embargo esa familiaridad, sobre todo cuando él estaba serio. En cambio cuando se reía era más chino que nunca, y eso me parecía mejor.

Después de los saludos en el rellano se metió en casa sin pedir permiso y se fue derecho al sofá donde estaba la Nina. Mi hija lo miraba sin miedo: cosa extraña en ella, que era muy estricta con los recién llegados. Cuando era un bebé, solía ponerle mala cara a toda la gente nueva hasta que no le dieran caramelos o pan. Pero al chino lo miraba feliz, como si fuera un juguete.

—Yo a usted no llegué a conocerlo —me dice Woung apretándole los cachetes a mi hija—, pero a Nina sí. A ella sí que la conozco, ¿cierto, Nina?

La Nina dice que sí con la cabeza. Es el colmo.

—¿De dónde la conocés a la Nina, del fotoblog? —le pregunto con algo de resquemor, como si de pronto supiera que no tendría que haberle abierto la puerta a ese hombre, al menos no con mi hija dentro.

—No, de ahí no —me dice—. Nina es mi bisabuela, por parte de madre.

Me recorre un frío por la espalda. Me dan miedo los locos, desde siempre les tengo fobia, porque nunca sé cómo hay que reaccionar ante su desdoblamiento. Hago un esfuerzo por entender de una manera lógica lo que ha dicho:

—¿Tu bisabuela también se llama Nina? ¿Eso me querés decir? —pregunto, y lo miro a los ojos, pidiéndole en silencio que no diga lo que sospecho que está a punto de decir. Pero va y lo dice, un segundo después de que yo adivine lo que va a decir, él sonríe y lo dice:

—Nina es mi bisabuela, Hernán. Usted es mi tatarabuelo —se sienta en una silla, como si estuviera cansado, como si ya no importara nada más, y remata—: y yo vengo del futuro.

En la tele sin sonido hay dibujos animados que Nina observa sin pestañear. Todo lo demás en mi casa es silencio, y un chino loco que me mira.

—Venís del futuro —repito despacio, sin perder la calma, poniéndome entre el recién llegado y mi hija, midiendo la puerta, buscando con la vista algún tramontina para defenderme del ataque inminente del desquiciado.

—Del año dos mil noventa y ocho —me dice—. Éste es el árbol, mírelo tranquilo.

Me pasa un pedazo de papel escrito a mano, con el dibujo de un árbol genealógico muy desordenado y tembleque, como si hubiera sido redactado durante un viaje en tren. Lleno de líneas, flechas y círculos que omito, el papel viene a decir algo así:

“Nina se casa con Fernando (un abogado uruguayo) y da a luz a Marc, en 2026. Marc se casa con Dai-ki, coreana, y tienen a los gemelos Yuan y Andreu en 2051. Yuan se casa con un abogado argentino y nacen Li (2070), Lucas (2072) y Woung (2075).”

Del otro lado del papel hay un mapa para llegar a la Sagrada Familia, al Parque Güell y a otros centros turísticos de Barcelona. Le devuelvo el ‘árbol’ y lo miro a los ojos, sin gestos. Lo estoy estudiando lentamente.



A decir verdad, el chino no parece peligroso en un sentido físico. Quiero decir, no parece inquieto o desesperado por matarme. Toda su locura, por el momento, es verbal. Pero yo me he cruzado muchas veces con locos: sé que son paulatinos, sé que su alucinación va siempre *increscendo*, que nunca hay que confiar en la serenidad de sus manos. ¿Para qué mentir? Estoy cagado de miedo. Mi hija tiene un año y medio, hace solamente dieciocho meses que la tengo conmigo. Yo me he cruzado con locos muchas veces, y siempre supe defenderme, siempre supe moderar una situación con una dosis de psicología, o por lo menos supe salir disparando a tiempo. Pero ésta es la primera vez que estoy poniendo en peligro algo más importante que mi vida. Nina está ahí, en el sofá, con sus ojazos inocentes. Y yo estoy cagado de miedo.

Tiempo. Necesito hacer tiempo para saber cómo actuar, de qué modo sacarme de encima a este chiflado.

—No me cree —me dice el chino.

—¿Debería?

—En realidad, pensé que me iba a costar menos convencerlo, una vez que viera el árbol genealógico —me dice—... Yo leí una teoría suya, ¿se acuerda?, en la que usted dice que los extraterrestres no existen, que somos nosotros mismos en el futuro. Usted mismo ha escrito alguna vez eso.

—Suelo escribir muchísimas boludeces, demasiadas.

—Pero ésta era verdad —me alienta—. Déle, ¿por qué no se sienta y se relaja un poco? —me acerca una silla—. ¿Quiere que ponga el agua, que tomemos unos mates?

Entonces me decido por una estrategia y actúo.

—Podríamos hacer lo siguiente —le digo, con mucho tacto, fingiendo mirar el reloj con naturalidad—. Yo tendría que llevar a Nina a la guardería ahora mismo. Si querés nos encontramos en el bar de la esquina, en media hora. Me esperás ahí y charlamos. Toda la tarde, ¿qué te parece?

—No vas a venir —me dice, y entonces me tutea.

—¿A dónde? —me empiezan a temblar las piernas— ¿A dónde no voy a ir?

—Al bar. Te voy a esperar una hora, dos horas, y después llega un guarda civil y me pide los documentos. Vos estás en la casa de tus suegros. Me mandás a la policía por teléfono porque pensás que estoy loco, que quiero hacerte daño.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Era ésa exactamente mi idea, exactamente ésa, punto por punto.

—No, nada que ver... ¿Qué te hace pensar así? —le pregunto.

—Ésta es la segunda vez que vengo a verte. La primera me mandaste la policía. Yo te estaba esperando en el bar. Ahora ya aprendí, por eso te traje el árbol, para que me creas.

—¿Es tu segunda vez? —digo, sonriendo de pánico— ¿Esto es como “El día de la marmota”?

—Sí... Y vos sos Andy McDowell —me dice, y se ríe como un chino feliz—. Mirá. Vamos a hacer las cosas bien. Yo no pienso hacerte nada malo, ni a vos y ni a ella. ¿Cómo voy a hacerles algo malo si son mi sangre? Solamente vine para charlar un rato, para conocerte.

—Estás loco, hermano, no podés pedirme que te crea —le digo.

—En un minuto, justo en un minuto, va a llamarte tu mujer al móvil —me dice—. Preguntando si yo vine. Eso pasó la primera vez, y va a pasar ahora de nuevo. En cincuenta segundos, exactamente. Con ese dato te convenzo de que es cierto todo lo que digo. ¿Te convenzo con ese dato? Treinta segundos y suena el teléfono. ¿Con eso te quedás tranquilo?

No le respondo; me muerdo el labio. ¿Tranquilo, me quedo tranquilo con eso? Miro el móvil que está sobre la mesa. No sé qué quiero que pase. No sé si prefiero que no suene, y saber que estoy frente a un loco peligroso que sabe karate; o si prefiero que suene, que sea Cris la que llame, y entonces saber que el chino que sonrío es, realmente, mi tataranieta que ha llegado del futuro en una nave nodriza o algo así. No sé qué quiero.

—Veinte segundos —dice Woung—. Cuando llame tu esposa, decile que todavía estoy acá, que estamos charlando, que soy un lector de tu blog, que está todo bien. No la alarmes, es al pedo... Yo mientras voy a poner el agua para unos mates —me guiña un ojo y dice:—Diez segundos y suena. Tranqui.

Woung se levanta y se mete en la cocina. Me quedo quieto. Escucho el agua caer como una lluvia en el fondo de la pava, el fuego que se enciende, y su voz, la del chino, que dice muy despacio: “cinco segundos, y cuatro, y tres...” Todo parece un sueño.

Y entonces suena mi teléfono móvil. Es Cristina: quiere saber si vino el lector raro, si ya se fue, que cómo era, que qué quería.

—A la noche te cuento —le digo—. Estamos tomando mates acá en casa. Más tarde te llamo, la Nina está viendo la tele. Un beso.

Cuando cuelgo, Woung saca la cabeza por la puerta de la cocina, sonriendo con su sonrisa de chino, y me dice:

—Tomás con sacarina y un chorrito de limón, ¿no? Como toda la familia.

—Sí, Woung —le digo—, como lo toman ustedes.

El chino no mentía. Dos años antes, yo había publicado en internet una teoría absurda sobre los platos voladores y la descendencia humana, una hipótesis de drogadicto feliz que únicamente pretendía hacer reír a los lectores de mi blog. En ella explicaba que los extraterrestres somos nosotros mismos en el futuro; es decir: son nuestros bisnietos, que están paseando en plato volador por esta época. Postulaba que en el futuro —y asumiendo que la tele transportación ya es un hecho consumado— estaría prohibido relacionarse con la gente antigua en los viajes temporales, dado que estos contactos, peligrosísimos, provocarían realidades paralelas, duplicación del instante y otros muchos contratiempos (nunca mejor usada la palabra). Mi teoría se basaba también en otras cosas. Una de ellas era que los extraterrestres suelen aparecer en momentos claves de la historia. En su cuaderno de bitácora, Cristóbal Colón apunta (hacia las diez de la noche del once de Octubre de mil cuatrocientos noventa y dos), que tanto él como otro tripulante de su carabela pudieron divisar “una luz trémula a gran distancia”, la cual se desvanecía y volvía a aparecer reiteradamente. ¿Podía ser tanta la causalidad? ¿No era más probable que haya sido un contingente escolar del futuro, de excursión por la historia, en vez de unos selenitas, los extraños acompañantes voladores del intrépido genovés?

El tema de las abducciones y desapariciones de personas era otro punto fuerte de mi teoría. Para mí, la gente que chupada por un ovni se va a mandar alguna cagada grande, y los del futuro lo que hacen es prevenir, como dios manda. Por ejemplo: un tipo está a punto de coger con una señora y nueve meses después nacerá un pequeño Hitler. Entonces vienen los del futuro y lo abducen al padre, para que no coja. Lo podrían castrar que sale más barato, es verdad, pero quién sabe si después el castrado no va y adopta. Los del futuro suelen estar en todo. A muchos no les quedaba claro (al evaluar mi teoría) por qué los extraterrestres hacen esos pictogramas tan raros en los campos de trigo. Y yo les revelaba que quienes trazan esos círculos perfectos son los bisnietos de los dueños de los campos, concedores de que luego el antepasado cobrará un dólar la visita. ¡El negocio es redondo, como los propios dibujos! Si yo pudiera volar al siglo diecinueve, haría un par de garabatos de éstos en el patio de los Casciari, para fomentar el turismo mercedino y que mi familia haga unos mangos. Así que ahí estaba la explicación.

Hace dos años yo creía, un poco en serio, un poco en broma, en mis propios disparates. Y decía, además, que quería estar vivo para verlo. “A mí —escribía en mi blog— me genera mucha más ansiedad conversar con

mi bisnieto que con un desconocido de Júpiter, con el que no tengo el menor lazo sanguíneo ni muchos temas de conversación”.

A veces hay que fantasear menos. A veces hay que callarse. Ahora, en mi cocina, había un chino que decía ser mi tataranieto. Un lector desquiciado, posiblemente, que antes de irse intentaría matarme. Yo estaba sentado en la mesa pensando en esto cuando él volvió de la cocina con la pava humeando y el mate.

—No quiero saber qué va a pasar conmigo —le dije—, no quiero saber qué va a pasar con las personas que quiero. No quiero que se te escape una sola palabra ambigua; no quiero pistas.

El chino asentía en silencio.

—Respetá mi vida, Woung, respetá la felicidad de este noviembre en donde nadie se me ha muerto, quiero seguir acá un tiempo, no quiero que la sombra de tus datos me tapen el solcito— le dije al hombre que decía ser mi tataranieto—, lo que yo quiero saber del futuro es lo superficial, el chusmerío; soy demasiado cagón para todo lo que importa.

Woung me miraba serio y asentía. Ponía la boca como en el momento antes de escupir la gárgara, como diciendo: *usted tranquilo*.

—A no ser —le digo, con cautela— que yo en el futuro sea un líder de la resistencia contra las máquinas inteligentes; en ese caso, si soy un héroe y tu generación me idolatra, contame todo.

—No, abuelo. Usted no es nada de eso.

—Mejor, porque estoy a favor de las máquinas. ¿Y ustedes qué? —le pregunto— ¿Vienen seguido acá al pasado, o es una moda nueva?

—Viene bastante gente a comprar porro, porque allá casi no hay. Pero así como yo, a visitar antepasados, muy poco. Es un viaje incómodo, y bastante caro.

—¿No hay porro en el futuro? —se me pone la piel de gallina.

—Como haber hay —me dice Woung—, lo que ya no existe es esa cosa tan linda de ustedes, de armarlo, de ver la hoja, de fumar echando humo. De eso no hay más.

—¿Y cómo fuman porro ustedes?

—Tenemos tarifa plana —me dice—. Pagamos por mes un precio fijo, y hay empresas que te dan el servicio, directo a la cabeza.

—¿Están todo el tiempo drogados?

—¡No! Bueno, la mayoría no. Yo ahora estoy desconectado, porque estamos hablando. Pero si quiero un poco, parpadeo tres veces y ya me sube. Es práctico.

—Más que práctico. ¡Es buenísimo! —le digo— No hay que ir a comprar, no hay que esconderse por ahí, nunca llevás nada encima...

Empezaba a tranquilizarme.

—Y además no te hace falta fingir —me dice Woung—. Si estás drogado y se aparece tu vieja, parpadeás dos veces y ya estás pilas. El tiempo que haga falta.

—Qué maravilla, el futuro —le digo—. ¿Y cuánto sale por mes, la tarifa plana de porro?

—Hay varios precios. Yo tengo el servicio de Vodafone, que sale 11 minutos al mes.

—¿Once minutos?

—En el futuro no hay dinero —me dice Woung—. El valor máspreciado es el tiempo. Todos nacemos ricos, digamos. Cada chico que nace, tiene unos cien años de crédito. Después crecés y vas gastando tiempo. ¿Querés comprarte una moto? Te cuesta seis meses. ¿Una casa? Un año y pico. Todo lo que comprás se te va debitando. Y todo lo que vendés, se te acumula.

—No entiendo.

—Imaginate que te vas con una puta —me dice Woung—. Una puta cobra 30 minutos un servicio completo. Cuando terminás de cogerte a la puta, vos tenés media hora menos de vida, y la puta media hora más. Es fácil.

—¿Y entonces quiénes son los ricos en el futuro?

—El concepto de riqueza varía según los intereses de cada quién. Por ejemplo, yo tengo veintitrés años, es decir, tengo un capital suficiente para tener siete coches, dos chalets, y darme la gran vida durante cinco años más y morir. O también tengo la posibilidad de vivir sin lujos hasta que cumpla los ochenta o los noventa. Cada uno hace lo que quiere.

—¿Y la gente que suele hacer?

—Hay de todo. Los conchetos se mueren jóvenes —me dice Woung—. Yo soy del grupo que vive despacio para llegar más lejos. Hasta ahora, mi gasto más extravagante fue el de venir a verte. Este viaje me costó tres años. Es carísimo.

—¿Te vas a morir tres años antes por mi culpa?

—No, no se mide de esa manera... Digamos que voy a vivir lo que me quede con la alegría de haber hecho lo que tenía ganas de hacer.

—¿Y el trabajo, entonces? —quiero saber— ¿Cómo funciona, cuánto gana la gente en el futuro?

—La gente gana exactamente lo que trabaja —me dice Woung—. El que trabaja seis horas al día, gana seis horas al día. El que trabaja cuarenta horas a la semana, gana eso. Y se puede vivir sin trabajar, pero claro, vivís menos.

—Entonces el trabajo cualificado no cuenta —digo—. Un carpintero que tarda dos horas en hacer una silla, y un poeta que tarda dos horas en componer un poema ganan lo mismo.

—Exacto: cada uno gana dos horas.

—¿Pero si el poema es maravilloso?

—Esa es una gran tara de tu sociedad... Creer que un poema puede ser más maravilloso que una silla.

—¿Y los ladrones entonces, qué roban si no hay dinero?

—No hay ladrones —me dice Woung—, ni crímenes económicos. Sólo, cada tanto, algún crimen pasional.

—Entonces habrá cárceles.

—No. Hay multas. Te multan con los años exactos que le quedaban de vida a la víctima. Si matás a un tipo de treinta años que tenía setenta de capital, tu multa son cuarenta años. Muchas veces significa pena de muerte. Casi nadie mata a nadie. Tampoco hay suicidios. ¿Para qué vas a suicidarte, si podés comprarte lo que quieras con lo que te resta de tiempo y morir en la opulencia?

—¿Entonces no hay malos?

—¡Claro que hay malos! Los pesados, por ejemplo. Esa gente que te cruzás en la calle y se te pone a hablar y te hace perder el tiempo. Los densos. Ésa es la gran escoria de mi sociedad. Los que tardan mucho para contarte un chiste, los que te hacen esperar en el auto, los que te invitan a fiestas aburridas... El que te hace perder el tiempo sin disfrutarlo; ésos, son lo malos.

—¿Y la política, cómo funciona?

—Ya te dije, no hay ladrones.

—Pero me imagino que en cada país habrá un presidente, y que al presidente lo elegirán entre todos. Una democracia, algo así.

—Cuando acabamos con las enfermedades —me dice Woung—, y pudimos lograr que el mayor capital humano fuese la salud (es decir: el tiempo de sobre vida) acabamos también con el capitalismo y con el comunismo. Acabamos con todo. Nadie tiene nada que otro pueda robar para su beneficio. Si matás a alguien, no te quedás con su tiempo extra.

Entonces, ¿para qué matarlo? En el mismo sentido, ¿para qué necesitamos democracia y boludeces si todo está en orden siempre?

—Me emociona esto que me estás contando, Woung —le digo sinceramente—, pero tiene que haber grietas, tiene que haber fallos. Somos humanos, y estamos hechos para cagarlo todo y hacerlo mierda. ¿Dónde está el fallo?

—Los fallos también son una tara de tu sociedad, abuelo. Con el tiempo las cosas irán mejorando mucho. Te lo garantizo.

Woung se fue de casa casi de noche, y me dejó una sensación extraña de paz. Estaba claro que yo no llegaría a vivir de esa manera (fumo demasiado para tener esperanzas a largo plazo) pero quizás Nina, mi hija, sí pueda ver ese mundo en donde el capital humano más importante es el tiempo.

Parpadeé tres veces, no fuera cosa que el wifi de porro con tarifa plana durase todavía en el comedor de casa, pero no pasó nada. Entonces abrí la cajita feliz y me armé uno de los antiguos, de los que se enrollan con los dedos, de los que cuestan diez euros o veinte pesos en cualquier esquina. Y me quedé pensando en Woung, en el pasado, en los futuros posibles. Y en una cuestión de la que habla mucho Javier Marías en sus novelas, que tiene que ver con que la gente, a veces, te cuenta cosas que no querés saber. Pasadas o futuras, no importa. *“No debería uno contar nunca nada, ni dar datos ni aportar historias ni hacer que la gente recuerde”*, dice Marías. Un poco antes, cuando la Nina todavía no había nacido, fui el involuntario Woung de otra persona. Quiero decir, me metí en la vida de alguien sin pedir permiso, para narrar, desde el futuro, sucesos muy antiguos que el otro no me había pedido conocer.

El otro, en este caso, era un pintor argentino llamado Hugo Laurencena, con el que nosotros, el Chiri y yo, habíamos tenido un contacto muy breve en nuestra primera juventud. Breve y difuso. Mucho tiempo después encontré, por casualidad, su correo electrónico en una página web, y le conté la vieja historia que nos unía.

Vamos a ver, le decía yo en esa carta. Dejame que haga memoria. Esto que te voy a contar pasó hace casi muchos años, en Buenos Aires. El kiosco estaba en Santa Fe casi esquina Cerrito. Un *drugstore*, toda la noche abierto. Vos venías de Alexis, haciendo zigzag y hablando solo. Un borracho más a las dos de la mañana, pensamos nosotros. Los ojos colorados, media sonrisa. No me acuerdo qué nos pediste: cigarrillos, lo más probable. A esa hora no es difícil que se te pongan a hablar los borrachos. Estábamos acostumbrados. Chiri hacía, los viernes, horario nocturno en el *drugstore*, y yo le hacía al aguante. No tenía por qué, pero somos amigos desde la comunión, y ése no era un trabajo interesante; yo

le daba charla, por lo menos. Vos apareciste borracho, pero con clase. Atrás tuyo entraron tres turistas ingleses (las dos chicas estaban buenas). Nos dimos cuenta que tenías clase porque a ellas les decías chanchadas llenas de altura. No sé cómo vino la mano, pero al rato estábamos tomándonos con vos unas Coronitas en el mostrador.

No te creímos una sola palabra. Nada de nada. Nosotros, antes de que llegaras, estábamos escuchando a Piazzolla en un grabador. Todavía no se había muerto Piazzolla, estábamos en el año noventa y dos, pero no era invierno. Cuando, en medio de tu borrachera, entendiste que aquello era *La Muerte del Ángel*, nos empezaste a hablar de Piazzolla, pero de un modo extraño. Como si lo conocieras. Chiri y yo nos mirábamos de reojo. Vos le decías “*el Gato*”, y decías que habías comido con él en no sé dónde. Un borracho con imaginación.

Al rato nos empezamos a caer bien. O nos caía bien la noche. Una de dos. Dijiste:

—Tengo que volver a Alexis, pero en media hora vuelvo y nos vamos a mi casa a tomarnos la última — y te fuiste al cabaret, otra vez haciendo zigzag y hablando solo.

Chiri y yo teníamos poco más de veinte años. Ni vos tenías porte de puto viejo, ni nosotros de pendejos tiernos. Sin decirnos nada, supimos que no nos querías coger. Que no iba por ahí. Que posiblemente todo era tan simple como que te querías tomar la penúltima en tu casa, y no estar solo. Si hubieras sido un borracho denso, si no hubieras dicho treinta cosas inteligentes en media hora, habríamos cerrado el kiosco sin esperarte.

Pero habías hablado, arrastrando todas las erres del mundo, de cosas importantes. Nos habías confesado que no entendías dos frases. Una: “*Hace calor o soy yo*”. La otra: “*Cualquier cosita llamáme*”. A nosotros nos pasaba lo mismo: no entendíamos cómo la gente era capaz de hablar sin entender, automáticamente, diciendo cosas que no tenían gollete. Pero solamente podíamos hablar entre nosotros sobre esas barbaridades. Por eso fue que cerramos el kiosco y te esperamos. Porque aunque estuvieras borracho y aunque nos mintieras una amistad con Piazzola, podías ver el mundo, el pequeño mundo, el más imbécil, tomándote unas Coronitas.

Volviste tarde de Alexis, haciendo zigzag. Metimos otras cervezas frescas en un bolso y te seguimos. Encaramos Cerrito. No me acuerdo por dónde fuimos, pero era cerca. Si tuviera un mapa (ahora vivo en Barcelona) o si estuviera cerca Chiri, que se acuerda de todo, te decía por dónde fuimos, pero es una parte que se me escapa de la memoria.

Era cerca de una embajada, eso sí. ¿La de Israel, la de Francia? Antes de llegar, quisiste cruzar por otra parte, había una barranca importante y



a la tarde había llovido. El tema es que resbalamos, los tres. En realidad resbalaste vos, te agarraste de mí, yo de Chiri, y nos fuimos todos en picada. Nos pusimos de barro hasta el culo, pero la risa que nos dio valió la pena.

La cara del portero de tu edificio fue para hacerle una foto. Cuando te vio llegar con nosotros, tu cara llena de barro, nuestros ojos llenos de risa, hizo un gesto de *"otra vez, don Hugo, ya está usted grande"*. Tu portero te dio una botella de whisky casero, sin etiquetas. Dijo que alguien te lo había traído de regalo y lo había dejado en recepción. Nosotros mirábamos el edificio, demasiado imponente para que viviera ahí un borracho que no tenía dónde caerse muerto.

Yo te creí lo de Piazzolla cuando entré al atelier y vi, pegada en la pared con una chinche una foto tuya, sentado a la mesa con Fellini. La puta madre. Después vimos los cuadros. Estabas terminando la serie de los zapatos. No me acuerdo si el *Autorretrato* estaba allí, o si lo vi más tarde, otro año, en otra parte.

Nos sentamos en unos sillones. Pusiste de fondo la MTV. Ni siquiera me acordaba al día siguiente de qué hablamos todo ese tiempo. Así que es imposible que me acuerde ahora. Desde que llegamos, borrachos paulatinos también nosotros, todo se me desdibuja. Solamente me queda una sensación de pequeño viaje al fondo de Buenos Aires, de conversación fluida, hiperactiva y absurda.

Creo que nunca supiste nuestros nombres. Nosotros te los dijimos un par de veces, porque vos lo preguntabas bastante, como cualquier borracho. Pero también como cualquier borracho nos bautizaste. Toda esa noche fuimos Tito y Cepillo. A Chiri le pusiste Cepillo porque tenía el pelo gracioso. A mí no sé por qué me bautizaste Tito.

El milagro de entrecasa ocurrió ya entrada la madrugada. Hablábamos de algo y dijiste que habías nacido el dieciséis de marzo. Obviamente, dije "yo también" con la sorpresa que te da descubrir esas idioteces en medio de la borrachera, en medio de las grandes ocasiones. Hiciste un escándalo. Me pediste los documentos, te cercioraste, después nos abrazamos y dijimos que éramos hermanos. Para festejar nos llevaste a la azotea. Vos corregime si me equivoco, pero creo que estábamos en un piso veinticinco. Por lo menos eso parecía. Ya en la terraza, incluso nos subimos al techito del ascensor. Más arriba no podíamos estar.

Yo jamás había visto Buenos Aires de ese modo. Chiri tampoco. Había un viento que acá en Barcelona no hay. Tampoco hay noches así, en el primer mundo. Además teníamos veinte años, y teníamos la cabeza llena de cosas. Proyectos, guiones, novelas. No éramos porteños, para que se entienda. Estábamos convencidos que íbamos a vivir de escribir, tarde o

temprano. Y vos nos subiste a la parte más alta de una ciudad hermosa, y abriste ese whisky de regalo.

Me acuerdo unas pocas cosas más. Me acuerdo que cada vez estabas más borracho, pero que nunca perdías la clase. Me acuerdo de haber pensado: “Qué lástima, Hugo mañana no se va a acordar de todo esto”. Uno de los motivos por el que te escribo es solamente para que te acuerdes.

Había una bombita de veinte, encendida, colgando en la terraza. Detrás, todas las luces de la ciudad. Te la quedaste mirando un segundo, nos la señalaste, nos advertiste de su presencia invisible. Dijiste:

—¡Miren la impertinencia de ese foquito!

Esa boludez nos quedó grabada, a Chiri y a mí, durante todos estos años. Me parece que descubrimos que la gente que pinta ve otra cosa, ve distinto de lo que ve la gente que escribe. Descubrimos, en ese segundo, que no había otra palabra posible para ese foco: era impertinente, y era maravilloso que un pintor, incluso borracho, lo supiera tan fácil.

Nos despediste en el ascensor de la terraza. Ni siquiera volvimos al atelier. Vos querías seguir, pero Chiri tenía que volver al kiosco temprano. Antes de irnos, nos pusiste de espaldas, mirando Buenos Aires y dijiste textualmente:

—Todo esto es de ustedes, Tito y Cepillo. Dios no tiene nada malo para ustedes dos.

Bajamos. Nos fuimos a casa llenos de barro y con la cabeza como dos tambores. Durante algunos días nos llamábamos a nosotros mismos Tito y Cepillo. Durante algunos días les contamos a nuestros amigos sobre aquella noche, que parecía un cuento. Y estábamos felices de haber sido tus amigos esas cuatro o cinco horas.

Durante mucho tiempo quise escribir algo con esto que rememoro hoy. Nunca lo hice, porque no creo que pueda explicar qué tuvo de raro, o qué tiene ahora de milagro. Las palabras no sirven para todo. Contártelo esta noche es una manera de no quedarme con las ganas de haberlo escrito. Además sigo pensando que vos no te acordás —que no te acordaste nunca—, y no está mal que casi quince años después te lleguen estas incoherencias a la memoria como si fueran un *déjà vu*.

Para mí Buenos Aires se puede resumir en esa noche. Todo lo bueno que te puede pasar con un desconocido, pasó ahí. Para nosotros siempre fue un acontecimiento onírico, un hecho inicial. Algo ya nos decía, por esas épocas, que el mundo era maravilloso. Y vos viniste a decirnos que además era nuestro.

Un abrazo, Hernán.

Dos semanas después de enviar esa correspondencia, Hugo me respondió un mail increíble desde Cuernavaca, México. Para empezar, me decía, tú no eras Tito. Tú eras Cepillo. Y después me contó que aquella noche, que yo siempre creí invisible en su memoria, también había sido importante para él.

“Yo estaba en mis peores momentos”, me escribió Hugo Laurencena, “había vuelto a Buenos Aires después de vivir diez años en New York, había estado muy ilusionado con el regreso, pero me encontré con mis compatriotas stupidizados, como de costumbre, y sin nadie con quien hablar. Aquella noche fue terrible porque ustedes me mostraron que empezaban, no que volvían. Me recordaron cosas, que se podía hablar con gente... Esa noche fue terrible, sobre todo el desenlace. Cuando ustedes se fueron mis lágrimas llegaron hasta la planta baja, y el agua invadió los pasillos y se deslizó por el hueco de los ascensores veinticinco pisos hacia abajo; yo desmayado en el piso y sin darme cuenta de nada de lo que ocurría. Fue suficiente: una semana después regresé a Norteamérica para siempre, gracias a ustedes, por culpa de ustedes, no sé, el asunto es que allí encontré nuevamente mi centro. Qué alegría me has dado con tu mail, hermano. El espacio y el tiempo de esa noche, siempre, será infinito. Laurencena”.

Le reenvié el mail con urgencia a Chiri, que entonces estaba casado y ya vivía en Luján. Él tampoco podía creerlo... El rompecabezas completo de aquella madrugada había acabado de armarse lejos de Buenos Aires, con sus protagonistas en tres puntos diversos del mapa. A veces uno, por deformación profesional, o de puro mentiroso —que es lo mismo—, mejora las anécdotas para que causen un mejor efecto en el papel, o en la sobremesa donde se narran. Pero eso no ocurre porque las historias, en sí, no tengan buenos ingredientes por sí mismas, sino porque a veces su mística, su esencia, está escondida.

A veces no es necesario mejorar la anécdota. En ocasiones sólo hay que preguntarle al otro, al difuso, al que aparecía borroso en el original, cuál es su versión del asunto. A veces las historias son mejores a dos voces.

A su regreso de México, por ejemplo, mi amigo Comequechu nos contó una historia. Dice que va paseando, con su mujer y su hija, por las calles de Jalisco y entonces descubre, a dos pasos, la imponente Universidad de Guadalajara. En la puerta hay un cartelito con información para turistas, y lee que allí están los bustos de todos los ganadores del premio Juan Rulfo de literatura, que concede esa casa desde 1991. Sin dudar, arrastra a su familia por los pasillos.

—Vamos a ver el monumento a Cayota —les dice.

Ya no me acuerdo desde cuándo, ni por qué, Comequechu me dice *Cayota* en lugar de Casciari. En realidad, nunca se dirigió a mí usando nombre y apellido reales. En su cabeza siempre fui Cayota, y también lo soy para su mujer y para su hija, que me llaman de ese modo con toda naturalidad. Por eso a ellas no les sonó extraño el segundo sustantivo de la frase, *cayota*, sino el primero: *monumento*. El malentendido, sin embargo, tenía una explicación.

Un par de meses antes de su viaje a Norteamérica, Comequechu conoció la noticia de que yo había ganado un certamen literario llamado Juan Rulfo, pero nunca supo —no tenía por qué saberlo— que en el mundo hay dos premios con el mismo nombre. Uno bastante intrascendente que se otorga en Francia (el que gané aquel año) y otro importantísimo que se concede en México, y que no ganaré nunca. La diferencia entre ambas distinciones es abismal.

El galardón francés premia una obra puntual —un cuento, una novela corta— y ofrece una compensación económica discreta. El premio mexicano rinde homenaje a una trayectoria literaria, el cheque es suculento y, en efecto, cada ganador queda inmortalizado con un pequeño busto de bronce en el centro de exposiciones de la Universidad de Guadalajara, justo el sitio al que se dirigen ahora, con paso firme, Comequechu y sus dos mujeres.

En la sala principal del centro, sobre el mosaico ajedrezado y en medio de un gran silencio, los tres visitantes descubren por fin una breve fila de esculturas de metal, réplicas frías de escritores legendarios, y empiezan a buscar mi busto para sacarse, los tres, una foto conmigo.

Dan vueltas y vueltas alrededor de los bronce de Nicanor Parra, de Juan José Arreola, de Nérida Piñón, de Julio Ribeyro, pero no me encuentran por ninguna parte.

—Papá, papá, ¿dónde está Cayota? —pregunta Libertad, que entonces tiene cuatro o cinco años.

Un guardia de la Universidad, morocho y alto, que sigue al trío con la mirada desde el principio, se les acerca.

—¿Les puedo ayudar en algo?

—Disculpe —le dice Comequechu—, estamos buscando el monumento de Cayota, pero no está.

—¿Perdón, señor?

—Que estamos buscando el monumento de Cayota —repite Comequechu, más despacio—. ¿Todavía no lo construyeron?

Cuando Comequechu nos narra este diálogo, dos meses después de su viaje, el Chiri y yo nos desparramamos de la risa. Él todavía no conoce el error, y está convencido de que soy un mentiroso:

—¡Vos no te sacaste ningún premio, Cayota! —me dice— El policía me llevó con el rector, y yo le dije que era amigo tuyo, y que vos te habías ganado el premio Juan Rulfo de este año, y el rector se pensó que yo era amigo de Monte Hermoso.

—¡Monterroso! —corrige la mujer de Comequechu desde la cocina, y a nosotros nos duele la panza de la risa.

Algunas horas más tarde el Chiri y yo volvíamos a la Capital, después de haber pasado el día en la quinta de Comequechu, y no nos podíamos sacar de la cabeza esas imágenes mexicanas, absurdas y hermosas. Yo estoy seguro que fue allí, de camino a Plaza Italia, cuando Chiri utilizó por primera vez las palabras “anécdota mejorada” para referirse a esa clase de obsequio.

—¿Cómo habrá sido en realidad? —me preguntó.

—Yo creo que pasó por la Universidad de Guadalajara —intuí—, pero que ni entró.

—Pero entonces la historia se le tuvo que haber ocurrido ahí, los diálogos, todo.

—¿Y vos pensás que sabe que hay dos premios?

—¡Claro que sabe!

—No puede ser tan gracioso, el hijo de puta.

Quizá lo supiéramos desde antes, pero fue allí cuando le dimos verdadera dimensión a la honestidad que implica regalar una mentira donde es uno —el narrador— quien queda mal parado.

La mentira tiene mala prensa porque en general se utiliza con mezquindad: para sacar provecho, para vengarse de otros, para obtener crédito espurio, para fingir o alardear. Esa es la mala mentira. La buena mentira, en cambio, es generosa: ahí reside la única virtud de la mentira y de las mujeres feas. Ese pequeño detalle es lo que convierte a la mentira en arte, lo que le da categoría de ficción.

La mentira es un alimento nutritivo, pero debe ser emitida para salvar a otros del aburrimiento, no para salvarse uno de su realidad o su frustración. La historia de *Pinocho* no es verdad, pero Collodi no escribió esa mentira para ostentar, ni para dejar de pagar la cuota del coche, ni para que los demás lo creyeran musculoso. Urdió esa mentira para entretener a la gente, como Comequechu aquella tarde. Fue generoso y tuvo su recompensa: no le creció la nariz.

Volvimos a nuestras casas, esa noche, pensando en cómo Comequechu había escrito aquella historia en su cabeza, palabra por palabra, en cómo había pulido los detalles en el aburrimiento del avión, y de qué forma maravillosa nos había emborrachado un poco para soltar el cuento en la sobremesa. Le admiramos los gestos, los giros (*sacarse el premio, monte hermoso, o monumento* en lugar de busto), la participación de su mujer desde la cocina, su enfado al creerme un embustero. Todos los detalles y los esfuerzos de una puesta en escena que, bien mirado, sólo tenía por objeto hacernos felices un rato, después de comer.

Ahora estoy seguro. Fue esa noche, durante el viaje a la Capital, cuando entendí que debía aprender, con urgencia, a narrar igual que hablaba Comequechu. Que lo que a mí me interesaba contar no era la pura verdad, ni tampoco era el puro cuento. Hasta entonces yo escribía, sin darme cuenta, borradores insípidos, pero *la verdad* es agua que empieza a hervir, y *la ficción* es fideo seco, deshidratado. No eran estos ingredientes separados, sin un buen palote de madera, ninguna sopa caliente que alimentara a nadie. No a mí, por lo menos.

Aquel cuento mío que ganó el Juan Rulfo francés, por ejemplo, fue la última historia que escribí engañándome a mí mismo, sin ponerle pasión, sin involucrarme como Comequechu en las sobremesas. Y fue también el último texto que envié a un concurso literario. Aquel premio, de hecho, era una de esas típicas miradas francesas sobre el mundo latinoamericano. Si querías ganar tenías que presentar una historia de pobrezas dignas, donde por lo menos alguien volara, donde hubiera palabras sonoras que un jurado pudiese adivinar por el contexto. Realismo mágico, lánguidos llanos calurosos, cuánta mierda.

Escribí aquel cuento sin nada mío, sin alegría. Puse todos los elementos que podían fascinar a un francés encantado de sí mismo: pestes, inundaciones, milagros, y más o menos setenta palabras que no existen en ningún país latinoamericano, pero que suenan bien: *catinga, cueco, güiraina*. Por supuesto, me dieron el premio. Nunca tuve en mis manos la edición impresa, en francés, de aquella antología de cuentos latinoamericanos en donde aparecía *Ropa Sucia*, mi última mentira literaria, pero me imagino que les habrá costado poner las notas al pie con los americanismos falsos.

Dos semanas después de que Chiri acuñase la frase *anécdota mejorada* yo ya había vuelto a San Isidro y sonó el teléfono. Eran los franceses, que habían editado el libro con los cuentos premiados y querían hacerme un reportaje para *Radio France Internationale*.

La primera pregunta de la periodista, por supuesto, fue si mi cuento era autobiográfico, si realmente mi familia había sobrevivido al tifus

comiendo papalla tierna, si realmente mi hermanito el Jesús, muerto en la riada, había resucitado.

Estuve a punto de decirle que no, que era ficción, que yo vivía en San Isidro, al lado del hipódromo, pero me vino a la cabeza el almuerzo en la quinta de Comequechu. Su generosidad oral, la magia de sus medias verdades.

—En efecto —le contesté a la periodista, con un deje norteño— escribí el cuento después del tifus, como un desahogo... La peste había matado a mi padre y a dos hermanitos míos, y los pocos que quedábamos en casa nos fuimos acocochando, como zarugos alrededor de un fuego.

Del otro lado del teléfono la francesita anotaba todo, palabra por palabra, encantada de la vida.

Mi esposa Cristina también es europea, y a todas las cosas raras que yo le cuento sobre mi juventud en Argentina las resuelve de dos maneras: o me dice ‘eres un mentiroso’, o me dice ‘eso es realismo mágico’. En el fondo odio bastante ese prejuicio. ¿Por qué si un asiático levita es yoga, pero si levita un colombiano es un cuento de García Márquez? ¿Por qué si un hindú prescinde de los ahorros de toda su vida es ascetismo, y si lo hace un argentino es corralito? Hay mucho racismo intelectual en Europa.

Una vez le conté a mi mujer que al Director de Cultura de Mercedes, Alfredo Wiman, lo habían destituido del cargo por robarse un pan de manteca de un Minimercado. No me creyó ni siquiera cuando le mostré el recorte del diario local.

—Tú y tus anécdotas mejoradas me tenéis harta —me dijo.

Un día antes de la muerte de mi padre, por ejemplo, lo más complicado fue explicarle a Cristina que *realmente* teníamos que viajar a Buenos Aires. Los que vivimos tan lejos, con un Atlántico en el medio, sabemos (y nos aterra saberlo) que alguna vez tendremos que sacar un pasaje urgente, viajar doce horas en avión con los ojos desencajados, para asistir al entierro de uno de nuestros padres, que ha muerto sin nuestra cercanía. Es un asunto horrible que ocurre tarde o temprano, por ley natural. No es una posibilidad, es una verdad trágica que nos acecha cada vez que suena el teléfono de madrugada. Pues bien. Mi teléfono sonó una noche del año 2008.

—Tenés que venir —dijo mi madre, con la voz apagada de dolor, un jueves por la madrugada.

—¿Qué pasa?

—Papá se muere...

—¿Estás segura? —pregunté sin necesidad.

—Te estoy diciendo que se muere —se ofendió—. Él todavía no lo sabe.

—No le digas —aconsejé—, no hagas como siempre.

—No sé qué hacer, Hernán —me dijo llorando—, tenés que venir.

—¿Pudiste ver cómo se muere, cuándo?

—Accidente de tráfico, mañana viernes —me dijo con precisión milimétrica, y repitió— Tenés que venir.

Corté la comunicación con un nudo en la garganta.

Yo le había hablado muchas veces, a Cristina, sobre los presagios de Chichita, pero sin énfasis. Durante mis ocho años en España le conté anécdotas de mi infancia y juventud en donde mi mamá tenía clarividencias exactas y presentimientos puntuales, pero siempre lo hice restándole importancia, nunca le dije *toda* la verdad.

Y lo cierto es que la verdad me avergüenza. El que no ha nacido en una familia signada por las premoniciones no sabe, no puede saber cuánto sufre el hijo de una madre psíquica. Desde chico conviví con lo esotérico, sin desearlo en absoluto. Así como otros niños asumen que han nacido en una familia de carpinteros, o de intelectuales, o incluso de ciegos, yo asumí muy temprano que mi madre podía anticipar el destino. Nunca me pareció nada del otro mundo.

Al contrario. Cuando empecé a visitar a mis amiguitos, a entrar en otras casas y conocer a otras madres, me llamó siempre la atención que las demás señoras no tuviesen ni una pizca de percepción extrasensorial. Las madres ajenas esperaban ansiosas el boletín de calificaciones de sus hijos. En casa no.

Una vez, a los once años, me desperté contento para ir al colegio. Cuando estaba saliendo de mi habitación apareció Chichita, de la nada, y me reventó la cabeza de un sopapo.

—¡Tres semanas sin televisión! —me dijo enojadísima— Y a ver si estudiás un poco, sinvergüenza. ¡Caradura!

Dos días más tarde, en la escuela, me entregaron el boletín, lleno de malas notas. Cuando se lo di lo firmó sin mirarlo, no le hizo falta.

Y así siempre. Toda la vida. Una vez, con mis ahorros, me compré un cachorro de foxterrier, precioso, juguetón, y cuando llegué a casa encontré a Chichita haciendo un pozo en el patio:

—Le va a agarrar moquillo —me dijo triste—. Se te muere el dos de mayo. Ponele nombre rápido así le mando hacer una lápida.

A Roberto y a mí nos arruinó, sin querer, todos los mundiales de fútbol. En mil novecientos ochenta y seis, casi un mes antes de que empezara el



de México, Chichita salió a la plaza San Martín, con banderas y trompetas. En el noventa en cambio empezó a despotricar contra los alemanes desde abril. Y cuatro años más tarde, la tarde del partido inaugural, directamente nos dijo:

—Maradona se papea.

Por su culpa no podíamos enterarnos de nada a tiempo. Siempre supimos las cosas antes que nadie.

Pero lo peor de todo eran sus premoniciones personales. Las madres corrientes siempre están en contra de las novias de sus hijos, es verdad. Pero como mucho dicen ‘esa chica no me gusta’, o ‘es muy grande para vos’, nunca pasan de ahí. Cuando yo le presentaba una novia a Chichita, ella iba mucho más lejos:

—Cuidado con esa tal Claudia —me dijo una vez de una rubia de la que yo estaba enamorado sin remedio—, tiene cara de mosquita muerta pero en dos años va a asfixiar a su hermano en un piletón.

Mi juventud fue un infierno. Supe de muertes, de desgracias, de felicidades y de premios literarios mucho antes de que ocurrieran. A los quince años ya conocía que me iba a tocar Aeronáutica en Córdoba. A los diecisiete mi madre me arrastró de los pelos a rehabilitación, justo seis meses antes de que yo empezara a coquetear con la marihuana.

Una tarde del año dos mil ya no soporté más y decidí dejar Argentina para siempre. Soñaba con tener una vida normal, sin adelantamientos trágicos. Quería una historia de amor con final incierto, una mascota con la que poder encariñarme a ciegas, un Mundial de fútbol con semifinales inesperadas. No sabía aún dónde ir, pero quería estar fuera del alcance de los vaticinios de mi madre.

Llegué a casa convencido de que había que tomar un nuevo rumbo. Ya pensaría cuál. Cuando entré a mi habitación la encontré a Chichita, llorosa, metiendo mi ropa en una valija.

—Te conviene Barcelona —me dijo—, ahí vas a tener una familia hermosa.

No quiero decir que me vine a España *sólo* por eso. Hubo muchos otros factores. Pero también es verdad que aquí, a doce mil kilómetros, lejos de sus vaticinios, he vivido cada instante con más tranquilidad.

El día que vi, en directo, cómo caían las Torres Gemelas, sin que nadie me lo hubiera dicho antes, lloré de felicidad. ¡Qué alegría más grande fue para mí padecer, por primera vez, una tragedia al mismo tiempo que el resto del mundo!

*Mea culpa*, ya lo sé. Yo nunca le había hablado con franqueza a Cristina sobre los poderes de mi madre. Las visiones de Chichita eran mucho más que esas anécdotas edulcoradas que yo solté, tres o cuatro veces, al principio de mi relación. Pero yo no quería que mi mujer me creyese loco, ni mentiroso ni, lo que es peor, *demasiado* latinoamericano.

¿Cómo podía confesarle que Chichita podía ver el futuro con una claridad demoledora? ¿Cómo explicarle que su propia suegra era una *bruja*, pero no en el sentido doméstico de la palabra? ¿Cuál es el modo correcto de darle semejante noticia a un europeo de clase media?

Pero algo tenía que hacer. El reloj corría en mi contra y yo quería estar allí para el entierro, al menos. Iba a morir mi padre el viernes, en accidente de tránsito. Teníamos que viajar. Sí o sí. Y yo debía darle a mi mujer una razón lógica, primermundista, para volar con tanta urgencia a la otra punta del mundo.

Mis propias omisiones, mis vergüenzas, me habían acorralado.

Le di muchas vueltas al asunto, pero al final no tuve el valor de ser sincero del todo. Tampoco era conveniente mentir demasiado. Decidí ofrecerle a Cristina una mentira escondida entre dos verdades. Es una técnica a la que también llamo *sánguche piadoso*.

—¿Qué pasa? —me preguntó sobresaltada cuando colgué con mi madre— ¿Quién ha llamado a estas horas? ¿Por qué tienes esa cara?

—Era Chichita —verdad de arriba—. Dice que mi papá está muy enfermo —mentira del medio—, tenemos que salir para Buenos Aires —verdad de abajo.

Ese mismo jueves, por la noche, conseguimos tres pasajes —dos adultos, una menor— para el viernes temprano. No pudimos salir antes porque había que encontrar billetes a precios razonables, hacer maletas, adelantar trabajo, etcétera. Hice lo que pude, pero nos fue imposible salir más temprano. Llegaríamos a Ezeiza el viernes a las nueve de la noche. Allí nos esperaba un taxi para llevarnos a Mercedes. Ciento ochenta kilómetros más (unas dos horas) y estaríamos por fin en mi casa paterna.

Durante el vuelo, y aprovechando que la Nina dormía a pata suelta en un asiento de tres vacío, le dije a Cristina toda la verdad. El *sánguche piadoso* tenía como objetivo que se subiera al avión, era solamente un engaño puntual. A nueve mil pies de altura ya no era necesaria la mentira. ¿A dónde iba a ir la pobre? ¿Qué podía pasar si le decía la verdad?

Ocurrió lo peor; Cristina tuvo un ataque de nervios.

—¡Tres mil cuatrocientos euros más tasas! —gritaba en plena noche, con el avión a oscuras— ¿Cómo es posible que estemos tirando ese dinero sólo porque tu madre está loca?

—No está loca, Cris —intentaba calmarla yo—. Solamente es una madre especial. Nunca ha fallado un vaticinio, jamás en la reputísima vida.

—¡Nos estamos gastando los ahorros! —aullaba ella, enloquecida, mientras los pasajeros pedían silencio o se asustaban— ¿Cómo puedes creer en esas cosas?

—Creo en lo que veo, Cristina. No me importa si es sobrenatural. Yo soy incapaz de creer que un aparato de estos pueda volar con doscientas personas adentro, y sin embargo me subo.

—¡No es lo mismo!

—Sí es lo mismo. Mi mamá ve para adelante, no falla nunca. En vida he visto caerse a muchísimos aviones, pero mi vieja no falló jamás un vaticinio.

Mi mujer me miraba con odio, como siempre que le gano las discusiones.

—Sólo te digo una cosa —me susurró, apuntándome con un dedo—: si tu padre no se muere, olvídate de mí. Y de la niña. Más te vale que tu padre se muera hoy.

Nina, despierta a causa de los gritos, nos miraba en silencio, con los ojos enormes. Una azafata le acariciaba la frente e intercambiaba miradas con otra azafata. Yo las vi.

En Ezeiza no nos dirigíamos la palabra. Estuvimos media hora como dos imbéciles viendo desfilar maletas en una cinta, cruzados de brazos o hablando sólo con Nina, en medio de una tensión espantosa.

A las diez en punto subimos al taxi que nos llevaba a Mercedes. Le dije al conductor que hiciera lo posible por llegar antes de la medianoche. Fue un viaje trabado, denso, en el que no pude disfrutar de un paisaje que hacía cinco años que no contemplaba. La llanura... Hacía tanto que no veía el horizonte real, las vacas sonsas.

Cuando pasamos Luján tuve ganas de empezar a llorar. Eran las doce menos cuarto y yo estaba volviendo a Mercedes para enterrar a mi padre. ¿Lo vería al menos vivo por última vez, o ni siquiera eso? ¿Podría escuchar sus últimas palabras? Recostado en el taxi nocturno, pasando Flandria, recordé una madrugada en la que el ascensor de mi departamento de Almagro se quedó entre el tercero y el cuarto, y tuve que salir por el hueco junto a otros dos pasajeros. Del lado de afuera, el portero nos decía que lo hiciéramos sin problemas, que no habría riesgos. Y entonces descubrí mi fobia a partirme en dos y me paralicé de terror. Sudando la gota fría, inmóvil de pánico, empecé a desarrollar imágenes de mí mismo saliendo de la cabina; imaginé que el artefacto volvía a funcionar en ese instante y que mi cintura quedaba en medio de la

guillotina casual, partiéndome en dos como a un durazno. No podía moverme. Como mi abuelo Salvador era un poco campestre, crecí viendo a las gallinas correr unos segundos sin la cabeza, o a las ranas en la sartén mover las ancas a ritmo de foxtrot. Sabía que morir en serio es posterior al desgarramiento que te mata. Sabía que siempre hay unos segundos donde falla el sistema (seas rana, cristiano o gallina) en los que la sangre sigue subiendo por la cabeza y te deja actuar por última vez, aunque estés muerto. Y gracias a eso tuve la lucidez del condenado: pensé que cuando el ascensor me cortara en dos mitades, yo sería un medio hombre capaz de entender el universo, capaz de reconocer el problema de la muerte. Y me creí con tiempo de hacer un último chiste antes de desangrarme. “Me pica el pie, que alguien vaya a planta baja y me lo rasque”, algo que le dejara claro a los presentes que yo moría, sí, pero sin dejar nunca de ser un comediante.

En eso pensaba mientras viajábamos con Cristina y nuestra hija al entierro de mi padre. Fue esa decisión, la de morir fingiendo felicidad, la que le ganó la guerra a la parálisis. Fue más grande el deseo de ser legendario que el miedo a que me aplastase la mole. Mayor el triunfo improbable de que mis amigos convirtiesen en leyenda mi forma de morir, que el riesgo posible a que me matase un ascensor en la madrugada de un martes. Y salí. Y no pasó nada. Ni muerte ni rasguño ni dolor. Salí de la cabina y, desde ese momento, empecé a pensar minuciosamente en mis últimas palabras. Y así nació mi segunda fobia: la de morir sin decir nada. Sin últimas palabras. ¿Llegaría a tiempo para escuchar las de mi padre? Cuando divisé la ciudad de Mercedes supe también que uno deja de ser un chico cuando muere el padre. Había leído esa teoría mil veces, y la había comprendido. Pero entonces lo *supe*. Tuve ganas de que Cristina me abrazara, pero ella seguía con cara de culo, mirando para otro lado.

—Entre por la avenida Cuarenta, por aquella rotonda —le dije al taxista, que era porteño.

Entonces apareció mi barrio, las casas de mis amigos, los kioscos cerrados, las motitos con chicos nuevos encima. La penumbra de siempre, los mismos baches. El taxista seguía mis indicaciones, porque no conocía Mercedes. Le dije que pasara de largo por la avenida Veintinueve y que siguiera hasta la calle Treinta y Cinco, y después a la izquierda.

El choque fue justo ahí, en la esquina de la Treinta y Cinco y la avenida Cuarenta. Mi papá venía a pie, supe después, desde la casa de un cliente. El taxista se había volteado para preguntarme la altura de la calle y no lo vio cruzar. Lo agarramos de lleno, a la altura de la cadera.

No fui al entierro.

#### **4. Backstage de un milagro menor**

La última vez que había estado en Argentina no existía mi hija. Cinco años después volvía a pisar el país, y no existía mi padre.

En la ocasión anterior estuve allí veinte días en los que, sin saberlo, abracé a mi abuela Chola por última vez. Mi memoria empezaba a sumar muertos, mala señal. También conversé con gente querida, padecí a Racing en directo y pisé Mercedes. Llegué a Ezeiza con un presidente y me volví a Barcelona con otro. Al regresar a Europa pasaron dos cosas, al mismo tiempo, que abrieron un círculo en mi vida: empecé a escribir unos cuentos en internet y Cristina me dijo que estaba embarazada.

Todo ocurrió en septiembre de dos mil tres: vivíamos en un departamento del barrio de Gràcia que entonces nos parecía suficiente. Yo tenía un empleo nocturno, tan nocturno que me lo retribuían en negro, porque mi ciudadanía italiana no llegaba nunca. Era un trabajo periodístico aburrido, facilón y mal pago que, sin embargo, me salvó el bolsillo en las épocas que no portaba una nacionalidad decente.

Me levantaba a las dos de la mañana y me iba a una oficina de la Rambla Catalunya. Debía estar allí hasta las nueve, la noche entera, haciendo una labor absurda que no requería más de dos horas. Para no aburrirme las cinco restantes, abrí un blog y empecé a escribir en él como si fuese un ama de casa de pueblo.

Tenía tan fresco todavía el viaje a Buenos Aires, tan presente la música oral de Mercedes, que me pareció divertido llegar a la oficina cada madrugada y hacer una caricatura de mi barrio, una exageración de mi familia, un chiste interno de aquel descontrol que me había empapado durante veinte días. No buscaba nada escribiendo aquello, pero inventarlo me hacía feliz.

Una de esas noches, mientras tecleaba los primeros cuentitos, inició sesión Cristina en el messenger (ella en casa, yo en la oficina) y sin decirme hola escribió:

—Vamos a ser papás.

Dejé al ama de casa del blog hablando sola, las luces prendidas del edificio, el ascensor abierto, las llaves puestas, y me escapé del empleo nocturno a mitad de la noche, pidiendo a gritos un taxi, para que Cristina me repitiera esas cuatro palabras a la cara. No buscábamos un hijo, pero la noticia me hizo feliz.

Todo lo que pasó desde entonces fue veloz, extraño e imprevisto. La panza de Cristina creció, mi culo creció, el blog del ama de casa se llenó de gente desconocida. Cada vez hacía menos sacrificios en el empleo nocturno: dedicaba las noches, ya casi al completo, a escribir aquellos cuentos, que sin querer se estaban convirtiendo en una novela rara y espontánea.

Yo sabía que, tarde o temprano, mis jefes se darían cuenta de mi inoperancia descarada, pero busqué hasta el final un equilibrio entre el mínimo esfuerzo y el ocio permanente. Entonces, una tarde, nació Nina. Al mismo tiempo acabé aquel blog del ama de casa y comencé otro de textos breves, en el que me dediqué a despotricar contra España con la voz de un argentino quejoso. Poco después, y gracias a esos hobbies, ya no tuve que ir a ninguna parte a fingir un empleo, porque había encontrado —sin buscarlo mucho— el modo de hacer redituable el ocio, aniquilando el esfuerzo por completo.

Cuando tuve todo el tiempo del mundo otra vez conmigo, e incluso papeles que me permitían salir y entrar de España, tampoco volví a Buenos Aires. Preferí traer aquí a personas queridas que nunca habían visitado Europa. Invité primero a mi hermana Florencia para que conociera a su cuñada; después a Roberto y a Chichita, para que conocieran a su nieta; al Chiri para el Mundial de Alemania dos mil seis, etcétera. Volver a un sitio no siempre es regresar, a veces volver es sentarse a tomar mate con los de siempre, donde sea. Cada vez que ellos venían a casa, yo de alguna manera cruzaba el mar. La última invitación había sido para Roberto y Chichita. Estuvieron en nuestra casa, en el pueblo pequeño donde vivimos ahora, pasando las fiestas del nuevo año dos mil ocho. Allí fue, entonces, donde mi padre me dijo sus últimas palabras, donde nos abrazamos por última vez, donde conversamos sobre alguna cosa. *¿Quién nos dirá de quién, en esta casa, sin saberlo nos hemos despedido?*

No recuerdo sobre qué habrá sido nuestra última conversación cara a cara, pero lo puedo adivinar, porque nunca tuvimos muchos temas. El

fútbol nunca fue un monólogo en mi vida, sino una interminable charla entre dos hombres. Cuando Chichita estaba pariendo a mi hermana, a finales de junio del setenta y cuatro, Roberto y yo nos escapamos de la Clínica Cruz Azul al Bar Avenida (que está enfrente) porque televisaban la semifinal del mundial de Alemania. Allí, supongo, comenzó la conversación entre Roberto y yo. Yo tenía tres años. Él acababa de cumplir los treinta.

La charla siguió en las tribunas del Carlos Quinto, en Flandria, y en las plateas de la calle Pavón, donde una noche se cortó la luz mientras Rosario Central nos paseaba; yo tuve miedo, y sentí su mano. Una tarde de invierno, en el setenta y ocho, Paolo Rossi acababa de convertirle un gol al seleccionado de Austria. Era la primera vez que yo estaba en un Mundial; la suerte había querido que fuese en casa. Roberto había hecho malabares para que Chichita me dejara ir: yo era muy chico, y se rumoreaba que podían poner bombas en la cancha. Pero él insistió. Le dijo a mi madre:

—Si no lo llevo al Mundial en su propio país, ¿vos te pensás que cuando sea grande me lo va a perdonar?

Me resultó conmovedora esa fiesta de los ojos, todos aquellos gritos y colores; entonces le pregunté a Roberto cada cuánto tiempo habría mundiales en la vida. Me dijo que cada cuatro años, y empecé a medir nuestra historia con esa vara. Creo que tardé todo el segundo tiempo en sacar la cuenta (porque la matemática nunca fue mi fuerte) pero al rato concluí que durante el próximo —el del ochenta y dos— yo ya tendría once años. “Mierda, voy a ser grande”, me dije desde la pequeña altura de mis siete.

Durante el partido inaugural del Mundial de España, otra vez le pregunto a Roberto cuándo será el próximo mundial. “En el ochenta y seis”, me dijo, un rato antes de que Bélgica nos metiera ese gol injusto, en orsai clarísimo. “Carajo —pensé— esta vez sí voy a ser grande”. En esas temporadas de mis once años, la frontera entre chico y grande eran los catorce. No sé por qué, cuando sos chico alguien de trece todavía puede ser un amiguito, pero alguien de catorce ya es un señor y te caga a palos.

Cuando llegó México ochenta y seis yo ya tenía quince y me di cuenta de que, a pesar de mis predicciones infantiles, todavía no era grande: era pajero. Así que mientras Maradona hacía magia y Roberto cruzaba los dedos para que Bilardo perdiese, yo volví a sacar la cuenta con la mano que me quedaba libre. “En el año noventa, cuando empiece el mundial de Italia, me dije, tendré casi veinte: entonces sí voy a ser grande”, y me metí por cuarta vez al baño sabiendo que tenía el futuro asegurado.



Pero en el noventa, más que grande, me había convertido en drogadicto. Drogadicto es un escalón mayor que pajero (en la escala social, digo) pero por alguna razón secreta ambas actividades se desarrollan en los baños. En el noventa y cuatro fue el Mundial de Estados Unidos y creo que aún seguía siendo un drogadicto, ya no me acuerdo. No acordarse, en este caso, es la clave que posiblemente lo confirme. El asunto es que, por alguna causa, ser grande fue siempre una especie de horizonte que se movía conforme yo avanzaba, y mi padre conmigo.

Para el Mundial de Francia ya había dejado de ser un drogadicto y me había convertido en un vagabundo. Y en el Mundial de Japón ya era, como por arte de magia, un inmigrante. Pero la conversación interminable con Roberto Casciari siguió por teléfono, y por chat, y por mail. Fue un parloteo incesante que duró seis Mundiales, que empezó en Alemania setenta y cuatro y acabó en Alemania dos mil seis. Fue una conversación feliz que duró más de treinta años.

Ahora, a los cuarenta y tres minutos del segundo tiempo de cualquier partido, comprendo que no va a sonar nunca más el teléfono. El fútbol se ha convertido en un deporte. En un monólogo triste.

Una semana después de su muerte yo tenía que presentar mi primer libro en Buenos Aires, y no tenía de dónde sacar fuerzas. Estaba en la Argentina, después de cinco años; era una bolsa llena de nervios y de ansiedad. La gente de la editorial pensó que la presentación debía hacerla algún famoso, un personaje conocido del ambiente. Alguien a mi lado que hablara de mis virtudes y que oficiara de moderador. Yo les pedí, de rodillas, que no organizaran un evento de ese tipo, les dije que la gente famosa me hace tartamudear, que con alguien conocido al lado me costaría un Perú sentirme cómodo.

—Además estoy hecho un chanchito —les revelé—, y tengo acento gallego, y acaba de morir mi padre. No me lo hagan todavía más difícil.

—Pero es la presentación de tu libro —argumentaron—, y tiene que haber un presentador, ¿o querés estar ahí solo?

—No, solo ni en pedo.

Yo me doy cuenta, a veces, que mi intransigencia parece absurda. Que cancelo caminos sin abrir puentes. Que planteo los problemas pero no ofrezco una puta solución. Pero no son caprichos vagos: es que puedo oler el careteo a kilómetros de distancia, y hace muchos años decidí dejar de sonreír sin ganas. ¿Qué voy a hacer yo al lado de un tipo que no me conoce y al que no conozco? ¿Fingir qué, para qué? ¿Y qué voy a hacer ahí solo, muerto de miedo, si hace siglos que desterré el esfuerzo de la responsabilidad y de la compostura?

—Hagamos lo siguiente —me propusieron las chicas de la editorial, que son un canto a la paciencia—: nosotras vamos buscando el lugar, alguna librería grande de Buenos Aires, y vos, mientras tanto, pensá en el nombre de algún personaje conocido que no te intranquilece mucho. Pero necesitamos un presentador, Hernán: sí o sí.

Estuve tres noches dándole vueltas al asunto, recorriendo de punta a punta la encrucijada, en vano. Ya casi estaba al borde de aceptar a cualquier famoso que me propusieran, pero cuatro días antes, mientras cagaba, tuve una revelación fundamental. A veces ocurre que las soluciones se encuentran tan al alcance de la mano, las respuestas tan a la vista, que somos incapaces de verlas con claridad. Hablé por teléfono con las chicas de la editorial y les comuniqué, lleno de alegría, mi decisión:

—Quiero que el presentador sea el Chiri —les dije.

Del otro lado del teléfono se hizo un silencio.

—¿Quién?

—El Chiri —repetí—. Es el único que me tranquiliza.

—¿Pero es conocido?

—¡Claro! Lo conozco desde que hicimos la Comunión.

Intentaron hacerme entrar en razones, primero con delicadeza y después con súplicas. Pero yo ya había tomado una decisión inquebrantable. O el presentador era Chiri o me volvía a España y que se metieran los libros en el culo.

Tuvieron que aceptar.

Una vez que, a regañadientes, me dieron el sí definitivo, me faltaba convocar al conocido en cuestión. Entonces mandé un mensaje de texto al teléfono del Chiri:

¿Podés hacerme quedar mal adelante  
de mucha gente, el 16 de julio a la nohecita?

A los cinco minutos sonó la chicharra del teléfono. Mi amigo había escrito:

Por supuesto bombón,  
decime dónde hay que ir.

Una vez que todo estuvo en orden, me dediqué a mi mujer y a mi hija. Ellas no conocían las calles de Buenos Aires, nunca habían visto librerías tan inmensas; yo tampoco conocía mis propias calles con una hija de la mano, ni conocía las librerías de Buenos Aires con libros que llevaran mi nombre. Fueron un par de semanas en las que me costó enfocar la felicidad y la tristeza en sus medidas exactas. Mi padre había muerto; mis

libros estaban en Buenos Aires, y tanta gente quería ir a la presentación que hubo que conseguir un teatro para que entraran todos. Sí, lo que quieras, pero tu padre ha muerto. Y así. Todo lo que ocurría era de una intensidad desbordante, pegajosa. Y yo quería estar en todas partes al mismo tiempo. ¿Qué vería Nina cuando viera, desde el taxi, el Obelisco? ¿Entendería Cristina, a un golpe de vista, que eso que parece un mar es en realidad un río? ¿Qué veré yo cuando vea a mi fantasma de veinte años bajar por Leandro Alem, de noche, fantaseando con ser un escritor?

Pero yo no veía nada. No podía ver nada.

En todas partes lo veía a Roberto.

De todas formas intentamos pasear un poco. Íbamos en un taxi por la avenida Álvarez Thomas, desde La Plata hasta San Isidro. Al llegar a la esquina de la calle Lugones el semáforo nos detuvo y entonces pude mostrarle a mi hija la fachada de una casa:

—Mirá, Nina, fue ahí —le dije—. En ese balconcito el Chiri me acuchilló.

Mi hija alzó la cabeza y vio la ventana triste que todavía, veinte años después, estaba sin pintar. Se emocionó al reconocer el escenario: fue como si hubiera llegado al bosque original de Caperucita y el lobo. Después me pidió que le mostrara la cicatriz y que le contara otra vez el cuento. Abrí los dedos de la mano derecha y le dejé ver la herida.

—Todavía se ven los puntitos donde te cosió el doctor.

A Nina, antes de dormir, le cuento historias reales que me ocurrieron en mil novecientos ochenta y nueve. No sé por qué resultan ser las más adecuadas, supongo que se trata de un tiempo sencillo, intenso, donde ocurrieron cosas que un chico de cuatro años puede entender con facilidad: una temporada llena de sorpresas. Fue la época en que acabamos el colegio y con el Chiri nos fuimos a vivir a Buenos Aires.

A mi hija le gustan las tramas en donde hay chicos que se van de casa a vivir aventuras nocturnas, sin adultos, con brujas y con cuchillos. Y más aún si uno de los chicos, generalmente el más gordito, es también su papá.

—Contame desde el principio.

Como el semáforo seguía en rojo, hice memoria y me recosté en el asiento.

Fue la noche en que Dustin Hoffman ganó un Oscar por la película Rain Man, le dije a Nina. Una madrugada de abril. (El taxista, creo, puso atención.) Estábamos en la plaza San Luis, aguantando despiertos la última noche mercedina antes del gran viaje hacia la edad adulta. Durante toda la secundaria habíamos querido que llegara el día de irnos a la

Capital, y ahora solamente faltaba que saliera el sol. Con el Chiri hicimos planes. Conversamos sobre el futuro.

—¿Qué es el futuro?

Para nosotros, el futuro era esa casa, la que está justo ahí en la esquina. No era una casa para nosotros solos, sino un cuarto chiquito adentro de una casa: una habitación en alquiler. Íbamos a compartir la cocina y el baño con una señora, con una viuda desconocida que, para peor, era directora de una escuela.

—Una bruja.

Exacto, nos íbamos con una bruja. Aquello no estaba en nuestros planes cuando fantaseábamos con vivir lejos y solos, pero tampoco estaba en nuestros planes la hiperinflación. Ni mis padres ni los de Chiri tuvieron resto, en aquel tiempo de australes devaluados, para alquilarnos un departamento. La opción era vivir en la casa de una bruja o quedarnos en Mercedes. Ni siquiera lo dudamos.

La señora se llamaba Tita y tenía una amiga en común con mi madre; por ese camino había aparecido la opción del hospedaje. Ella tampoco tenía planeada la hiperinflación, y tuvo que alquilar la pieza a dos jóvenes desconocidos. Caímos a su casa con algunas referencias falsas que daban a entender que nosotros, el Chiri y yo, éramos chicos saludables y normales, hijos de dos familias decentes de pueblo. La segunda parte de la frase era verdad.

Chichita, como es lógico, se sentía responsable por nuestro comportamiento en casa de Tita. La mañana del viaje nos recomendó cien veces que no hiciéramos nada fuera de lugar, que no pusiéramos la música alta, que no metiéramos melenudos adentro de la pieza, que no fumáramos porquerías. Es decir, nos enumeró sus propios padecimientos desde el año ochenta y seis.

Con el Chiri tuvimos la intención, profunda y sincera, de ser personas excelentes durante el tiempo que viviéramos en la casa de Tita. Siempre nos costó una barbaridad esquivar la tentación de enloquecer a una vieja, de asustarla, de volverla loca, pero nos prometimos hacer un esfuerzo con ésta en particular. Si entrábamos a aquella habitación con el pie izquierdo, una enorme patada en el culo nos devolvería a Mercedes. Y no queríamos eso.

Con dos bolsos llenos de tupperwares con milanesas, algo de ropa y unos cuantos libros, tocamos el timbre un 30 de abril de 1989, pasado el mediodía. Tita nos abrió la puerta y nos recibió como a dos alumnos que se han portado mal y deben hablar con la directora. En su gesto se mezclaba el compromiso asumido y el hastío por venir.

Nos mostró la habitación —un entrepiso, con ventana a la calle, un escritorio y dos camas—, nos enseñó el baño y la cocina comunes, nos cobró por adelantado la primera mensualidad, nos dio un solo juego de llaves y después, sin ganas, como si leyera un texto ajeno, nos dijo que allí estaba ella, para lo que necesitáramos.

Dejamos nuestros bártulos sobre la cama y nos fuimos a pasear, con la excusa de hacer trámites universitarios. Buenos Aires era, por fin, nuestra ciudad. Las llaves que teníamos en los bolsillos no eran las mismas de ayer, ni tampoco eran copias de las que tenían nuestros padres. Compramos libros viejos en los puestos de Plaza Italia, comimos pizza, visitamos gente.

Por la noche hicimos algo que todavía hoy nos avergüenza: desde un teléfono público llamamos a Tita (a nuestra casa, a nuestra casera) para avisarle a la mujer que estábamos bien, que no iríamos a cenar, que no se preocupara. Ella nos interrumpió:

—No hace falta que me llamen para avisar esas cosas —dijo.

Entendimos, ruborizados, que nos estábamos pasando de buenos.

A las dos de la mañana volvimos a nuestro nuevo hogar para pasar allí la primera noche. Estábamos exultantes. Por no hacer ruido, ni siquiera tocamos la guitarra. Nos acostamos cada uno en nuestra cama e intentamos dormir. Chiri lo consiguió enseguida, pero a mí me molestaba un hilo de aire que entraba por la ventana, y permanecí insomne.

Me levanté y fumé un cigarro mirando la calle; me sentí mayor de edad, invencible. Vi los coches y los colectivos que pasaban por la avenida Álvarez Thomas. Veinte años más tarde yo pasaría en taxi por allí, me detendría un semáforo, y le contaría a mi hija los detalles de esa noche.

Tiré la colilla a la vereda y quise cerrar la ventana para dormir. Pero la ventana no cerraba: por eso entraba el frío. Una de las hojas de madera estaba hinchada y no calzaba bien en el marco. Hice fuerza, pero no logré encajarla. Tendría que haber desistido, tendría que haberme ido a dormir. Pero yo esa noche era invencible.

Saqué de mi bolso un cuchillo de cortar carne (de la marca brasileña Tramontina) y, usándolo como destornillador, quité el marco de la ventana. Me senté en la cama y, con el mango del cuchillo como maza, empecé a martillar el desnivel de madera para aplanarlo. Chiri se despertó a medias:

—Gordo —dijo—, la concha de tu madre —y se tapó las orejas con la almohada.

Traté de hacer menos ruido. Martillé con suavidad uno o dos minutos, pero la suavidad no es amiga del martillazo. Fumé otra vez en silencio;

dejé pasar los minutos. Cuando sospeché que Chiri ya estaría en una fase profunda del sueño, volví a dar golpes masculinos en la ventana. Pum, pam, pim. Imagino que me excedí, o que me concentré demasiado.

Lo que sigue pasó en tres segundos: Chiri se despertó enloquecido, me dedicó otro insulto y, con un ademán sonámbulo, me arrancó el cuchillo de la mano. Tiró el cuchillo por la ventana abierta y se volvió a dormir. Tres segundos, y otra vez silencio.

Me bajó la presión, pero no supe porqué. Cuando ocurre en las películas parece un efecto dramático, pero a mí también me pasó: no me di cuenta de nada.

No sentí que los dedos —el índice y el mayor— me colgaban de la mano. No hubo un dolor instantáneo. Fue como en las tormentas: ahora el rayo mudo, después el trueno ciego. El rayo de mi dolor fue una humedad en la pierna. Noté, antes que nada, el borbotón de sangre tibia cayéndome por la rodilla, después por la sábana. La hoja del tramontina, que yo usaba como mango de martillo, me había rajado los tendones hasta el hueso. Mi amigo y verdugo dormía otra vez; lo tuve que despertar.

—Chiri —susurré, pálido—, tengo sangre en la mano.

No quise alarmarlo, pero también había salpicaduras gruesas en las paredes, en el suelo, en su frazada. Llamé de nuevo:

—Chiri, ayudáme, me cortaste en serio.

Chiri dormía, o se hacía el enojado. O quizás estaba enojado y se hacía el dormido. Me anudé los dedos con la sábana para dejar de chorrear, y entonces sentí el dolor, un dolor bestial que me llegó al cerebro con el espesor de un relámpago. Grité. Grité mucho. Grité como una cantante de ópera que ha visto a su perrito muerto.

Chiri por fin se despertó. Saltó de la cama, se puso de pie y empezó a enfocar la escena. Cuando dejé de gritar mi amigo vio a un gordito de color amarillo, desinflado, sentado en la cama y bañado en sudor. Vio los latigazos de la sangre en el empapelado de la habitación, los vio en el mosaico y en su propio pijama. Pero aun así no entendió lo que estaba pasando.

Yo no podía explicarle la situación con palabras, no tenía palabras. Se me ocurrió la idea (desatinada) de quitarme el revoltijo de sábanas pegajosas y mostrarle los dedos que colgaban de mi mano derecha. Al ver el estropicio, Chiri hizo tres cosas.

Puso los ojos en blanco. Vomitó. Se desmayó.

Fue la única vez en la vida que vi a un ser humano hacer aquellas tres cosas, tan divertidas, al mismo tiempo. De no ser por el problemón en la

mano, lo hubiera aplaudido hasta reventar. En cambio, me senté otra vez en la cama y, como pude, me hice un torniquete y me empecé a reír. Me reí como un loco, traspasado por el dolor. Era un tiempo de grandes, de maravillosas aventuras, y yo sabía lo que estaba a punto de pasar de un momento a otro. Tenía que pasar. Por eso miré la puerta de la habitación con una sonrisa, por eso hice un silencio teatral y me quedé congelado de alegría, esperando que se moviera el picaporte.

Era el momento en que Tita debía aparecer por la puerta. En aquella época las cosas siempre salían bien. Había un hombre semidesnudo en el suelo, inconsciente, sobre un charco amarillo. Había un gordo deshidratado, con una sábana envolviéndole los dedos. Había enormes surcos de sangre, mares de sangre, y una ventana rota en tres pedazos. ¿Cómo no iba a entrar entonces la mujer? En el año mil novecientos ochenta y nueve todo ocurría como si un guionista borracho dictara las entradas y calculara los mutis con precisión de relojero. Las desgracias causaban risa y las brujas de los cuentos, disfrazadas de caseras, entraban sin golpear y veían una puesta en escena maravillosa.

El semáforo se pone verde, la vida sigue. Ahora otra vez volamos por la noche de Buenos Aires. A Nina le gustan los cuentos sobre chicos que se van de casa y viven aventuras donde hay brujas y cuchillos. Por eso se da la vuelta, se pone de rodillas en el taxi, y se gira hacia atrás, para ver por última vez la ventana donde ocurrió aquello, en la esquina de Lugones y Álvarez Thomas.

Le doy la mano, contento. Ella me acaricia las cicatrices.

A las siete de la tarde del día siguiente el teatro Margarita Xirgu está en silencio; una multitud de lectores ha llegado desde diferentes lugares de Argentina para oír la presentación de un libro. En una mesa vacía, sobre el escenario, esperan dos personas que se conocen desde hace, exactamente, treinta años. Uno ha llegado allí desde Luján; el otro, desde Barcelona. El más gordo de los dos ha escrito un libro; el más flaco está ahí haciéndole el aguante, como corresponde. El que se llama Chiri, muerto de miedo, empieza a hablar.

Dice el Chiri:

En los pueblos, que es de donde venimos, es muy raro que de chico te llamen por tu nombre real. Lo más común es que te rebauticen. Puede ser por características físicas singulares, como fue el caso del Gordo; por situaciones anecdóticas de la infancia, como le pasó a nuestro amigo Comequechu, adicto al queso desde muy chico; o por derivaciones de nuestros nombres de pila, como es mi caso.

Me llamo Christian, con una hache entre la ce y la erre. El que me puso Chiri fue el Gordo Casciari, en la época en que cada uno ya iba teniendo

sus apodos personales: el Chino Silvestre, Pachu Wine, Chicha Dematei. Tengo recuerdos bastante claros del momento en que lo hizo. También me acuerdo que a los pocos días todo el mundo me llamaba Chiri.

Antes de eso, el Gordo había intentado llamarme de varias formas distintas. Me acuerdo de por lo menos dos. Una de ellas fue Baso, que era una deformación de mi apellido. Después probó con Cabeza, por razones estrictamente físicas. Pero ninguno tuvo la virtud de prender en la gente, como tiene que suceder con los apodos perdurables.

Hasta que un día, conversando en el patio de la Escuela Normal, en Mercedes, y mientras nos preguntábamos qué sentido tenía la letra hache en mi nombre, el Gordo me dijo: Ya está, vos tenés que ser el Chiri.

Teníamos once años.

Yo no entendía el esfuerzo del Gordo por ponerme un nombre a toda costa. Con el tiempo entendí: me estaba dando un papel en su reparto de personajes.

Cuando me casé y me mudé a Luján, poco antes de los treinta, nadie sabía que a mí me decían Chiri. Y la verdad es que yo no hice ningún esfuerzo para que mis nuevos vecinos lo supieran. De repente la gente volvió a llamarme Christian, y el uso del Chiri quedó relegado al círculo de amigos más íntimos. Todo anduvo muy bien, por supuesto, hasta que el Gordo Casciari empezó a hablar de mí por internet.

(Las personas, en el teatro, ríen. Chiri se tranquiliza un poco.)

Mas allá de esta cuestión que tiene que ver con la popularidad involuntaria, hay una cosa puntual que me preocupa todavía muchísimo más. Me genera terror saber que buena parte de mi biografía esté ahora en manos del Gordo Casciari. Por eso no me divierte su éxito. Para nada. Y además veo, con horror, que cada vez hay más gente que lo lee. Todo mi entorno, por ejemplo. El inmediato, pero también aquellas personas a las que uno no les contaría ciertas cosas. Cada vez son más los que me dicen:

—Che, ¿viste lo que publicó el gordo de vos en internet?

Y yo tiemblo.

Algunos de mis allegados se han hecho fanáticos, y me persiguen todo el tiempo con preguntas idiotas. A mí me rompe las bolas que me pregunten si es verdad la historia de los canelones. Me parece bien decirlo ahora, ante ustedes, por si nos llegamos a cruzar a la salida del teatro.

Me da miedo lo que pueda suceder de acá en adelante. Y me pregunto adónde me llevará toda esta locura, si de la noche a la mañana estoy en un teatro repleto de gente hablando de mí.



Según él, nos conocimos durante la Primera Comuni3n. Sin embargo yo tengo un recuerdo anterior de 3l grabado para siempre. Y lo voy a contar ahora.

Camino por la calle treinta y cinco, seis meses antes del texto de Hern3n. Probablemente estoy volviendo de la casa de mi abuela materna, porque queda de paso. Tengo siete a3os, a lo mejor ya cumpl3 los ocho. En los escalones de la puerta de la casa de Hern3n, un grupo de chicos, en silencio, escucha una melod3a triste y dulzona que brota de un peque3o acorde3n a piano.

El que est3 detr3s del instrumento es un gordito engominado para atr3s, que gesticula emocionado mientras avanza la melod3a y sus manos acarician el teclado. Me alejo del lugar un poco triste porque quiero quedarme con esos chicos, pero no los conozco.

Yo no sab3a que aquella era la 3nica melod3a que el Gordo pod3a ejecutar en aquel instrumento, y en cualquier otro. Sus o3dos siempre estuvieron sellados para la m3sica, cosa que 3l acept3 muy temprano. Pero de todos modos, si lo pienso un poco, no es raro que el primer recuerdo que tenga de 3l sea 3se. Hern3n en el centro de la escena, cautivando a sus amiguitos.

Siempre fue igual. Ya en la primaria las maestras eleg3an sus redacciones para leer en voz alta, y nosotros esper3bamos ese momento porque nos divert3a.

Una vez en quinto grado, en la hora de Lengua, la se3orita N3lida nos pidi3 que complet3ramos una historia a partir de esta consigna: los exploradores apartaron las ramas, y detr3s apareci3 la ciudad perdida.

Toda la clase continu3 con la historia de los exploradores. Hern3n se qued3 en las ramas, y cont3 la historia de dos hormiguitas que cayeron al vac3o, a causa del manotazo de un explorador. En ning3n momento habl3 de la ciudad perdida. Las 3nicas protagonistas del cuento fueron esas dos hormigas. Al d3a siguiente la se3orita N3lida llam3 a Chichita:

—No tiene nada que ver con lo que ped3, pero lo que hizo tu hijo es genial.

Hern3n era un nene que escrib3a de verdad, como los escritores de los cuentos que a m3 me gustaban. La semana pasada, mientras revisaba una caja llena de papeles viejos, apareci3 un cuaderno con varias cartas escritas por el Gordo. Eran del a3o noventa y uno. La 3poca que viv3amos en Almagro.

Creo que viene al caso leerles algunos fragmentos, un poco para que vean c3mo escrib3a el Gordo a los veinte a3os, y otro poco porque su contenido me parece muy oportuno, teniendo en cuenta este momento.

Las cartas están dirigidas a mí. Y en ellas él finge graves problemas, literarios y personales. Me las daba en mano, ¡porque vivíamos juntos! Pero después me pedía que las dejara bien a la vista, por las dudas de que se hiciera famoso y yo me convirtiera en su biógrafo. Estaría bien leer algunos párrafos:

2 de febrero. Todavía no sé de qué manera pedirte disculpas por el retraso de ésta, Christian, que he postergado a causa de mi larga convalecencia. Qué va a hacer, hermano, la lepra me tiene mal.

8 de marzo. Los pedazos de carne se me caen por todos los rincones, y para peor el original de mi último cuento quedó debajo de una gran mancha de pus.

12 de diciembre. Estoy a punto de quedar ciego porque la vela que uso para escribir de noche se ha consumido, y ahora mis escritos ocurren cada vez que pasa un auto con las luces altas encendidas.

3 de junio. Estoy un poco mejor, pero el frío me está matando (Mademoiselle Boniface me ha echado de la pensión). Por suerte hice amistad con una prostituta del barrio bajo y ella es quien me alimenta y me trae mi botella diaria de ginebra. Lamentablemente Claudine ha contraído la coquelouche y creo que me la ha contagiado.

Es raro, pero Hernán, de chico —y mucho más de adolescente— se comportaba como un exiliado. Amaba con exageración cosas muy puntuales de la cultura argentina. De algún modo se estaba anticipando al argentino huraño que extraña y se queja todo el tiempo por estar lejos de su país en las páginas de este libro.

Es cierto que en estos últimos años, sobre todo a partir del nacimiento de Nina, ese personaje ya no existe. Ahora, en cambio, hay un tipo feliz y en calma; muy parecido, pero mucho mejor, al Gordito encantador del acordeón a piano. El mismo que, por otro lado, nos reunió hoy a todos nosotros, personajes reales y de ficción.

Es raro pensar que una cosa así suceda al mismo tiempo que se habla de la muerte de la literatura. Setecientas personas reunidas en un teatro para participar de la presentación de un libro, en definitiva, me parece que están queriendo decir otra cosa.

Podría profundizar en otras cuestiones, pero no quiero ponerme sentimental. Lo que sí quiero dejar en claro es que quienes lo conocemos de chico siempre supimos, de algún modo, que tarde o temprano algo

semejante a esto podía suceder. Era casi inevitable. Y lo bueno es que Hernán jamás se propuso nada. Sólo se limitó a hacer, cada día de su vida, lo que tenía ganas y le salía de adentro.

Para terminar, hay una buena noticia que quiero darles. Todavía el Gordo no nos contó ni la décima parte de las historias que tiene para contar. Todavía falta que cuente el invierno rojo y la historia de la Gorda Maquinita. Faltan las aventuras del viaje al sur que hicimos con quince años, en donde nos pegó un chileno. Queda el encuentro con Fernando Cucagna. Queda la comedia filosófica sobre los tres días que pasó en un retiro espiritual. Y quedan sobre todo sus novelas. Las que yo sé que van a venir. Poder anticiparse a estas cosas buenas (como uno se anticipa a los mundiales), es apenas una de la cantidad de cosas alucinantes que tiene ser amigo del Gordo.

El público aplaude. Entonces el Chiri, ya más tranquilo, le da la palabra a su amigo. La gente hace silencio otra vez.

Dice el Gordo:

Hace pocos días que estoy en Buenos Aires. Y todo lo que nos está pasando es irreal. Es muy complicado hablar de alegría, porque hace justo una semana, el nueve de julio, murió Roberto Casciari, mi padre. Los mercedinos que están en esta sala lo saben, pero me parece necesario que lo sepa también el resto de los lectores. Yo les agradezco a todos ustedes que estén acá hoy, sé que hay gente que vino de lejos, de otras provincias. Y me parece alucinante.

Pero me voy a permitir agradecer la presencia de una sola persona. Le agradezco a Chichita que esté acá esta tarde, con nosotros, a pesar de todo lo que está pasando por su cabeza. Agradezco que hace una semana me haya dicho, por teléfono, llorando:

—Tenés que hacer la presentación, no suspendas nada, hacelo por papá.

Y entonces, como tiene que ser, acá estamos. Sería hipócrita compartir con ustedes solamente los festejos y esconder la cabeza en la desgracia. Estamos aquí para cerrar un círculo, y ahora el círculo es agridulce y está emparentado con la ley de vida. Pero vamos a cerrarlo igual.

Yo lo entendía así hace una semana. Me preguntaba cómo sería pisar de nuevo Argentina con una hija de la mano. Y no sabía que también pisaría este país sin un padre. Como si el destino dijera: ahora el padre sos vos. Ahora te toca cuidar a una persona, educarla, hacerla feliz, convertirla en un ser humano curioso y apasionado. Ahora te toca esto, y vas a saber hacerlo porque alguien supo hacer ese trabajo cuando vos eras chico. Alguien te enseñó a leer, alguien te enseñó a escribir. Tu padre te enseñó,

a los cuatro años, las únicas dos cosas del mundo que todavía hoy hacés con placer. Ahora te toca.

Estoy profundamente emocionado de poder compartir este momento con ustedes. Un momento de mi vida inolvidable, un momento bisagra, pero de las bisagras grandes, un *clic* marca cañón.

Con el Chiri siempre tuvimos muy afilada la antena de los grandes momentos de nuestras vidas. Siempre supimos, mientras ocurría, que estábamos viviendo un tiempo fuerte. Los supimos en el ochenta y ocho, por ejemplo, sabíamos que estábamos siendo personajes de literatura, que nos estaban ocurriendo tragedias maravillosas que nos harían crecer. Y lo sabemos también ahora, hoy, toda esta semana tan extraña de muerte y de reencuentro. Todo esto nos hará crecer. Nos está haciendo crecer y ser mejores.

Después de eso salimos del escenario, pero la gente se quedó un rato más escuchando dos tangos de Laura Canoura, a modo de bonus track. Mientras sonaba la música, las chicas de la editorial me prepararon una mesa en el hall para firmar algunos libros. La gente empezó a llegar de a poco y se hizo una fila muy larga en la que muchos lectores esperaron con paciencia infinita y sin desbordes.

Para mí, esta segunda parte improvisada fue la más emotiva. Siempre me sorprendió tener doscientos, a veces trescientos comentarios en un texto publicado en internet. Pero conversar cara a cara con quinientas personas, reales, sin apodos, que han llegado de muchos lugares para compartir unas palabras, es una sensación que no puedo explicar.

Una pareja muy simpática se adelantó en la fila y me dijo:

—Vinimos desde Jujuy y nos estamos yendo, se nos va el micro, ¿nos firmás el libro sin hacer la cola?

Yo no podía entender que alguien hiciera miles de kilómetros para compartir una charla y, con suerte, cruzar diez palabras con un autor de cuentos. Y entonces otros también nombraban ciudades lejanas. General Roca, Bariloche, Venado Tuerto, Mendoza. Fue todo extraño y maravilloso.

Creo haber conversado con todos. No sé cuántos libros firmé ni cuánto tiempo pasó, pero sé que estuvimos más tiempo en el hall que sobre el escenario. Y también sé que cuando ya no quedaba nadie en la sala (sólo la familia y algunos amigos) la muñeca me dolía, tenía la garganta seca, y era la persona más feliz a la que se le hubiera muerto el padre una semana antes.

Seis meses después de aquello yo era incapaz de escribir. Volvimos a Cataluña, la vida siguió por los carriles de siempre, pero ya no escribí. Había otras cosas mejores que hacer. Chiri y su familia ahora están en este pueblo de la montaña en donde vivimos. Han llegado para quedarse y estuvimos buscando casa; también conversamos mucho por las noches. Los doce mil kilómetros de distancia que nos separaron durante ocho años se han convertido en ciento ochenta metros. La única cagada es que la casa que consiguieron es mejor que la nuestra. Por lo demás, todo está muy bien.

Sólo que no me puedo sentar a escribir. Quiero pensar que es por Chiri, su mudanza, su adaptación. Al menos ésa es la deducción evidente, la que tiene que ver con el tiempo: los días se empecinan en tener veinticuatro horas. Pero en los territorios menos palpables, los psicológicos, es posible que haya otros motivos que expliquen esta sequía, o bloqueo literario; un motivo más escondido y profundo que quisiera abordar en este punto, justo cuando la historia se acaba.

Siempre busqué desarrollar —y varias veces lo confesé en entrevistas o sobremesas— una literatura intermedia, una forma de narración que pueda ser disfrutada por dos grupos muy claros de lectores que, para mayor desafío, no suelen leer las mismas cosas. Por un lado las personas que leen mucho, por el otro aquellos que leen poco, o nada.

Para enfocar con alguna certeza esos targets, usé siempre de comodín a dos personas de mi entorno: mi padre era uno de esos lectores; Chiri, sin dudas, el otro.

Hasta que Roberto murió, en julio de dos mil ocho, traté siempre de que todo lo que contaba en un papel o una pantalla lo divirtiera o lo emocionara a él, en primera medida; a él, a mi padre, en representación física de todas las personas que nunca han leído un libro. Siempre fue vital para mí, desde que tengo uso de papel, que Roberto pudiera entender lo que yo escribía, que no se quedara afuera por pedanterías intelectuales, que no se sintiera descartado u olvidado.

Posiblemente mi único orgullo real, la única cosa que yo hice en la vida con sentido antes de Nina, sea haber logrado que Roberto leyera dos libros enteros. Dos libros míos.

Al mismo tiempo enfocaba, al narrar, a mi amigo el Chiri: quería que él también se divirtiera, que no le diera nunca la impresión de que yo escribía únicamente para mi padre o para los que nunca leían; porque el Chiri es de mi edad, porque es del palo, y porque tenemos idéntica voracidad literaria; es decir, él es la clase de lector que yo sería de mis propios textos, si pudiera leerlos sin haberlos escrito antes.

Este equilibrio, que busqué siempre entre Roberto-lector y el Chiri-lector, me daba la opción de escribir con una soltura que no tuve nunca antes, en los tiempos que narraba sin identificar a nadie, cuando mis historias no iban dirigidas a comodín alguno. Cuando ni siquiera a mí me gustaba lo que estaba a punto de narrar.

El truco no es complicado y sí, en cambio, muy recomendable: enfocar a un par de personas muy cercanas y diferentes, sólo a dos que conozcamos como la palma de la mano, juntarlas en una mesa imaginaria, y después intentar cautivarlas con una anécdota menor, con un relato elaborado, con una novela, con un cuento corto, con lo que sea. Tratando, siempre, que ninguna de las dos pierda las ganas de seguir escuchando hasta el final. Si se logra con esas dos personas, al mismo tiempo, las cosas estarán bien.

Es un buen sistema, claro que sí, o por lo menos a mí me ha servido para narrar con soltura desde que vivo en España. De hecho, tanto *Más respeto que soy tu madre* como este propio libro están basados, desde el principio, en esa premisa secreta. Haber tenido a Roberto y al Chiri a doce mil kilómetros me ayudó siempre a hilvanar sin fisuras ese discurso literario intermedio.

A mediados de dos mil ocho, sin embargo, descubrí que el sistema tiende a tambalearse cuando uno de tus comodines muere, cuando ya no hay manera de contarle nada nunca. Esto no significa que yo ya no pueda escribir pensando en mi padre como lector. Significa que, fatalmente, ya no puedo saber si el texto ha funcionado para él. Y eso me ha dejado, si no ciego, un poco tuerto.

La ceguera completa llegó hace poco más de un mes, en avión, con toda su familia.

Tenerlo al Chiri a mano para contarle cosas ha generado que ya no tenga la necesidad de decirle nada a través del colador literario. O incluso mejor: preferimos contar cuentos a cuatro manos para la tele o para el teatro, o para donde sea, con tal de afilar otra vez la frecuencia antigua del arte en colaboración.

Estamos absorbidos y felices dentro de estas nuevas ficciones, pero ya no en una dirección enfrentada, ya no desde puntos diferentes del océano, sino desde la misma orilla y dirigiéndonos a otros. Y al mismo tiempo redescubrimos las bondades de vivir otra vez en el mismo barrio, y de cenar todos juntos en una casa o en la otra, y de mirar a la vez el fútbol, y de ver las mismas películas.

No es grave lo que me ocurre, se trata de un problema menor, emparentado con las distancias: uno de los comodines que me impulsaba a narrar se ha ido muy lejos, y el otro vive ahora en la misma manzana. Y

yo estaba acostumbrado a que los dos me leyeran desde el oeste de la provincia de Buenos Aires. Es cuestión, nada más, de encontrar otros símbolos, nuevos pretextos, otras miradas imaginarias, y volver a tejer historias. La última que contaré en este libro tiene que ver con esos símbolos. Con la magia fortuita de la que me he puesto a hablar en la página nueve. De lo único que he hablado en este largo monólogo. De los milagros.

Voy a contar algo que ocurrió tras la muerte de Roberto y que, por un momento, nos pareció una magia de entrecasa. Podría narrar el milagro sin dar a conocer su lógica interna, escondiéndoles a ustedes la explicación que lo desbarata. Pero no haré eso, porque me quedaría un final fantástico y nada más. Voy a narrar los hechos sin trucos. Ustedes verán a las marionetas pero también los hilos que las mueven. Dicho esto, la historia empieza con una mujer, sentada en un sillón, y sigue con una chica de once años que va en coche por la ruta.

La mujer, que también es mi madre, acaba de echar a todo el mundo de su casa (a los amigos, a los hermanos, a los nietos) porque necesita quedarse sola, llorar sola y esperar sola a que llegue el sueño. Hace cincuenta y dos horas que no duerme. Ahora intenta descansar y se desploma en el mismo sillón que usaba su esposo antes de morir. Su esposo, que también era mi padre.

Es la noche del once de julio. Por primera vez en cuarenta años, esta mujer cierra la puerta de su casa sin que dentro viva nadie más.

El truco comienza en este párrafo, porque a diez kilómetros, por la ruta cinco, van en coche mi hermana Florencia, su marido el Negro Sánchez y sus hijos, de regreso a La Plata después del entierro. Es de noche y nadie habla, porque ha sido un día muy triste y después una noche muy larga.

Una chica de once años, que se llama Manuela y es mi segunda sobrina, se recuesta sobre la ventanilla a ver pasar las luces del camino; saca de su mochila un teléfono móvil y se pone a revisar los contactos. Nadie le presta atención.

Volvamos a Mercedes. La mujer que es mi madre aprovecha su primera soledad para desahogarse sin testigos. No ha podido hacerlo antes porque no tuvo un segundo sin compañía, sin abrazos o presencias. Se ha mostrado fuerte en todas partes: serena en el salón y en los pasillos de la casa velatoria, y también entera en las calles del cementerio, frente a la bóveda. Saludó, besó y agradeció a todo el mundo; cabizbaja y líquida, es verdad, pero sin desbordes. Ha durado cincuenta horas sin hacer un solo escándalo en público. Ahora, por fin, está sola.

Se pone a gritar como si la hubiesen quemado.

Lejos de allí, cruzando el peaje de Luján-Mercedes, uno de mis sobrinos, Tomás, observa el celular que maneja Manuela, su hermana. No es el teléfono de siempre, el rosa de juguete, sino uno distinto de color negro, que parece real. El hermano pregunta:

—¿De dónde lo sacaste?

Manuela no le responde y se queda mirando por la ventana. El hermano insiste:

—¿Es un teléfono de verdad?

Entonces Manuela se acerca a su oído y le contesta, en voz muy baja para que sus padres no la escuchen:

—Es el celular del abuelo Roberto —y también dice—: tiene crédito.

Como se ve, lo que va a pasar dentro de un rato no tiene nada que ver con un milagro, pero sigamos con los hechos naturales.

En la que fue mi casa, en la que es mi casa, la mujer sigue con sus gritos. No son lamentos al azar, no son aullidos ni onomatopeyas salvajes, sino preguntas retóricas dirigidas a su esposo, en tono de reprobación y con timbre de barítono.

La mujer le reprocha al marido, en voz alta, la poca consideración que tuvo al morir, de un modo tan repentino y a destiempo. Se levanta del sillón y le habla. Las frases que dice no tienen sentido, por lo menos no en el terreno de la lógica, pero a la viuda le bastan y le sobran para desahogarse.

Ella sabe que gritar *¡por qué te tuviste que morir!* no sirve para nada, pero lo dice de todas formas. Y lo repite, y lo repite una vez más, porque los reproches inútiles, en las casas vacías, suenan mejor con la insistencia.

Con el tiempo aprenderá a usar el pensamiento, a conversar en silencio, sin hacer uso de los gestos ni la boca, pero ahora la mujer es inexperta y le habla a su esposo a viva voz. Le habla al sillón, en realidad. Ya no le grita: de a poco la escena se convierte en una conversación típica del matrimonio, en una crisis menor, en uno de los muchos monólogos nocturnos en donde ella siempre gritó y el otro siempre hizo silencio.

—Siempre igual vos —le dice—. Cuando hay problemas, calladito.

En el coche dos de mis sobrinos duermen; Manuela no. Ella sigue mirando las luces por la ventanilla, con el teléfono todavía en la mano. Se llevó ese teléfono porque nadie más lo iba a usar, y porque ella todavía no tiene uno. Más tarde confesaría que no fue un robo: dos o tres veces quiso pedirselo a su mamá, pero ella siempre estaba llorando o dejándose abrazar por gente. En un momento se lo mostró a su abuela y le dijo, con mucha vergüenza:



—Chichita, ¿lo puedo usar yo ahora?

Y su abuela hizo que sí con la cabeza, pero era un sí a cualquier cosa, no estaba mirando a ninguna parte. Por eso ahora la chica piensa en la abuela triste, en su cara de agotamiento y pena, y siente culpa por haberla dejado sola, en Mercedes. Se despidieron en la puerta, sus padres le ofrecieron quedarse, o que se fueran todos a La Plata, pero la abuela no quiso:

—Alguna vez tengo que estar sola —dijo, y se encerró.

Su abuela es fuerte, piensa Manuela, ella no se habría animado a quedarse sola tan pronto. Es fuerte pero está triste. En once años, en toda su vida, Manuela no había visto nunca a Chichita con los ojos sin brillo. Entonces abre el teléfono y le escribe.

El hilo y las marionetas se unen en este segundo, porque al mismo tiempo que la nieta pulsa la primera letra del mensaje, la viuda, que conversa en casa con su esposo, le está pidiendo una señal al muerto.

—Dame una señal —dice la mujer, que es también mi madre, mirando el sillón vacío.

No es increíble, no es mágico que Manuela escriba su mensaje en este punto de la historia. Bien mirado, es natural. Es cierto que también pudo haber ocurrido primero una cosa y mucho después la otra, incluso con horas de diferencia, pero están pasando las dos a la vez y no debe asombrar a nadie.

La chica escribe en el coche mientras la mujer, en su casa, le pide a su marido —en voz muy alta— que le dé una señal. También le pregunta qué hará ella ahora, sin los hijos y sin él; cómo se recompone la rutina; dónde están las facturas y cómo se pagan; quiere saber si el tiempo cura; pretende que él la ayude a tramitar la pensión; le pide otra vez una señal; le dice que tendría que haber sido al revés, y dentro de veinte años; pero sobre todo al revés.

Mezcla la desesperación filosófica con el planteo doméstico, a veces en la misma frase. Habla con serenidad, pero ya sin control, a la vez que Manuela redacta una frase muy simple, de cuatro palabras, a sesenta kilómetros de allí:

—NO ESTÉS TRISTE, DESCANSÁ —es lo que escribe mi sobrina, y envía el mensaje. Después acomoda la cabeza en el hombro de su hermano, y se queda dormida.

Miremos por un instante cómo viaja el texto hasta un satélite, cómo rebota la frecuencia y se convierte en bytes. Veamos la escena desde todos los ángulos, para asegurarnos de que no hay milagro posible, que todo tiene la lógica del tiempo y del espacio.

Mientras las palabras de su nieta viajan en medio de la noche, la mujer sigue con su monólogo encendido. Sospecha que su esposo resultará un muerto tímido, como lo fue en vida, poco dado a lo trascendental, porque no aparece. Supone que le costará hacerse presente, dejarse ver. Y así se lo dice:

—Vos no sos la clase de tipo que se aparece después de muerto, yo sé que te da vergüenza, suponés que esas son cosas de putos, pero tenés que hacer un esfuerzo. Vos...

Entonces suena, en la casa vacía, el teléfono móvil de la mujer. Ella se queda con la palabra en la boca y camina hacia el milagro falso, mientras se pone los lentes de leer de cerca. Observa, en la pantalla del teléfono, una frase imposible, en letras mayúsculas:

ROBERTO HA ENVIADO  
UN MENSAJE DE TEXTO

La mujer, que es también mi madre, presiona un botón y repasa las cuatro palabras que hace diez segundos ha escrito Manuela desde el coche.

—No estés triste, descansá.

Se queda un rato largo mirando la pantalla, con los dedos inmóviles. No parpadea ni respira. Tiene la luz verde del teléfono en los ojos, y los ojos muy abiertos.

Después la mujer sale del comedor más serena, sin mirar el sillón ni decir una palabra más. Tiene la garganta seca de tanto monólogo. Apaga las luces de la cocina, entra a su cuarto y se acuesta. Se queda dormida y descansa.

Este libro acaba así, no hay nada más. Podría haber explicado la última historia omitiendo las escenas del coche, y habría salido un cuento más o menos prodigioso, con una viuda que pide una señal y un marido muerto que le responde. Pero no fue así. Conté las cosas como ocurrieron, con el *backstage* incluido, porque las anécdotas son mejores cuando no tienen nada del otro mundo.